ELEMENTOS
DE
ECONOMÍA POLÍTICA.

POR

Don Vicentís de Paso i Delgado.

Abogado de los tribunales de la nación i del ilustre
Colegio de Granada, Doctor en Leyes de su Uni-
versidad Ilustrada, Catedrático de Economía
Política en la misma, i en el colegio de
Humanidades e Instituto Granadino,
individuo de la Sociedad Econó-
mica de amigos del país de
ser la una de las más céle-
res en el territorio Andaluz.

GRAVADO.

Imprenta de Benavides.
Noviembre de 1848.
Esta obra es propiedad de su autor, quien usará en caso necesario de las acciones competentes. Todos los ejemplares llevarán la siguiente contracción y el que no, será reputado por ilegítimo.
A Economía Política es una ciencia importante e necesaria, cuyo estudio tan útil como agradable debe ser de las primeras atenciones de cuantos se dedican a la carrera del saber, i mayormente de los que aspiran al título de administradores, políticos, i jurisconsultos. La falta de una obra proporcionada para la enseñanza de la Economía es tal vez la principal causa de su atraso, pues aun cuando tenemos diferentes escritos de mucho mérito, son inadecuados para este fin, no solo por su extensión sino también por su poco método, tal como debieran estar ordenados si han de facilitar la instrucción. Unos elementos de esta ciencia, de que
absolutamente carece hasta el día, son los únicos que pueden llenar un vacío tan considerable con notorio provecho de los jóvenes, i de la nación entera.

Consagrado hace algunos años a la Economía Política, i habiéndola explica-do en esta Universidad literaria por todo el curso anterior de 1840 a 1841 he tocado bien de cerca lo urgente que ha venido a ser la formación de sus elementos; i si bien me ha detenido en varias ocasiones la dificultad de semejante trabajo en una materia casi nueva, no he dejado nunca la idea de acometer esta empresa, si no para perfeccionarla, por lo menos con el objeto de abrir el camino a otros enjenios mas privilegiados.

Al presente, siendo Catedrático de Economía Política en esta misma Universidad, i en el colegio de Humanidades e Instituto granadino, se aumenta en mí el deseo de ayudar en sus tareas á los cursantes, ofreciéndoles con claridad, precisión i orden, los principios mas esenciales i reconocidos de la ciencia; i esta consideración, i las instancias de distintas personas me deciden a publicar mi obra poco menos que sin corregir.
No trataré de disculpar mi atrevimiento ya que acabo de manifestar el noble impulso que me ha movido: solo advertiré que si este defectuoso trabajo fuese aceptado con alguna benevolencia, procuraré dar a luz otro escrito de mayores dimensiones, en que pueda exponer con la debida estension, varias ideas que aquí no he debido sino apuntar, por no permitir otra cosa la naturaleza e índole de unos elementos.
ELEMENTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.

INTRODUCCION.

1. Economía Política es la ciencia que trata de la producción, distribución, cambios y consumo de la riqueza.

La etimología de su nombre viene de Oikos, casa, Nomos, lei: lei de la casa, arreglo de la casa, gobierno de la casa.

Tal vez por esto en los primeros siglos se redujo a la esfera de la economía doméstica, según vemos en los escritos de Xe-
nophonte (1) Aristóteles (2) i Platon (3). En ellos sin embargo, i mayormente con relación a este último, se vislumbra algún reflejo de la verdadera ciencia económica.

En Roma se levantaron templos i erijieron estatuas a la agricultura; pero no se atendieron las artes ni el comercio, i antes por el contrario estas industrias eran ejercidas por esclavos, i miradas con aversión i desprecio.

En el siglo XV hicieron algunas empresas industriales con bastante felicidad los españoles i portugueses; i en varias repúblicas libres de la Italia, se imitaron bien pronto estos ejemplos, que por punto general fueron secundados por las ciudades de la liga anseática.

Las guerras religiosas i personales sostenidas en el siglo XVI por los tres poderosos rivales Cárlos V, Enrique VIII i

(1) En sus económicas.
(2) En el libro primero de su tratado de la república.
(3) En su república.
Francisco I, dando márgen a gastos excesivos e extraordinaarios, hicieron a los gobiernos buscar nuevos recursos y acudir a las verdaderas fuentes de la riqueza.

Principiando el siglo XVII, se redujo a sistema la Economía Política, y nació el llamado exclusivo, mercantil o de Colbert. (1) Consistía este sistema en suponer que la riqueza no era otra cosa, sino el dinero, y que por consiguiente fuera de la esplotación de las minas de oro y plata, que hubiere en el país, el solo manantial de aquella, debía buscarse en el comercio exterior, el cual en cambio de las mercaderías exportadas, hacia la importación de moneda. Jamás esta, segun los mercantiles, podía salir de la nación sin sufrir una pérdida, y para evitarlo cubrieron las fronteras y las costas de una multitud de guardas que gravaban al estado con gastos considerables. Daban por otra parte, intervención al gobierno en cualquiera operación de industria influyendo con minuciosos y fatales reglame-

(1) En 1613, escribió el italiano Antonio Serra en favor de este sistema.
tos; i su doctrina era por todo ello tan perniciosa a la prosperidad pública, como contraria al desarrollo de la ciencia. Cuando se dice que Colbert fue autor del sistema esclusivo mercantil, no es por haberlo inventado, sino porque como ministro de Luis XIV lo puso en ejecución i lo sostuvo con empeño. El segundo sistema llamado agrícola, de los Phisiócratas, i mas jeneralmente de los economistas franceses, tuvo su origen a mediado del siglo XVIII en que el Doctor Francisco Quesnay lo dio a luz. (1) Funda su teoría en que solamente la tierra produce la riqueza, considerando a las artes i al comercio, como de mero adorno i decoración, llamando clases estériles a las que se dedican a estas especies de industria, i defendiendo que la nación manufacturera o comerciante sería como asalariada de la agrícola que provéyese a su manutención. Las subsistencias consumidas por el hombre industrioso i sacadas en último término de la tierra, eran lo que

(1) En el año de 1758 publicó su obra titulada Cuadro económico, i máximas jenerales del gobierno.
veían ellos en cualquier trabajo. El reinado de este sistema apenas duró diez años, pues bien pronto lo impugnaron célebres economistas. (1)

En el último tercio del mismo siglo Xviii apareció el inglés Adam Smith no solo refutando los dos sistemas anteriores, sino estableciendo uno nuevo que impropiamente se ha denominado industrial. (2) En él pretende que el trabajo del hombre es el principio de la prosperidad, i supone que solo con este se produce la riqueza. Tan perjudicial error, que seduce a casi todos los escritores, depende seguramente de no haber analizado bien qué sea trabajo, y cual el límite preciso que las fuerzas humanas no pueden traspasar: en el discurso de es-

(1) Beccaria en 1768 en sus lecciones de Economía Política, dadas en Milan: Fr. Juan Ortes en 1771 en su obra de la Economía nacional: Verri en el mismo año en su libro Meditación sobre la Economía Política, i otros.

(2) En 1752 publicó sus Lecciones sobre la Economía Política; i en 1776 su obra titulada De la naturaleza i de las causas de la riqueza de las naciones.
ta obra, lo explicaré según lo entiendo, y me prometo que no se me censure por ello de ser demasiado escrupuloso en la elección de las palabras, de cuya propiedad depende muchas veces la exactitud en las ideas.

Abierto por Smith el camino de la verdadera Economía Política, le han seguido casi todos los autores modernos, si bien alguno ha tratado de resucitar el sistema mercantil, y otros el agrícola. Juan Bautista Say es el que más se ha distinguido en sus obras tan jeneralmente aplaudidas, (1) aun cuando no se hallan esentas de varios defectos, ni libres de algunos errores. David Ricardo, Sismonde de Sismondi, Ricardo Jones, y otros son también economistas de gran fama; y Ricci y Malthus han sobresalido en ciertos capítulos, especialmente en el de la población.

En España tenemos varios escritos ori-

(1) En 1800 publicó su tratado de Economía Política; y en 1829 el curso completo de Economía Política o práctica; también son apreciables su Epítome y su cartilla de Economía Política.
jinales de hombres eminientes; pero los más son incompletos, ocupándose solo de cuestiones determinadas, o tocando esta materia por incidencia: tratados particulares de Economía Política son muy rara entre nosotros. El Marques de Vallesantoro se aproxima algún tanto a una obra elemental sin que apesar de ello pueda ser adecuada para la instrucción de la juventud, aun cuando no se atendiera sino a la falta de método. El Sr. D. Alvaro Florez Estrada en su curso de Economía Política, dilucida con maestría y erudición muchos puntos, examinando por lo general los más notables de la ciencia, si bien no estoy conforme con toda su doctrina, y mucho menos admito el orden que ha seguido, cual se verá por el que observo en estos elementos.
El objeto de la Economía Política es la riqueza: su fin la prosperidad de las naciones.

Riqueza es la suma de valores: valor llamo a la cantidad de productos que se contiene en cualquiera cosa: v. gr. en una fanega de trigo se contienen diez varas de coco: en una vara de paño se contienen dos fanegas de cebada: en una onza de oro se contienen diez y seis duros. — Diré pues, que el valor de la fanega de trigo son las diez varas de coco: el de la vara de paño, las dos fanegas de cebada i el de la onza de oro los diez y seis duros.

Cuando este valor está expresado en moneda se llama precio.

El valor se regula por la utilidad: esta comprendo ser la facultad que tiene alguna cosa de satisfacer cualquiera necesidad del hombre. Las necesidades no tan solamente son las que tocan a su conservación: v. gr. las de comer, beber, vestir, tener habi-
tación etc. sino cuantos pertenecen a su felicidad, como por ejemplo, el lujo en su más lata significación, i todo lo que halaga la vanidad, el orgullo, etc. etc.

Tan luego como los productos pueden ser aplicados a servir de algún modo, son útiles, se apetecen, se buscan, se demandan, tienen un valor i constituyen riqueza. El individuo que posea más valores, será más rico; la nación estará en igual caso.

Sea cualquiera la forma bajo la cual esté representado el valor, será el mismo su efecto, i no hai motivo racional para dar preferencia esclusiva al dinero, cuyo uso i verdaderas ventajas, esplícite en su opor-tuno lugar: yo no creo que ningún hombre cuerdo desprecie de buena fe una porción del jénero mas vil que valga cien rs. i admita en vez de ella cincuenta rs. en plata.

Son corrolativas e inseparables las ideas utilidad, valor, riqueza: quien sostenga lo contrario es porque no percibe toda la extensión que debe darse a la utilidad segura deje explicado. ¿Se dirá que dividiendo el carnicero en pequeñas porciones una res, da más utilidad a cada parte, porque puede venderla por menor, i sin embargo no
hace que valga más su jénero? Pues véase a cómo sale cada libra de carne, comprando un borrego entero, i lo que cuesta tomándola del revendedor. ¿Sostendrá- se que los artesanos que graban dibujos en las botellas de cristal, les dan mas valor sin que por ello sean mas útiles? Que se reflexione sobre si la botella sin labores satisface lo mismo el capricho i vanidad del opulento gastrónomo, que la otra cuya pintura le agrada i le divierte. El valor que se observa en este último ejemplo es porque hay realmente una utilidad: la utilidad que se advierte en el primer caso propuesto da márgen a la mayor subida del valor.

Piensan algunos que las cosas que la naturaleza da espontánea i graciosamente como el sol, la luz, el aire, el agua etc. no pertenecen a la Economía Política, pues que ni el trabajo las produce ni las destruye el consumo; pero es lo cierto que todas ellas siendo utilísimas, tienen valor, i contribuyen a la riqueza, sino inmediatamente, de una manera indirecta. Prescindiendo de que pudiera sostenerse que se consumen aunque a veces no se note su
aniquilamiento, por motivos que no son del caso, es un error suponer que no pertenecen a la ciencia, i que no debemos de hacer caso de estas cosas conocidas con el nombre de comunes. Si nosotros no las apreciámos tanto cual se merecen es porque las disfrutamos en abundancia y casi siempre sin trabajo; pero en los tristes paises en que se oculta el sol por seis meses, i llevándose su luz, i su calor, deja envueltos en fria tiniebla, los hombres, los campos, i los pueblos, es bien seguro que conocerán lo que sirve i lo que vale. Entre nosotros mismos, yo veo que un labrador se afana i hace sacrificios costosos porque su vecino arranque un árbol que le priva del beneficio de los rayos solares: yo veo también que otro hombre compra el derecho de tomar luz por una ventana que cae sobre un fundo ajeno: yo veo en fin, que un tercero recoje con avidez el agua hovediza en sus balsas o estanques; i en atención a todos estos ejemplos no puedo desconocer que las cosas ofrecidas por la próxima naturaleza son objeto de la Economía Política, si bien por lo regular están fuera de su imperio por la misma razón que lo
está la fuerza vital de los hombres, i de los animales, que siendo tan preciosa, tan útil, i de tanto mérito, no puede valiarse sino en determinadas circunstancias.

La Economía Política se distingue esencialmente de la doméstica, pues aun cuando se considere a la nación como una gran familia, i al gobierno cual un padre dilijente, hai todavía cualidades que constituyen una diferencia imprescindible, i atenciones de un jénero especial, que han de influir para que la una jire sus cálculos de un modo distinto que la otra. La sola consideración de que el individuo apenas ejecuta mui pocas operaciones de las muchísimas que se comprenden en la industria, i la nación por el contrario, se compone de toda clase de hombres industriosos, bastaría para canonizar esta distinción.

La Política si bien tiene íntimas i precisas relaciones con la Economía, no se debe confundir con ella, pues sus fines, sus objetos i sus medios son diferentes.

La Estadística suministra materiales para la Economía Política; pero mientras aquella mira un solo país, esta derrama su vista sobre todo el mundo: en tanto que
la una examina ciertas particulares circunstancias, la otra investiga los hechos universales; i cuando la primera se ocupa de una situación que luego habrá de pasar, la segunda establece sus principios i axiomas sobre datos seguros i permanentes.

Otras varias ciencias, o por mejor decir la mayor parte de ellas, se rozan muy de cerca con la Economía Política; pero sería un delirio equivocarlas con esta, i ya parece que no debe ser temida esta confusión de perniciosos resultados.

PRIMERA PARTE.

DE LA PRODUCCIÓN DE LA RIQUEZA.

LECCION I.

De la industria y de sus divisiones.

El trabajo es la acción continuada o afán del hombre que se dirige a un fin determinado.

Industria se llama el trabajo que se aplica a la producción de la riqueza. Es de tres clase: a saber; industria rural o agricultura; industria fabril o artes; industria mercantil o comercio. Comprendo bajo el nombre de industria rural, la que tiene por objeto adquirir las primeras materias, ya sea que se combinen las sustancias por medio de la labranza de la tierra para formar los frutos, ya que se arranque de sus en-
trañas el mineral, o se aprisionen los animales terrestres y las aves por medio de la caza, o en fin se extraigan los peces sorprendiéndolos en el agua. En cualquiera de estas operaciones se da utilidad a cosas que no la tenían, i se adquieren aunque toscas i sin pulir.

La industria que las modifica i trasforma convirtiendo v. gr. el trigo en harina, la plata en filigrana, el roble en busto primoroso, es la que se llama fabril i artes, de cuyas varias especies no debo hacerme cargo: a mi propósito solo conviene advertir que bajo esta denominación se comprenden tanto la grosera manufactura del que sala los peces, como la ingeniosa habilidad del arquitecto que dirije la construcción de un suntuoso edificio. Como en estas operaciones se aumenta la utilidad de los productos, es indiscutible que su valor crece tambien i que nace la riqueza.

Comercio es el trasporte de las cosas de un lugar a otro: donde no se conocen o son raros, ciertos productos, se desean mas que donde se obtienen facilmente i en abundancia: la industria mercantil los busca en los paises o pueblos en que con faci-
lidad los encuentra, i los lleva a los otros en que recibiéndolos con deseo i satisfac-
zione pagan no solo los gastos, sino además las ganancias. También es de la propia na-
turaleza el comercio que consiste en ir por los jéneros a el almacén destinado a ven-
derlos por mayor, i presentarlo en otras tiendas espendiéndolos en pequeñas porciones, pues en efecto esta traslación aumenta la utilidad a causa de que mal pudiera el pobre jornalero abastecerse de un cuarte-
ron de arroz si solo se le diera salida por arrobas a esta mercadería.

Llamo producto a cualquiera cosa que proviene de la industria: mercadería es el producto mismo cuando aun está manufac-
turándose o pasando de una industria a otra antes de ofrecerlo a la venta; i jénero se dice cuando ya se presenta para que sea consumido.

El comercio es de varias especies, que pueden multiplicarse hasta el estremo; pe-
ro sus divisiones clásicas son las que siguen: 1.ª en interior i exterior, de cabotaje i de trasporte: 2.ª en por mayor i por menor: i 3.ª de especulacion. Comercio interior es el que se hace dentro de la nación sin sa-
lir de sus costas y fronteras: v. gr. de Granada a Madrid. Cuando este no se verifica por tierra, sino que hai proporcion de que sea por el mar de un puerto a otro dentro de la nación como desde Cádiz a Barcelona se denomina de cabotaje.

Comercio exterior es el que se hace con el extranjero, buscando en él mercaderías que se compran o cambian para traerlas al país, o bien llevándole los productos de la industria rural y de las artes nacionales: comprende por consiguiente dos grandes operaciones; esportación que es el hecho de sacar fuera del territorio i entre nosotros, de España; importación que es el hecho de introducir lo que se trae de afuera v. gr. de Francia.

El comercio de trasporte que he abrazado en la clase del exterior consiste en buscar mercaderías en el extranjero, como si digo en Francia para conducirlas a otra nación extraña también, que supongo ser la Inglaterra. En esta operación ganan las tres naciones, pues aquella que ofrece sus productos goza de la ventaja de la salida: la otra donde se llevan disfruta de una cosa que de otro modo no tendría o habría
de ser con dificultad, imperfecta, i quizás cara; i la nación que realiza este comercio gana igualmente toda la diferencia que hái entre los gastos, i el precio.

Por último, se denomina comercio de especulación la industria del negociante que retira del mercado cierta cantidad de frutos en tiempo de cosecha para presentarlos después cuando sean más escasos. Esta operación que muchos juzgan inmoral, es muy justa i provechosa, porque produce tres beneficios, uno para el productor, otro a los consumidores, i el tercero al especulador. Sabido es que además del precio natural de los productos, compuesto de los gastos i ganancias, hái otro accidental que depende de la concurrencia respectiva de vendedores i compradores: hoy se ofrecen mil fanegas de trigo, i solo se demandan quinientas: el precio será bajo: también es una regla segura que el deseo de consumir solo se limita o por falta de producción, o por la escasez de medios para comprar, que acaso (como investigará más adelante) tiene su origen en la cortedad de la producción misma. Pues ahora bien: ¿qué sucederá si en el tiempo de la abundancia no hái
especuladores? (1) Que por fuerza se venderá muy barato, y se consumirá el fruto: de aquí se seguirá, lo uno que el productor no hallando compensadas sus fatigas se dedicará a otra industria desalentada e abatido: lo otro que los consumidores destruirán en un mes la cosecha, y al poco tiempo experimentarán la falta de frutos, y tendrán que apelar al comercio. Pero interpóngase el especulador, y retirando ahora cierta cantidad de jénero, evitará que se envilezca el precio, y el labrador no perderá: y cuando luego lo vuelva al mercado lejos de hacer una estafa inútil y reparable, conservará el equilibrio en los precios, y ganando como es justo en recompensa de su industria, favorecerá a la jeneralidad, que de otro modo sufriría los efectos de la escasez e carestía.

(1) Se me dirá que puede el productor almacenar los frutos hasta que los venda bien; pero responderé que en esto mismo haría una especulación, fuera de que no todos están en circunstancias de dilatar la salida de sus jéneros.
De las circunstancias que concurren para la producción de la riqueza.

Examinadas ya las diversas clases de industria, es natural que manifieste como todas producen la riqueza; y siendo así que simplemente por el trabajo del hombre no se consigue este resultado, debo examinar las circunstancias que concurren para proporcionarlo, analizando con separación la naturaleza de cada una de ellas.

Son de tres especies las circunstancias indicadas: 1.ª esenciales, sin cuyo concurso no puede haber producción; 2.ª necesarias que faltando sería la producción miserable y poco menos que nula; 3.ª útiles que si bien no constituyen la esencia de la producción ni tampoco se consideran de absoluta necesidad, favorecen sin embargo, la formación de la riqueza.
Sería por lo menos una presuntuosa vanidad en el hombre, suponerse creador de la materia preexistente, i de ciertos elementos de que se vale en sus operaciones v. gr. los principios llamados imponderables, calórico, luminico, i fluido eléctrico i también otros cuerpos tenidos por simples como el oxíjeno, el hidrójeno, el carbono i el ázoe que son la base de la mineralización, vegetación i animalización; i aun todavía otros compuestos como el sol, el aire, el agua etc. Todo esto no resulta del trabajo del hombre, i no podemos atribuirlo sino a la que llamamos naturaleza; mas apesar de ello, es indudable que concurren, estos que denominaré agentes naturales a la producción, como se conoce con solo examinar cualquiera especie de industria.

En su virtud la primera circunstancia esencial para la producción de la riqueza, son los agentes naturales.

Pero de nada servirían estos si fueran desconocidos al hombre i no supiera el uso que puede hacer de ellos; este conocimiento es por lo mismo otra circunstancia no menos esencial que la primera, i la cual se designa con el nombre propio de ciencia,
llamándose sabio al que la descubre o enseña.

Todavía no son bastantes estas dos circunstancias, si no se aplican a la producción por un empresario de industria, que ya en casos determinados aprovecha los agentes naturales que le son conocidos: para ello es menester sin escusa que disponga de algunas anticipaciones como serán las tierras, los instrumentos de labranza, la subsistencia de los obreros, la semilla etc. si se trata de agricultura; y por el propio estilo en las otras industrias. Estos valores que dedica en cualquiera forma a la producción, constituyen el capital o sea la tercera circunstancia de las llamadas esenciales.

Por último, cuando el hombre reúne todos estos elementos, que auxilian sus afanes, puede con oportunidad ejercer su industria, o para seguir la común nomenclatura, su trabajo, aplicándolo a la obra de la producción, con lo que tenemos hallada la cuarta circunstancia esencial.

De la manera de reunirse todas ellas aunque sea correspondiendo a diferentes sujetos los agentes naturales susceptibles de apropiación...
ción, la ciencia, el capital y el trabajo, hablaré cuando trate de la distribución de la riqueza.

Las circunstancias necesarias aunque no esenciales para la producción, entiendo ser todas aquellas que directamente influyen en ella, como serán por ejemplo: la división del trabajo, la libertad de industria, la seguridad de las propiedades y demás que explicaré por su orden correspondiente.

Las circunstancias útiles a la producción son aquellas que de algún modo la favorecen aunque no sean de esencia ni de necesidad, v. gr. las cajas de ahorros, los premios de estímulo etc. de que también hablaré en esta primera parte.
LECCION III.

De los agentes naturales: de la ciencia.

I.

El hombre, como dice un filósofo moderno, es el ajente de la creación. El hace de modo que las sustancias creadas sirven a sus necesidades, pero ya las encuentra existentes, y se aprovecha de ellas en sus operaciones.

En la lección anterior, he llamado agentes naturales a todas aquellas cosas que no resultando del trabajo del hombre concurren sin embargo a la producción de la riqueza: tales son además de los principios considerados como elementales que entran en los compuestos, i sostienen la fuerza vital de todos los seres animados, otros compuestos que se ofrecen al hombre para que a ellos aplique su industria: el aire, el sol, el agua i la tierra en su primitiva esencia,
segregando los abonos artificiales, están en este caso.

Cuando el labrador espone su terreno a la influencia atmosférica, es para recibir el beneficio con que le brinda: cuando se sirve del sol, del aire i del agua; no hace otra cosa sino aprovechar agentes de la naturaleza; i cuando en fin toma de sus manos la llamada tierra, sobre la cual suda i consigue beneficiarla, nadie dirá que solo á sus afanes debe los frutos que le retribuye. Si el molinero invierte el aire o el agua en dar movimiento a las aspas; i si el gas denominado vapor suple a la fuerza de muchos caballos en diferentes fábricas, todo ello no es mas sino los mismos agentes que la naturaleza pródiga i siempre activa ofrece al hombre industrioso i aplicado. ¿Y qué otra cosa se dirá del mar inmenso cuya superficie sirve de campo al atrevido comerciante que lo surca i atraviesa, confiado en el impulso del viento u del vapor?

Hai pues agentes que no deben su origen al trabajo del hombre, como han creado los mas célebres economistas; i por mucho que nos adule el prodigioso poder del ser inteligente, es preciso rendir un home-
naje a la naturaleza i no incurrir en la va-
na presuncion de suponernos creadores ab-
solutos.

II.

os conocimientos necesarios
para obrar con acierto en la
produccion de la riqueza son
los que se comprenden bajo
el nombre de ciencia; i sa-
bios se denominan los que se
dedican a ella.

La ciencia es circunstancia esencial en
la industria pues no hai posibilidad de que
aproveche el hombre los ajentes naturales
sin que llegue a saber su existencia i los
usos de que son susceptibles: sin el fisico
i el quimico de nada servirian ni el aire al
molinero, ni al tintorero el añil.

Pero no es solo el estudio de la natura-
leza el que constituye la ciencia, pues tam-
bien las noticias de la geografia son necesa-
rias al comerciante para sus calculos i ope-
raciones, i la historia, la politica i en fin,
todos los ramos del saber humano, le dan
norte ya para conocer el caracter i creen-
cias de los pueblos, ya para distinguir sus usos i costumbres, ya también para volver en su provecho hasta las preocupaciones i el fanatismo.

Las ciencias en jeneral son protectoras de la industria i bien pudiera graduarse la prosperidad de las naciones por su estado de cultura i de verdadera ilustración. No es del caso sin embargo estenderme sobre este asunto, pues corresponde a otra obra de distinto jénero i naturaleza; i además en esta misma tendré ocasión de volver a tocar la materia, que aquí debo terminar repitiendo «que la ciencia es para la producción una circunstancia de las esenciales pues sin ella no sabríamos aprovechar los elementos de la industria.»
or capital entiendo la riqueza que de algún modo se destina a la producción. No se olvide que la riqueza es la suma de valores.

La riqueza puede servir 1.° para disiparla en satisfacer necesidades reales o ficticias: 2.° para guardarla escondida: 3.° para que se reproduzca.

La primera de estas tres especies de riqueza desaparece y se pierde para el individuo y para la sociedad, v. gr. la fanega de trigo que gasta el rico en rosquillos para obsequiar a sus amigos; las dos arrobas de vino que se consumieron de la propia manera; el quintal de pólvora que se convirtió en humo; la onza de perfume que se quemó. La segunda riqueza o sea la que su dueño codicioso conserva oculta, como las alhajas encerradas en el arca y el di-
nero metido en la gaveta, si bien no se destruye ni desaparece, queda inútil mientras está parada y por lo tanto se estaciona i paraliza. La tercera que verdaderamente concurre a la producción es la que merece el nombre de capital.

Este capital se forma por medio de los ahorros, economías o con más propiedad acumulaciones que se van haciendo, pues tan luego como de la renta de cualquier labrador por ejemplo, la cual supongo ser cien fanegas de trigo se cercenan diez, preservándolas del consumo, estas diez se capitalizan a menos que se tengan muertas.

El capital se divide propiamente en inmoviliario i moviliario: inmoviliario cuando consiste en cosas fijas o digamos inmuebles, como fondos en tierras, casas, etc. moviliario: cuando es de cosas susceptibles de ser trasladadas, ó muebles en su más lata significacion v. gr. las máquinas, los instrumentos, los animales, las semillas, las subsistencias, el dinero, etc.

El dinero no es el que constituye el capital como ya vimos que tampoco es la exclusiva riqueza: si bajo la forma de moneda se suelen presentar los capitales, depen-
de esto de que tal es el uso de aquella, facilitar los cambios; pero el valor es lo que debemos considerar, i justamente los empresarios de industria lo que menos quieren son metales acuñados, pues con poca suma de ellos tienen bastante, i lo demás sería esterilizar sus fondos. ¿Qué le vale a un mercader mirar en su cajon mil duros, cuando con ellos puede comprar paños que le produzcan ganancias? Sin embargo de esto, el capital metálico puesto en circulación, también devenga réditos i procura ventajas a su dueño; mas acerca de ello hablaré cuando llegue su lugar.

Los capitales moviliarios se trasforman durante el curso de la producción: v. gr. quien tiene cien fanegas de trigo, cambia veinte por arroz para sus obreros, veinte por leña para sus hornos: veinte por lana que tejer: veinte por aceite, i las veinte que restan por dinero para el pago de salarios: este capital que sufre tales modificaciones, desapareciendo con una forma, para renacer con otra, se llama reproductivo.

El capital inmoviliario también sufre deterioros, i se va destruyendo aunque con lentitud i a las veces imperceptiblemente.
Siendo esencial la concurrencia de los capitales para la producción, conviene investigar que causas impiden que se acumulen: estas dependen o del gobierno por falta de libertad y seguridad en los ciudadanos, o de las costumbres por los vicios opuestos a la economía. De las primeras trataré aparte, hablando de las circunstancias necesarias para la formación de la riqueza: las segundas, o sean las que dimanen de las costumbres, se reducen a estos dos vicios 1.° avaricia: 2.° prodigalidad.

El avaro que codiciando la riqueza se desvela por atraersela para esconderla i atesorarla, es claro que incurre en el mali de hacerla estéril cuando podía capitalizarla y conseguir que sus fondos se multiplicasen contribuyendo al mismo tiempo a la prosperidad pública. ¡Triste cuadro sería el de la nación cuyas riquezas perdidas i misteriosas no sirvieran sino de torpe recreo a los ojos de sus estúpidos dueños! El prodi go por el contrario, teniendo rotas las manos, no puede llevar en ellas riqueza que no se derrame i desperdicie: sus rentas se disipan en profusión i lujo, en fantásticos
goces i caprichos, en consumos inmediatos e improductivos: mui pronto tiene que tocar a sus capitales, los aminora, los quita luego de la circulacion, i muere al fin este imprudente hombre en magnifico lecho rodeado de acreedores cuando no en pobre cama cercado de miseria.

LECCION V.

Del trabajo.

A he dicho que trabajo se llama todo afan del hombre que se dirije a un fin: por consiguiente lo mismo lo sera el de aquel que destruye, como el del otro que produce alguna cosa. Pero el trabajo de que se habla en Economía Política i yo lo considero como circunstancia esencial para la formacion de la riqueza, es el que tiene a esta por objeto i con mas propiedad i exactitud se denomina industria.

En vano seria que hubiese agentes naturales, en vano que la ciencia los hiciera conocer, en vano que los capitales reunie-
ran los elementos indispensables para la producción, si el hombre no trabajase y ejecutara materialmente las operaciones oportunas: la naturaleza ofrece aquellos agentes: el sabio comunica sus experiencias: el empresario de industria las aplica a determinados casos: la ejecución inmediata es la que aprovecha todo lo ante dicho, es el trabajo.

Pero el hombre no solo tiene fuerza y agilidad, sino también inteligencia; observando hasta donde puede llegar por sí, como también lo que no es dado a su esfuerzo, ha inventado medios de corregir, permitaseme decirlo, este defecto de su naturaleza. No solo con la sociedad de sus semejantes, y aun con la de los animales, ha vencido dificultades de consideración, sino que por efecto de las máquinas ha facilitado el trabajo y lo ha hecho más productivo y perfecto.

Máquinas llamo a todo cuanto en manos de la industria puede ayudar las fuerzas del hombre: máquina es el arado del labrador, lo mismo que las fábricas de hilados de algodón y de estambre, y que los buques del comerciante.
La introducción de una máquina es una verdadera conquista para la industria, por más que algunos juzguen que ocasiona perjuicios a los obreros. Convenzo en que por de pronto dejará sin ocupación a varios trabajadores porque si la máquina suple a veinte de ellos, i con dos basta para cuidarla, claro es que diez i ocho habrán de dedicarse a otro ramo de industria: sin embargo, este mal es pasajero como puede observarse en el ejemplo bien notorio de la imprenta, por cuya operación quedaron inútiles multitud de copistas; mas no tardaron todos ellos i muchos mas en invertirse en las imprentas mismas que tanto se han multiplicado i en sus varias operaciones i consecuencias.

Diré pues, que las máquinas originan tres ventajas de la mayor importancia: 1.ª para el empresario por la facilidad i economía con que se aumentan los productos de un modo prodigioso; 2.ª para el obrero porque le ayudan en su trabajo; i 3.ª para el consumidor porque le ofrecen objetos más perfeccionados i baratos.
LECCION VI.

De la division del trabajo.

Después de haber examinado con la mayor sencillez y tan brevemente cual exige una obra elemental las cuatro circunstancias que designó como esenciales para la producción de la riqueza, corresponde tratar de las necesarias que tienen tanto influjo en ella misma. Pudiera distinguir muchas de estas circunstancias; mas me parece que se comprenden todas en estas cuatro: 1.ª división del trabajo; 2.ª libertad de industria; 3.ª seguridad de las propiedades; 4.ª facilidad en las comunicaciones.

Tratando en esta lección de la división del trabajo no entraré a investigar todas y cada una de las muchísimas operaciones que concurren a la formación de cualquier producto, empezando desde las reflexiones del sabio i concluyendo en la faena del comerciante que lo vende al consumidor. Es-
ta division inevitable, siendo de suyo tan perceptible y conocida no requiere otras explicaciones.

Suele a veces ocurrir que una sola persona es labrador, artesano, e comerciante, como cuando aquel mismo que cultivó el árbol, lo corta y hace tablas su tronco, para trasportarlas luego a la ciudad; pero la Economía Política encuentra grandes ventajas en que se dividan estos trabajos todo lo más posible, siendo hasta necesario el que así se verifique.

Estas ventajas son dos 1.° Que adquiere más agilidad el obrero dedicado a una sola operación y por consiguiente perfecciona más los productos; 2.° Que hai un ahorro considerable de tiempo, y de aquí es que se produce más.

Cuando un solo hombre realiza varios trabajos (en los casos en que es posible esto), no tan solo reparte su atención entre todos ellos sino también su fuerza y agilidad: el que fuese curtidor, zapatero, tailabartero y guantero, es bien seguro que no sobresaldría en ninguno de estos oficios mas que se dedique v. gr.: a cortar guantes, i mui pronto lo hará con suma per-
fección, por la costumbre fácilmente adquirida.

Del propio modo el que hubiese de atender a sus campos, a sus fábricas y almacenes, mal podría destinar el tiempo suficiente a cada uno de estos objetos, mientras el simple gañan no perdiendo un minuto en sus labores los aprovecha todos en beneficio de la producción. Notables son los ejemplos que nos presenta Smith en los clavos y alfileres cuyas cabezas nada más invierten un operario en cada fábrica, i aun así se dividen sus faenas en diversos actos, resultando una maravillosa actividad. Es indudable que si no fuera por la división del trabajo no se obtendrían los productos en tanta abundancia, siendo grave el perjuicio de los consumidores i de la nación entera porque al fin habría menos producción.

Otra ventaja se atribuye a la división del trabajo, cual es el descubrimiento de nuevos métodos de ejecución puesto que aplicado el obrero a solo una operación, es creíble que discurra el mejor medio de simplificarla i hacerla mas fácil: desde luego estoy conforme con esta idea, pero como no considero la ventaja indicada como inhe-
rente a la division del trabajo, ni exclusi-
va de ella, por eso no la numero, i reduz-
co sus beneficios a los dos indicados; esto
es a que por su medio hai produccion ma-
yor i mas perfecta.

En este sentido creo ser necesaria, per-
ro principalmente me fundo en que no es
posible que un hombre solo se dedique a
cubrir por sí mismo todas sus necesidades
ni aun las mas precisas. ¿Quien es capaz
de calcular con exactitud cuántos brazos se
han invertido en la formacion de los pro-
ductos de todo jénero que consumimos dia-
riamente, desde el pan que compone parte
de nuestra comida, hasta el pañuelo que
lle vamos en el bolsillo? ¿cuán triste seria
la situacion del solitario, i qué precaria i
miserable su existencia!

La division del trabajo no es ilimitada
sino que debe atemperarse a ciertas cir-
cunstancias en razón a que mientras no ha-
yá fácil salida para los productos, inútil es
producir mucho, i cuando un hombre ha
concluido su tarea i le sobra tiempo, es
preciso que se dedique a otra operacion o
que permanezca entregado a la temible
ociosidad. Por esta causa, la division no
deberá estenderse más allá de los límites trazados por la sana razón en vista de la situación del país y de la mayor o menor actividad de la industria, la cual depende de diversos motivos que no me toca examinar aquí.

Un mal ocasiona la división del trabajo y consiste en que acostumbrado un hombre a no hacer en toda su vida sino barrenar tablas por ejemplo, será torpe naturalmente para cualquiera otra ocupación y perderá su agilidad primitiva: este funesto resultado es de pequeña consideración cuando se compara con las ventajas que le sirven de contrapeso, y aun el mismo se corrije por otros medios que suministra la Economía Política, cual serán v. gr. las cajas de ahorros que ya pronto debo examinar.
LECCION VII.
De la libertad de industria.

I.

He llegado precisamente a la materia más delicada y vital de la Economía Política en que mas se han engolfado los escritores según han sido sus opiniones ya de buena fe, ya por miras interesadas, complicando este asunto con una discusión difícil y reñida. Sin embargo, no perdiendo de vista la naturaleza de mi obra, espondré lisa y llana-mente la doctrina que considero más acertada y verdadera.

Si el hombre es y debe ser libre para moverse sin estorvos dentro del círculo trazado por las leyes, claro es que se halla en igual caso respecto de la especie de trabajo a que haya de dedicarse, y a la manera con que lo ejecute. Ir contra este principio es atacar uno de sus derechos imprescripti-
bles, el mas sagrado de todos; y por consecuencia de cualquiera coacción sufrirá un mal la riqueza pública y la prosperidad del país. Yo no concibo como ha podido sostenerse que ninguno ser racional progrese en un ramo de industria que aborrezca, ni menos que consiga felices resultados de un método de ejecución que no sea el suyo i que solo por el temor ha tenido que adoptar.

Pero no es solo este punto de vista dicen algunos en el que debemos colocarnos al examinar la cuestion, pues además hai que tener en cuenta varias circunstancias para resolverla. En el comercio por ejemplo si queda sancionada la libertad sin trabajo de ninguna especie, tal vez se arruinaría la industria nacional. Sin embargo: ¿Qué males temen los que así discurren de habilitar a los comerciantes para seguir el impulso de su propio interés, tan enlazado con el interés de la sociedad? ¿Será mejor sacar al pueblo un impuesto crecido para satisfacer los gastos que ocasionan las restricciones mercantiles? Vosotros que consentis en sacrificar muchos millones para tener esclavizado al comercio, ¿Habéis
reflexionado si aun en el caso de resultar algún perjuicio de su absoluta libertad será mayor que aquel mal positivo, inmediato e tan grave? ¿Teneis presente los daños de segundo orden que de aquí se derivan, no solo por consecuencia de la contribución misma, sino de los resguardos, i de la creación civil de un delito desconocido en el orden natural como lo es el contrabando?

Un solo caso suele fijarse en que conviene la restricción del comercio de importación i es cuando esté atrasada en el país aquella industria v. gr. la fabricación del paño, i esto no por circunstancias inevitables, como falta de primeras materias sino tan solo por no haberla perfeccionado todavía.

Entonces será un estímulo, se dice, el que se facilite su salida i no vengan los extranjeros a vender mas barato i mejor, lo cual se puede precaver recargando de derechos la entrada de estos jéneros. Es en efecto esta ocasión la única en que mas puede sostenérsé la falta de libertad; pero atendiendo no tanto a la teoría de lo que debe ser, sino a la precisa experiencia de lo que observo, no vario de la opinion que llevo
indicada porque veo mayores males en la restricción, la cual por otra parte, queda inpotente casi siempre.

Hai algunas profesiones en que conviene limitar algun tanto su ejercicio no por otra cosa mas sino porque la pena consiguiente a la ignorancia cual es el desprecio público, no recaerá sino después de un desengaño desastroso.

El zapatero que trabaja mal, ve muy pronto abandonado su taller; la nación no tiene que influir en esto porque tal es el orden regular i necesario, sin que los consumidores antes de escarmentar hayan sufrido sino leves perjuicios. Pero déjese al médico visitar a un enfermo desconociendo la ciencia de curar, o permitase al juez ignorante decidir sobre la vida o muerte, la opulencia o miseria, la honra o deshonor de los ciudadanos, i antes que despierten en ellos el odio i aversion, habrán llorado sus desaciertos millares de familias.

Por esta causa en tales profesiones debe coartarse la libertad de industria, i no permitir su ejercicio sin haberse antes asegurado de la aptitud del aspirante que garantice en lo posible sus acciones.
Ahora es tiempo de recordar la fatal institución de los aprendizajes, maestrías y gremios, siguiendo la materia que vi examinando.

LECCION VIII.

CONTINUACION DE LA ANTERIOR.

II.

De los aprendizajes, maestrías y gremios.

La manía de influir el gobierno en la industria por medio de reglamentos odiosos y fatales hizo nacer la institución de los aprendizajes, obligando a los jóvenes a trabajar cierto número de años en la profesión, arte u oficio a que se dedican con la idea de que adquieran los conocimientos y habilidad indispensables para su ejercicio. Cuando han concluido el largo tiempo que se les designa, tienen que sufrir un examen en que los maestros son los jueces, i contando con que los aprueben les falta obtener la car-
ta o título pagando los derechos correspondientes, entrando luego en el gremio de aquella facultad.

Los males que de aquí resultan son muchos y de suma trascendencia pero los reduciré a los siguientes: 1.º que se iguala enteramente la capacidad del jóven avantajado a la del torpe idiota requiriendo para uno y otro el mismo aprendizaje, con lo cual se apaga en cierto modo la llama del ingenio estorbando que sobresalga el mas favorecido por la naturaleza. 2.º Que se impone un sacrificio costoso por las anticipaciones que se necesitan para subsistir el aprendiz hasta ser habilitado para ganar el sustento con su industria pues que si con un año le basta para aprender, todos los mas designados en la ordenanza o reglamento son una verdadera carga con la cual se les agavia en beneficio de los maestros. 3.º Que teniendo estos una utilidad positiva en que su taller sea servido por verdaderos oficiales que nada les cuestan a pretexto del aprendizaje, harán que dure este, todo lo mas posible, desalentando a los jóvenes para que jamás crean estar aptos. 4.º Que viendo en cada uno de ellos un fu-
turo rival procurarán que no perfeccione demasiado su trabajo para que luego no sean temibles competidores suyos y esta consideración tal vez podrá influir luego cuando llegue el examen. 5.° Que la carta o título exigiendo un gasto extraordinario impedirá que muchos hombres industriosos ejerzan su facultad porque no puedan soportar su costo, ni menos los veedores les dejarán esperanza de trabajar sin ser maestros. 6.° Que reunidos en gremios todos los interesados les será fácil monopolizar los precios de los productos conviniéndose a que ninguno los dará mas baratos, y también los salarios no pagando uno más que otro, con lo cual obligarán al obrero a sucumbir i tomar lo que quieran ofrecerle por recompensa de su laboriosidad.

Tales inconvenientes demuestran que los aprendizajes, maestrías i gremios son perjudiciales a la prosperidad pública i que en vez de franquear las fuentes de la riqueza sirven para secarlas o por lo menos impedir su curso. Semejante institución ademas es impolítica, i en cierto modo inmoral, pues como dice un célebre economista, "el patrimonio del pobre está en la fuerza
i ajilidad de sus dedos, i no dejarle la libre disposicion de estas dos cosas cuando no las emplee en daño de los demas hombres, es un atentado contra la mas sagrada e inviolable de todas las propiedades.»

LECCION IV.

CONTINUACION DE LAS ANTERIORES.

III.

De los reglamentos del gobierno que tienen por objeto influir en la produccion.

os pueden ser los fines que se proponga el gobierno al influir con reglamentos en la produccion, pues o habrá de prescribir el ramo de industria que quiera sea preferido o el modo de producir, esto es el método de ejecucion.

Cuando el objeto es determinar la especie de industria que en su concepto conviene mas a la nacion por cualquiera circunstancia, desde luego yerra el camino,
preceptuando a los empresarios que se dediquen a ella, porque hai la fatal preocupación de temer que no sean los más ventajosos los consejos que recaen sobre esta materia, especialmente cuando van contenidos en órdenes cuya obediencia es indispensable, aun cuando lo resista la voluntad. No sé que oriéjen pueda tener esta idea, pero está fuera de duda, que apenas el gobierno manda que se cultive por ejemplo el algodón, o que los fabricantes de cualquiera clase se dediquen a cierto ramo determinado, lleva consigo esta disposición un precedente de disgusto i de odiosidad para que no quieran cumplirla los productores.

Por otra parte, si en asuntos de industria nadie juzga mejor que el mismo interesado, porque tiene el poderoso estímulo de aumentar sus ganancias, será un desván suponer que deje aquella empresa más lucrativa, por otra que le ofrezca menos ventajas, o bien al contrario que no traslade su capital que le produce un dos por ciento aplicado a cierto ramo, a otro en que pueda redituarle a razón de un seis. De aquí es que si el gobierno acierta cuando prefiere tal o cual empresa, no necesita usar de otros
medios sino de escitar el interés privado y prescindir de reglamentos perniciosos.

La dificultad consistirá en que sean conocidas las ventajas que presenta cualquiera producción por circunstancias particulares, y en este caso dicen algunos que conviene hacerlas ostensibles, valiéndose al efecto de órdenes superiores; mas teniendo estas contra sí tantos inconvenientes ¿porque no se adoptarán otros medios indirectos como serían los premios de estímulo, y sobre todo la instrucción de las clases industriosas, para que convencidos los productores y a la vez impulsados por la recompensa, se inclinaran naturalmente y sin coacción a lo que mas provecho les ocasionase i mayor bien al país?

El segundo objeto de los reglamentos que influyen en la producción, es prescribir el modo de ejecutar las operaciones de industria como si v. gr. se ordenase al tintorero que no cociera las telas para prepararlas o no las aprensase después de teñidas. Estas disposiciones se hallan en igual caso que las otras, cuyo fin es inclinar los capitales hacia un ramo de industria, i por lo mismo para no repetir, indicaré únicamente que
por lo común son mal recibidas i con cierta prevención contraria: que el interés individual es el único juez para estas materias; i por consiguiente, que lo que falta es ilustrarlo, i nunca conducirlo de la mano, sin que se olvide la sentencia de un sabio publicista, que recomendando la libertad de la industria dice: que con respecto a ella la misión del gobierno se reduce a injerirse cuanto menos sea posible i dejar hacer cuanto más sea posible.

LECCION 4.

De la seguridad de las propiedades.

o es de mi objeto analizar cual sea el orígen del derecho de propiedad ni menos examinarlo con extensión: considerándolo existente i viendo en él uno de los estímulos principales de la producción, lo que me incumbe es manifestar cuanto importa que se halle garantido de una manera tal que sea inviolable, cuya circunstan-
cia cosidero como necesaria para la forma-
ción de la riqueza.

Cuando un hombre se afana trabajando
con ahínco para obtener un resultado favo-
rable que le sirva de recompensa, es por el
deseo natural de adquirir los medios que le
conduzcan a ser feliz. Después de un día
de fatiga, descansa por la noche alhagado
con el lisonjero pensamiento de que al cabo
de una semana, de un mes y de un año,
habrán ido aumentándose proporcionada-
mente sus ahorros y podrán ellos asegurar-
le una vejez tranquila, cómoda y apacible.
Si tiene hijos calculará los goces que les
proporciona su cuidado, si cuando no, con-
serva siempre la esperanza de que aun des-
pues de muerto le servirán sus bienes toda-
vía para favorecer a un amigo cuya grati-
tud prolongará la existencia de su nombre,
la quien si le parece podrá imponer alguna
condición siendo así árbitro de mandar
cuando sus restos fríos reposen en la tumba.
Quitese al hombre la propiedad y al mo-
mento terminarán sus economías, redu-
ciéndose a producir lo que deba gastar, y
disipando su riqueza para no esponerse a
que un desconocido le arranque el fruto
de su trabajo i destruya sus mas risueñas ilusiones.

Pero no basta con que esté declarado el domino: la distincion de _tuyo i mio_ no es lo único que se necesita. Es menester que la propiedad se halle garantida de _hecho_, que se respete, que sea inviolable. ¿De qué servirá por ventura el que esté consignado en los códigos que cada uno disponga a su placer de sus bienes i que nadie le prive de ellos, si a pesar de todo no están asegurados bastantemente ya contra los ataques del particular, ya también contra los del poder? Si las leyes protectoras de la propiedad son insuficientes: si no se aplican con relíjiosa exactitud: si el ciudadano puede ser víctima de una confiscación; i si el gobierno a su placer dispone de aquella como por desgracia nos lo dice la historia con repetidos ejemplos; entonces la industria decaerá, la producción será mezquina, i la riqueza pública sufrirá forzosamente las consecuencias de un estado tan deplorable.

El solo caso en que la expropiación se debe permitir es cuando lo exija la utilidad común v. gr. si se necesita derribar una ca-
sa para abrir una calle o para levantar en su terreno una cárcel, o si tratándose de predios rústicos, es preciso guiar un camino por en medio de una posesión. Entonces la conveniencia pública hace justas semejantes medidas; pero siempre con la precisa circunstancia de que se indemnice al propietario satisfechándole ante todo el valor de su finca.

Sin embargo de que solo me propuse tratar en esta lección de la seguridad de las propiedades diré algo antes de concluir-la, sobre su amortización que puede en cierto modo considerarse como falta de aquella por estar en incierto el dominio.

Estancados los bienes por causa de cualesquiera fundaciones perpetuas i debiendo pertenecer a ciertas personas o corporaciones no en propiedad sino mas bien en usufructo, claro es que al poseerlos la sola idea que ocurra será utilizar sus productos sin hacer gastos algunos o con los menos posibles. La consecuencia inmediata de tal conducta es que no recibiendo mejoras ni reparos las fincas se irán deteriorando de día en día porque faltará precisamente el interés del dueño que le mueva a benefi-
ciarlas i solo habrá el deseо del precario poseedor, reducido a pensar en el tiempo que ha de gozarlas sin atender a lo venidero. Mucho menos por consiguiente hará grandes sacrificios con el anhelo de aumentar el patrimonio de sus hijos i aun dado caso de que no se destruyan los bienes amortizados que sería todo lo mas que pudiera concederse, siempre tenemos que no prosperarán quedando estacionaria la riqueza.

Debe pues considerarse como axioma de Economía Política que una de las circunstancias necesarias para la producción, es la inviolable seguridad i la libertad de las propiedades.
LECCION XI.

De la necesidad de facilitar las comunicaciones.

La última de las circunstancias que fijé como necesarias para la producción, fue la facilidad de las comunicaciones, que proporcionando la salida de los productos habrá naturalmente de escitar su aumento. Si cada pueblo tuviera que consumir los productos de su industria, limitada sería esta y jamás llegaría el caso de su prosperidad; pero tan luego como se le presenta el medio de llevarlos a otros mercados ya el comercio influyendo en su favor, da impulso a la producción ensanchándola todo lo más posible. «Los labradores de Castilla la Vieja y del Reino de León (dice un célebre Economista español) cuyas principales cosechas son trigo, cebada y vino, artículos de que pudieran abastecer el resto de la nación, se ven a causa de la dificultad y carestía
de los trasportes igualmente arruinados con una cosecha abundante que con una escasa.

Por otro concepto, no todos los terrenos son a propósito para la producción de ciertas primeras materias, y por lo tanto la industria fabril para manufacturarlas, se ve obligada a traerlas de otras partes, lo cual no puede hacer sin que suban demasiado los gastos, a no ser que se faciliten las comunicaciones.

Por desgracia en España se hallan estas en mal estado por la falta de caminos, carreteras i canales, i por el abandono que han sufrido los ya existentes, en razón a diversas circunstancias, a pesar de que en nuestros días se van mejorando y estableciendo algunos nuevos, siendo también de esperar que lejos de paralizarse tan útil i necesario empeño irá cada vez aumentándose mas.

Varios han sido los medios recomendados por los autores, i puestos en ejecución para facilitar las comunicaciones, pues unas veces se ha recurrido al arbitrio de imponer una contribución jeneral con este objeto; otras se ha reducido a solos los vecinos de la comarca en donde se establecen las comunicaciones, i tal vez se han costeado
por medio de un empréstito público.
El método más ventajoso en mi opinión es el de que la empresa se confie a una sociedad de capitalistas que la tome por su cuenta, no concediéndoles en remuneración cierto privilegio como se ha visto en algunas ocasiones, sino más bien estipulando cierto peaje que se les haya de pagar después de concluida la obra, y cuyas condiciones no serán demasiado onerosas siempre que puedan contar con que se cumpla exactamente lo convenido.

LECCIÓN XII.

De las cajas de ahorro.

abriendo examinado las circunstancias que concurren para la producción de la riqueza, debo ya tratar de las otras que también contribuyen al mismo fin, si bien de un modo menos directo, las cuales por lo tanto he calificado de meramente útiles. La primera de ellas es la institución de las cajas de ahor-
ro por cuanto proporciona la formación de capitales, aprovechando una riqueza que sería en otro caso improductiva.

Caja de ahorros se dice a aquel depósito en que van ingresando las cantidades que cualesquiera personas entregarán con el fin de que se les conserven puestos en circulación. Este es uno de aquellos establecimientos cuyas ventajas se conocen solo con definirlos.

El obrero que al cabo de una semana puede reservar una suma insignificante v. gr. seis reales, consideraba esta economía como destinada solo a un rato de diversion y era lo regular que la gastase en la taberna i tal vez en el juego. En la caja de ahorros le brindan con guardársela por cierto tiempo sin estorbarle que la retire luego si le parece, i mientras tanto le ofrecen una ganancia proporcionada, que después va capitalizándose y aumentando su riqueza. De aquí se sigue que rodando los años i casi sin percibirlo adquiere el imponedor un fondo considerable, que tomándolo en su día le sirve para formar una empresa de cualquier género, i le asegura una vejez acomodada, en lugar de la miseria que sufri-
ria en otro caso. Justo será entonces que manifieste a sus hijos un saludable ejemplo digno de imitación, diciéndoles: mirad este almacén comprado con los sobrantes de mis jornales, que pude consumir en reprobados vicios, i así lo hubiera hecho sin la caja de ahorros.

Reunidas en ella las pequeñas sumas que los imponedores entregarán, se forman pronto capitales de alguna consideración que es necesario hacer productivos, a fin de que devenguen ellos mismos el rédito que a sus dueños se abona.

Por este medio es claro que se aumenta la producción, porque ya dije que una de las circunstancias esenciales para ella es el capital, i mientras más se multiplique, será mayor el número de las riquezas industriales, origen de la pública prosperidad.

Las bases precisas para el establecimiento de las cajas de ahorros pueden reducirse a las siguientes: 1.ª que haya una completa seguridad en los fondos: 2.ª que se reciban las cantidades que se impongan, por pequeñas que sean: 3.ª que estas hayan de permanecer en las cajas por cierto tiempo para que durante él, se puedan destinar a la pro-
ducción sin que por esto sea un plazo demasiadamente largo, a fin de no estorbar que las retire el dueño: 4.ª que haya la mayor religiosidad en los pagos, tanto del principal como de las ganancias.

LECCION XIII.

De los premios de estímulo y de las patentes de invención.

El hombre no se mueve jamás sino por algún interés que le sirva de norte: tal es la leí a que se halla sujeto y que no se puede alterar sin desconocer su propia naturaleza.

Consiguiente a este principio el gobierno que quiera estimular la industria, deberá valerse de recompensas a fin de escitar en los productores el deseo de presentarse dignos del premio a costa de sus propios desvelos i fatigas.

La dificultad en esta materia se reduce a descubrir el medio más conveniente de otorgar los premios, pues habrán de ser análogos a la clase de acción que los me-
rezca i proporcionados también a la persona que haya de obtenerlos: ridículo sería brindar con un escudo de distinción al gañan que rompiese con su arado de un modo más fácil los terrenos escabrosos: vergonzoso también parecería dar una cantidad de dinero al injenioso i noble artista que presentase una primorosa estatua.

También ha de tenerse mui presente que la honorífica distinción del premio, deja de ser una recompensa del mérito cuando se prodiga demasiado i tal vez se falta a la ríjida exactitud que debe presidir a su concesión.

Con más motivo que a cualquiera otro debe premiarse al inventor de algún método provechoso para la industria, de alguna máquina, etc. porque no tan solo manifiesta su laboriosidad, sino también su injenio proporcionando ventajas de suma trascendencia. Por lo tanto, al tiempo de recompensarle se le puede conceder lo que se llama patente de invencion o sea la facultad de aprovecharse por cierto número de años de su descubrimiento sin que ninguna otra persona use del mismo. Este aunque sea un privilejio, es mui justo i acaso
necesario, atendida la condición del hombre que pudiera no revelar lo que hubiese inventado, sí no contara con que se respetase su derecho para gozar exclusivamente las ventajas que hayan de resultarle. Pero digo que este permiso sea solo por cierto número de años v. gr.: por diez, en razón a que de otra manera sufriría la sociedad un perjuicio, ya por el monopolio del inventor que únicamente siendo limitado se puede tolerar, ya porque muriendo se llevaría su secreto a la tumba, ya en fin, porque sin generalizarse este, no hai términos hábiles de que se perfeccione, cuando sabemos que rara vez sale acabado desde su primer origen.
in hombres no hai sociedad
(dice un célebre publicista
a quien cité no ha mucho) i
sin medios de subsistencia no
hai hombres. Consiguiente
a este principio, nada más
justo sino tratar de la pobla-
ción, después de analizado el modo de for-
marse la riqueza, i observar las relaciones
de aquella con la producción.

Por mucho tiempo se ha sostenido que
mientras más brazos haya, más productos
resultarán, pero las investigaciones de va-
rios economistas, han hecho ver por el
contrario, que tanto mayor será la propa-
gación de la especie, cuanto más abunde
la riqueza en el país. Ni conviene otra cosa
a su felicidad, porque nada más triste sino
ver un pueblo numeroso i miserable.

El deseo natural e instintivo en el hom-
bre de reproducirse halagado por el placer
con que le convida la naturaleza, es la ga-
rañía más segura de que la especie se multiplicará de un modo prodigioso, sin que sean menester otros estímulos artificiales. A los ojos de la sana filosofía parecen inoportunas y ridículas las leyes dirijidas a promover el aumento de la población, ya ofreciendo premios y ya imponiendo castigos tan repugnantes a la humanidad.

Pero el hombre que atiende los consejos de su razón, y no procede con imprudencia, lo primero que calcula antes de contraer un matrimonio que dé ocasión a tener muchos hijos, son los medios de subsistencia con que puede contar para su manutención, y si ve que apenas tiene para sí propio, se abstendrá de casarse. Facilitese la producción, ábranse las fuentes de la riqueza y cunda esta por todo el país, y muy pronto se observarán muchos matrimonios y el aumento de la población será rápido y seguro.

La producción además de ser la causa que tanto influye en la propagación de la especie, sirve también para evitar que se disminuya el número de los nacidos porque no basta que se dé vida a un nuevo individuo si no se le preserva de los males que le habrán de rodear, y se favorece su creci-
miento i desarrollo, hasta que llegue al estado de perfeccion fisica. ¿Qué sirve numerar en las tablas de poblacion una multitud de niños que bien pronto perecerán victimas del hambre, de la miseria i abandono? Proporcionemos a sus padres los recursos precisos para que atiendan a sus necesidades, i entonces la mortandad sera nada temible, pudiendo lisonjearnos de que la poblacion estará floreciente i no se criarán solo raquíticos i mendigos.

Tan cierto es que la produccion influye directamente o mas bien sirve de base a la poblacion, que cuando en un estado no pueden sostenerse todos sus habitantes se ven algunos obligados a buscar un establecimiento fuera de él, cuyo nuevo pais se designa con el nombre de colonia. Esta unas veces se funda con la intencion de que permanezca en lo sucesivo que fue el método adoptado por las naciones antiguas, i otras se limita su objeto a que los colonos permanezcan cierto número de años en el nuevo territorio, volviendo luego con sus riquezas a la metrópoli de donde proceden, cuyo plan es el seguido por los modernos. Cuando no se consigue la posesion absoluta del,
pais no se denomina colonia sino que simplemente se considera como una factoría establecida en el extranjero, i tienen que respetarse sus leyes.

La division mas notable de las colonias consiste en que unas están dependientes de la metrópoli, i otras por el contrario son verdaderos estados independientes.

El primer método ha llegado a ensayar-se bajo diversas formas, ya por medio de compañías privilegiadas, ya imponiéndoles la condicion de que solo con la metrópoli puedan comerciar, ora sea que reciba los productos de esta a los precios que se los quiera poner, ora que le remita los suyos; i ya en fin, ha solido estipularse que la colonia no venda sino a su nacion, pudiendo comprar libremente a los extranjeros, i vice versa, que compre a estos segun le agrade remesando sus productos nada mas que a la metrópoli.

Pero esté disfrazada como quiera la dependencia, siempre tiene muchos inconvenientes siendo los principales estos: 1.º que la colonia experimentando el duro trato de la metrópoli su madre, le corresponde con igual ingratitude, presentándose
siempre de una manera hostil: 2.º que si la metrópoli ejerce un monopolio sobre la colonia, también a su vez esta monopoliza sus productos, resultando una verdadera conjuración de la una contra la otra como lo ha conocido alguno de los mas célebres economistas: 3.º que por lo común el gobierno de las colonias es arbitrario e dispencioso: i 4.º que por necesidad hai que sostener considerables fuerzas de mar y tierra tanto para sujetarlas como para defenderlas de las extrañas invasiones.

Las colonias independientes no presentan estos escollos, contribuyen a la prosperidad de la nación que las considera como hijas, tratándolas con arreglo a este carácter, y la gratitud y el mutuo afecto robustecen las relaciones de correspondencia, guardando la mejor armonía.
LECCIÓN XV

De las clases de la sociedad consideradas economía.

antes de concluir esta primera parte no será inoportun
no hacer algunas indicaciones sobre las clases de la so
ciedad, examinando cuales sean productoras de riqueza,
i si las hai que merezcan el nombre de estériles. Los escritores difie
ren mucho en esta materia, pues según es la opinión de cada uno, así pretende que solo el comerciante por ejemplo, contribu
ye a la prosperidad pública o bien que nadie mas que el labrador tiene derecho a esta consideración. Otros se pierden querien
do distinguir los productos materiales e inmateriales para inculcar la idea de que estos últimos no constituyen riqueza en virtud de que se destruyen inmediatamente. Respetando yo pareceres tan contrarios, fi
jaré mi dictámen particular, haciendo apli-
cación de los principios establecidos en esta obra.

Cuatro he dicho que son las circunstancias esenciales para la producción de la riqueza. De los agentes naturales no hablaré porque no son debidos a ninguna de las clases de la sociedad. La ciencia sí constituye a los sabios (1) en el caso de ser productores aunque indirectamente, pues si bien no hacen los objetos industriales, concurren sin embargo a su formación y participan luego de su precio como diré más adelante, por cuya causa claro es que no hay razón alguna para llamarles estériles. Los capitalistas, o sea los dueños de la riqueza invertida en la producción se hallan precisamente en igual caso que los anteriores pues que facilitan uno de los elementos esenciales, sin el cual nada se produciría. Y por último el que presta su trabajo está fuera de duda que merece la ca-

(1) Hablo siempre en el sentido económico e cuando uso de estas voces atiendo a la significación que las he dado en las lecciones precedentes.
lificacion de industrioso, obteniendo las ventajas consiguientes; i estando en el cas-
só de sufrir en proporcion los impuestos que se le carguen.

Solo aquel hombre que sin conocimiento alguno fuera también un vago, reducido a peligrosa ociosidad, i se sostuviera gastando de un tesoro que le hubiesen dejado sus padres sin ponerlo en circulacion, sino solo escondido en su gaveta, mera-
cería de justicia la vergonzosa denominación de persona estéril para la sociedad.

CONCLUSION.

abiendo examinado todo lo relativo a la produccion de la riqueza, que fue la pri-
mera parte de las cuatro en que dividí mi trabajo, debo ya proceder a la segunda,
examinando como se distribuye entre todos los que próxima o remotamente concurren a su formacion.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.
SEGUNDA PARTE.

DE LA DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA.

LECCION I.

Como se verifica la distribución de la riqueza.

mientras los escritores de Economía Política no han distinguido las leyes relativas a los cambios de las otras por las cuales se gobierna la distribución de los productos, ha sido bien difícil y complicada esta materia; porque primero se necesitaba examinar la teoría de los valores con todos sus resultados, para esponer en seguida el hecho simple de la división de la riqueza. Pero en el día, conociéndose ya que la distribución es independiente de los cambios, i pudiera en rigor existir sin ellos, se ha facilitado mucho la inteligencia de esta doctrina, cuya
importancia desde luego se conoce.

**Distribución de la riqueza es la división de los productos entre los hombres industriosos, que concurren a formarlos.** Se deben distinguir los que contribuyen a este objeto directa o indirectamente; pues aunque todos vengan a disfrutar, mas tarde o mas temprano, de los beneficios de la riqueza, solo aquí se trata de la concurrencia directa, que da un derecho a participar inmediatamente de los productos. El médico, que con sus cuidados restablece la salud del hombre industrioso, tiene cierta parte en el trabajo de este, porque faltando su asistencia, no hubiera sido posible que lo ejecutara; mas siendo esta cooperación indirecta para la industria, la recompensa debe serlo también; y así el obrero percibirá la ganancia que le corresponda, y destinará cierta porción de la misma al pago de su médico. Para no confundir las ideas lláname distribución primaria a la que tiene lugar entre los varios agentes de la industria; o sean los que prestan servicios productivos; y distribución secundaria a la otra que se verifica entre las diversas clases de la sociedad.
Cuando el consumidor compra una mesa, por ejemplo, dando el precio al comerciante, que se la vende, no solo paga la utilidad debida por la industria del mismo, sino también las anticipaciones que había tenido que hacer. El comerciante recibió la mesa de manos del carpintero, y le indemnizó de los gastos que hasta entonces habían ocurrido, ya por el deterioro de las herramientas, ya por el pago de jornales, ya en fin por las materias invertidas en la construcción. I de igual modo el carpintero había obtenido á su vez la madera de manos del labrador, que no siendo propietario del terreno, tendría que abonar a su dueño cierta suma; y aun acaso invirtiendo capitales ajenos, satisfaría por el uso de los mismos un interés o rédito proporcionado. De consiguiente vemos que la riqueza producida se reparte por un orden natural entre todos los que concurren a formarla; y esta distribución se verifica por medio de las anticipaciones que los mismos productores hacen unos a otros, hasta que al cabo el consumidor las reembolsa todas al comerciante.

Siendo cuatro las circunstancias esencia-
les para la producción de la riqueza, es claro que la distribución se realizará entre las mismas, viendo a tomar su parte el dueño de los agentes naturales, cuando son susceptibles de apropiación (pues en otro caso se disfrutan gratuitamente); el sabio, que concurre con su ciencia, el capitalista, y el obrero. Mas con el objeto de simplificar todo lo posible la materia, reduciéndola a los términos más precisos, designará solamente dos clases, en las que se comprenden todas las especies de hombres, que prestan servicios productivos, a saber:

1.ª Industriosos.

2.ª Capitalistas.

Industriosos llamo aquí a todos los que de cualquier modo dedican su trabajo a la producción, ya sea trabajo de cabeza, o ya de manos; pero debiendo limitarme a los que entran en la distribución primaria, i no estando en tal caso el sabio, por mas que su ciencia (trasmitida por él a los directores o empresarios de industria) sea una de las circunstancias esenciales, resultará que solo considero al presente dos especies de hombres industriosos:

1.ª Empresarios.
2.ª Obreros.

Bajo el nombre de capitalistas comprendo a todo propietario de riqueza destinada a la producción, que según espliqué en la lección 4.ª de la primera parte, es la que merece el nombre de capital. Sea este inmoviliario como el que consta de tierras o edificios, sea moviliario como el que se compone de muebles, frutos, máquinas, efectos o dinero; siempre el resultado será el mismo para mi fin, i distinguiré otras dos especies:

1.ª Capitalistas de riqueza inmoviliaria.

2.ª Capitalistas de riqueza moviliaria.

En las lecciones siguientes explicaré cada una de estas divisiones hechas con la posible exactitud; mas antes debo advertir que no siempre se hallan separados los caracteres de empresario, obrero i capitalista; pues ocurre con la mayor frecuencia que una sola persona tiene todas estas representaciones. Bien puede suceder que un hombre rico sea dueño de una tierra en que cultive algodón con fondos propios; i poseyendo también un edificio proporcionado, establezca una fábrica de hilazas i te-
jidos, cuyas operaciones dirija por sí, ejecutando además con sus manos algunas de ellas: en este caso es evidente que tal sujeto reportará muchas más utilidades que si limitara su industria solo a ceder sus tierras o su edificio, prestar su dinero, ser trabajador o empresario. Sin embargo esta complicación de caracteres no altera en lo más mínimo las reglas que se van a establecer, ya porque siempre se necesita el concurso de otras personas, ya también porque si alguna tiene varias representaciones, el economista deberá distinguiérlas para estudiar sus efectos, calculando que tanto gana como empresario; tanto como capitalista etc.

Estas ganancias, que se obtienen como fruto de algún servicio productivo, son las que constituyen las rentas de los particulares; y la suma total de las mismas forma la renta de la nación en el sentido en que aquí se habla.
LECCION II.

De la cuota que corresponde á los empresarios de industria.

...
cia directa del sabio, de igual modo que lo son los consejos del jurisprimo y los cuidados del médico, no se le da lugar en la distribución primaria, y se asigna su parte al empresario cuando haya tenido que satisfacerla.

Encontrándose ya el director de la empresa con la ciencia conveniente para desempeñar su cargo, necesitará capital, ya sea en tierras si se trata de agricultura, ya en edificios para las fábricas, ya en máquinas simples o compuestas, ya en semillas o materia bruta, ya por fin en todo lo demás indispensable para la producción. I suponiendo que no sea propietario de ninguna riqueza, deberá pedir a los capitalistas de una u otra especie, que le cedan sus tierras, sus edificios, sus máquinas, frutos, dinero etc., mediante una retribución que se denominará en los respectivos casos arriendo alquiler o rédito. Cuando el empresario de industria tenga todos los elementos antedichos principiará los trabajos; pero no siendo posible que los haga por sí solo, se verá precisado a buscar obreros, que bajo su dirección i por el correspondiente salario ejecuten las diversas operaciones;
respecto de las cuales existe la jerarquía que pronto examinaré, siendo a su virtud mas o menos crecidos los jornales.

Hasta aquí hemos visto los difíciles cuidados del empresario; cuidados que le hacen digno de una recompensa tanto más legítima, cuanto que sin ellos serían inútiles todos los elementos de la industria, los cuales, desunidos y aislados, no llegarían jamás a reunirse, ni contribuirían al grande fin de la prosperidad pública. Pero una vez planteada cualquiera empresa, no descansa por ello su director, antes bien su actividad y celo son los que hacen que se sostenga y fomente, presidiendo todas las operaciones, y siendo como el jefe responsable de todo cuanto los subalternos ejecuten. Por esta causa las ganancias del empresario deben ser las mayores; i tan luego como no recibiera utilidad ninguna, se retiraría naturalmente, dedicándose a otra especulacion mas productiva. (1)

(1) «Tres, dice Say, son las causas que contribuyen a la escasez i subido precio de los ser-
Sucedé tal vez que un director de alguna empresa lo es por cuenta de otros, y en este caso recibe un salario crecido, siéndole indiferente para la utilidad que reporta, el buen ó mal estado de los negocios. Este hombre no es el verdadero empresario de industria, ni a él se pueden aplicar las observaciones que preceden: mas bien a un factor que ocupa el primer grado en la jerarquía de los obreros, según se dirá en la próxima lección.

Vicios del empresario de industria: 1.ª la necesidad que tiene de buscar capitales: 2.ª las calidades personales, i los conocimientos que exijen sus operaciones: 3.ª los riesgos a que se espone.» Droz continúa: «los empresarios viven espuestos a peligros por desgracia muy verdaderos; mas no es menos cierto que sus continuas quejas, por lo común exageradas, son el origen de muchos errores, que cometen la administración, los escritores y el público.»
LECCION III.

De la cuota que corresponde a los obreros.

El obrero en general se llama el que trabaja para la producción de la riqueza por un salario que recibe; pero no siendo iguales todas las especies de trabajos, forzoso es distinguir la diferente categoría de cada uno de los obreros. Pueden fijarse dos clases, a saber:

1.ª Profesores, o maestros.
2.ª Simples trabajadores, o braceros.

Dio el nombre de profesor o maestro al que no solo presta sus fuerzas físicas, sino también aquellos conocimientos adquiridos por una educación industrial, en la que ha sido forzoso invertir cierta riqueza, no solo para la manutención del individuo, sino también para su enseñanza.

El arquitecto que dirige una obra, no lo pudiera hacer sin mucho estudio anterior
sobre las matemáticas, arquitectura etc., i por consiguiente cuando recibe un sueldo crecido no es por el trabajo material que presta, sino por los réditos del capital que ha consumido hasta ponerse en aquella situación, i también por lo raro i esquisito de sus conocimientos. Así es que mientras hai mui pocos de su clase, sin embargo de ser muchas sus ganancias, abundan en estremo los simples peones de albañil, a pesar de ser mui cortas las utilidades que reciben. La causa de esta diferencia es la que dejo indicada de requerirse en el uno cierto injenio i educación particular, mientras el otro no necesita casi ninguna instrucción; i de aquí es el haber llamado profesor al que ha hecho un estudio especial de su arte, si bien presentó el otro nombre de maestro no porque sean sinónimos, i antes bien por aplicarse este último mas propiamente a los que saben cualquier oficio mecánico, v. gr. el zapatero que sin ocupar el mismo grado que los profesores de artes liberales, se hallan para mi objeto en circunstancias semejantes toda vez que el salario depende no solo del trabajo manual, sino del injenio i educación.
El simple trabajador o bracero es aquel a quien se paga el salario por la faena material que hace bajo la dirección del profesor o maestro. Algun autor considera esta clase de trabajos como semejante al de las máquinas; y en cierto modo no deja de ser exacta esta comparación. Un obrero de campo da golpes con su hazada para levantar y remover la tierra de un modo parecido a las operaciones del arado; y en el momento en que se inventase una máquina semejante a este mismo, que pudiera verificar la cava de los terrenos, ya no serían menester los brazos que la ejecutan, puesto que su acción se reduce a este simple y material hecho. Asimismo un peón de albañil conduce los ladrillos y el yeso desde el sitio donde están acopiados hasta el lugar donde trabajan los oficiales y maestros; pero tan luego como por medio de ruedas y cuerdas, con un plano inclinado, o de otro cualquier modo, se consiguiera la misma aproximación de materiales, se haría por medio de estas máquinas lo que hacen los peones. De aquí se infiere que hablando en rigor el simple bracero es el que nada pone sino el trabajo de sus ma-
nos, supliendo así el efecto de una máquina; y véase la razón de ser tan bajos sus jornales, pues basta para este objeto el tener fuerza y robustez.

En general, la tasa del salario sigue las mismas reglas de todos los demás valores que se cambian; pues realmente viene a serlo el trabajo del obrero, en razón a que nadie le pagaría si no fuese para crear un valor. El precio natural del trabajo se gradúa por las necesidades del individuo y su familia; y estas varían según los países, porque mientras en uno se considera como indispensable por ejemplo, el pan, y se puede omitir el vino, en otros se emplea diverso alimento por la escasez del trigo, y no se puede dispensar el uso de los licores. (1) El precio convencional está en proporción de la cantidad de trabajo que se demanda y la que se ofrece, pues habiendo muchos

(1) El clima, dice Droz, no es la sola causa de esta diferencia, pues el estado de civilización tiene por lo regular mucho influjo en la comida, en el vestido y alojamiento.
empresarios que busquen trabajadores, y escaseando el número de estos, es evidente que los salarios deberán subir; y si después hai pocos directores de industria que llaman a los obreros, y muchos que se les ofrezcan, es claro que para encontrar colocación habrán de reducir su jornal a lo más bajo posible. (1)

Hai otras circunstancias que influyen en la tasa de los salarios; pues aunque no se requiera en el simple bracero ninguna instrucción ni habilidad particular, existen algunas consideraciones que hacen mayor o menor la concurrencia en ciertos ramos

(1) El gran objeto de la Administración, en orden a este particular, debe ser que los obreros no carezcan de trabajo, ni tengan que reducir sus jornales al estremo de sufrir la mortífera privación de aquellas cosas más necesarias. J. Droz asegura que mientras veamos en los países más ricos algunos millones de personas que carecen de lo necesario, podremos decir que la Economía Política no ha descubierto aun los principios que deben dirigir a la industria, o que la administración no sabe aprovecharlos.
de la industria. Estas circunstancias son:

1.ª Lo agradable o desagradable del trabajo.

2.ª La continuación o interrupción del mismo.

3.ª La mayor o menor confianza que se requiere en los obreros.

4.ª La mucha o poca probabilidad de hacer progresos en aquel ramo de industria.

Cuando un trabajo es por sí mismo agradable parece que convida a los hombres para que se dediquen a él, no solo por la ganancia que reportarán, sino también por los goces que le serán anejos. El entusiasmo con que muchos jóvenes se alistan voluntariamente en la milicia, no depende a la verdad de que se hallen bien recompensados sus continuos afanes y los riesgos que corren con la mezquina paga que percibe el soldado; pero la consideración social que gozan, i hasta su mismo traje producen alegres ilusiones en la imaginación, i triunfa de todos los escrúpulos. Por el contrario el minero enterrado en vida, espuesto sin cesar a un desplome, i sumido en una atmósfera mal sana, consagraria sus trabajos a otro ramo de industria si no se le pa-
ga con alguna mas jenerosidad que al obre-ro de campo.

La continuacion del trabajo es una ga-rantia de la subsistencia del hombre, que no cuenta con otros elementos, i le hace contentarse con una ganancia moderada, por lo mismo que no teme le falte con fa-cilidad. Asi es como el panadero despues que ha obtenido para hoi una utilidad pro-portionada, espera que manana i otro dia sucedera lo mismo; mas el mozo de cor-del si ahora observa que le llaman dos o tres personas, que necesitan de sus servicios, mui pronto estará desocupado por semanas enteras ; i de consiguiente subiendo el sa-lario procura desquitar las pérdidas que le aguardan.

Tambien he dicho que influye la mayor o menor confianza que se requiera en los obreros, porque no es lo mismo llamar a un hombre para que corte un palo, que darle ocupacion en una casa donde se acuña la moneda o en otra fábrica en que pue-da robar facilmente al empresario. En es-te último ejemplo es la recompensa mayor porque son menos las personas dignas de tanta confianza.
Ultimamente cuando el obrero ve que hai
una grande probabilidad de hacer progres-
sos llegando a ser profesor o maestro de
aquel arte u oficio, trabaja más barato por-
que computa en parte de recompensa la
fundada esperanza que tiene de mejorar su
condición, cual se ocurre con los aprendi-
ces de carpintería, u otros semejantes.
Mas el pobre gañán, que no aguarda nin-
gun ascenso, limitando su ambición a diri-
jir por toda su vida el arado, no presenta
toda verdad grandes ventajas al jóven, que
se halla en el caso de elegir un oficio, y mu-
chos preferirán cualquier otro de porvenir
mas lisonjero.

También suele fijarse como razón de la
baratura de los salarios el hecho de tener
los obreros otra manera de vivir indepen-
diente de su industria; y se cita por ejem-
pto el trabajo prestado en las casas de misé-
ricordia, i establecimientos penales, en que
manteniendo la nación a las personas que
allí habitan, se les gradúa un jornal bien
pequeño por sus labores.

No he querido enumerar entre las cir-
cunstancias, que hacen subir los salarios
el envilecimiento de algunos oficios, por-
que considero que los pocos restos que aun existan de preocupaciones tan necias i perniciosas se irán desterrando de día en día, convencidos los hombres, como deben estarlo, de que la ocupación que más desprecian es ordinariamente la mas útil i necesaria, sin la cual no pudieran subsistir los que se dedican a otras industrias.

LECCION IV.

De la cuota que corresponde a los capitalistas de riqueza inmovilaria.

a se dijo en la primera parte que no era posible ninguna empresa sin que hubiese un capital invertido en ella, o séase una cantidad de riqueza destinada a la producción en aquel ramo de industria. Este capital es necesario siempre, ya tome la forma de casas, o tierras; ya la de dinero, frutos o cualquiera otra cosa. Por consiguiente cuando se trata de averiguar la ganancia
que corresponde al capitalista, se toma esta palabra en toda su extensión.

El dueño de un capital inmoviliario, sea que lo use por sí en alguna empresa, o sea que lo preste a otra persona, siempre recibe una utilidad tanto más lejítima cuanto que aquella riqueza representa una suma de trabajo acumulado; porque nadie puede tener con justicia bienes algunos sin que él mismo los haya ganado u otros que los adquirieron con su trabajo, se los hayan trasmitido por algún título de donación, herencia etc.

Deben distinguirse en el capital inmoviliario dos clases según la diferente naturaleza de los predios, pues no rigen las mismas leyes en los unos que en los otros; así pues se dicen:

1.º Edificios.
2.º Tierras.

Los edificios envuelven una suma de riqueza igual al precio que costara el terreno en que se hallan construidos, i los gastos posteriores ocasionados en la obra. Por eso todo empresario lo primero que aparta de sus productos es la utilidad correspondiente a la casa en que sitúa la empresa; i
esto en todas las industrias, porque si el labrador necesita cuadras y corrales para las bestias de su campo, y graneros para sus frutos, el artesano requiere asimismo un local para su taller y el comerciante ocupa los almacenes con sus géneros, además de tener su tienda o despacho. Nada influye para mi objeto el que los edificios se hallen situados en la población o en el campo; pues la casa de un cortijo, por más que se confunda su alquiler con el arriendo de las tierras, observa siempre una separada proporción, i no depende a la verdad del terreno que la circunda. Pronto veremos en qué consiste esta diferencia esencial.

Cuando el mismo propietario se sirve de los edificios, claro es que disfruta inmediatamente la utilidad, i deberá calcularla en sus cuentas; pero cuando los cede al empresario de industria mediante cierta remuneración, toma esta el nombre de alquiler i se llama inquilino el que lo paga.

Mui distinta consideración merece el capital inmoviliario que consiste en tierras, porque su renta se valúa por otros principios. Lo primero es distinguir la verdadera renta de la tierra de los réditos del capital
invertido en la misma. Ya he dicho que los edificios construidos en el campo pertene-
cen a otra clase, i devengan no arriendo si-
no alquiler; pero además hai en las grandes
haciendas ciertas mejoras i abonos indepen-
dientes del terreno, i que solo demuestra
un capital invertido por el hombre indus-
trioso. Las cercas de las heredades, los es-
tiércoles mezclados con la tierra, i todos los
abonos artificiales de la misma, tienen que
segregarse cuidadosamente por el observa-
dor para encontrar su verdadera renta.

Yo veo dos heredades de la misma extensión, de calidad idéntica, situadas ambas
en el propio pago i sin causa ostensible de
derencia; i sin embargo advierto que en
tal cosecha produce la una mas renta que
la otra. ¿Porqué es esto? Fácil es con-
testarlo, si se atiende a lo que llevo dicho:
los abonos artificiales, las mejoras hechas
en una de las dos haciendas indicadas, son
el origen de hacerla más productiva. Pero
esta mayor ventaja no puede toda conside-
rrarse como renta de la tierra, pues hai que
separar los réditos del capital invertido, así
como en el artista no es todo su salario efec-
to del trabajo, porque una parte representa
las utilidades nacidas de las anticipaciones hechas en su educación.

La renta de la tierra propiamente dicha varía según la calidad de los terrenos; y pueden estos reducirse a tres clases, denominándolos de primera, segunda e tercera calidad. Los de la primera son más productivos por sí mismos, y de consiguiente necesitan menos capital y trabajo para rendir cosechas abundantes. De aquí ha nacido la presunción de algunos economistas que suponen no se pondrán en cultivo las tierras de segunda calidad sino a falta de las de primera, ni tampoco las de tercera sino en defecto de las de segunda.

La mayor ventaja que resulta de cultivar las tierras superiores ocasiona el que sean estas más deseadas, existiendo gran número de personas que las demanden; y como su cantidad es precisamente limitada, sin que sea fácil extenderla, de aquí proviene su mayor estimación. Los terrenos de segunda por sus menores rendimientos, y en igual proporción los de tercera, son menos apetecidos; y aunque la escasez de la tierra cultivable en general eleve algun tanto su valor, siempre las rentas se dis-
tunguen según la respectiva calidád.

Cuando el dueño de la tierra la cede para que sea labrada por otro, mediante cierta retribución, esta se conoce con el nombre de arriendo i el cultivador que lo satisface se llama colono. (1)

(1) Me parece que servirá de instrucción a los jóvenes el indicar ligeramente aquí los varios sistemas de labranza conocidos hasta el día. Cuando el hombre constituido en dueño de la tierra (sea cual fuere el oríjen del derecho de propiedad) pensó en sacar fruto de esta grande máquina para la elaboración de las primeras materias, es bien sencillo suponer que se dedicaría por sí propio a cultivarla, con ayuda de sus hijos y demás personas de su familia: este primer sistema es el llamado patriarcal. Pero después que la guerra díó a conocer la inhumana institución de la esclavitud, i los injenuos consideraron como vil e indigna toda otra ocupación que no fuese la de las armas, se introdujo por desgracia el segundo sistema llamado de esclavos, que consistía en hacer a estos cultivar la tierra para sus señores. Recobrando algún tanto su imperio la naturaleza, dío a conocer la inhumanidad de un método tan bárbaro como el de servirse indistintamente de un hombre o de una bestia; i ya los señores concedieron al esclavo una pequeña porción de
De la cuota que corresponde al capitalista de riqueza moviliaria.

El capital moviliario se puede comprender de todas las cosas que no sean inmuebles, es decir tierras o edificios; y es un error de funestas consecuencias el suponer que se reduce al dinero. Nada más común por desgracia que llamar capitalista únicamente al que posee metales acuñados, de cuya preocupación para que fuese labrada por cuenta del mismo, con la obligación de trabajar cuatro o cinco días a la semana en las propiedades del dueño; y este sistema es el conocido con el nombre de cultivo por siervos de corbeta. Una vez reconocido que podía el esclavo labrar con cierta independencia de su señor, pagándole con su propio trabajo, no fue difícil deducir que sería muy semejante a este método el de que le abonase alguna cantidad; y nació el sis-
ción ha nacido la falsa idea que se tiene del préstamo a ganancias, apellidando a estas *interes del dinero* i conceptuándolo ilícito i usurario. (1)

Mas por fortuna en nuestros días se va conociendo el principio de que no es otra cosa el capital sino la riqueza misma, sin que lo altere en lo más mínimo el estar cons-

tema llamado de *censo, tributo o capitacion* por el cual los siervos obtenían el permiso de cultivar las tierras que les daba su dueño, a trave- que de satisfacerle una crecida cantidad en fru-
tos o dinero, prestandole a mas de ella va-
rios servicios i atenciones en signo de su ser-
vil dependencia. El sistema de *colonos parce-
ros* es mucho mas racional i ventajoso, porque dando el señor además de la tierra una parte de capital para los gastos de labranza, se con-
tenta con percibir una cierta porción del pro-
ducto. Después se conoció el método de *sim-
ples colonos* que hoi es el mas jeneralmente admitido con el nombre de *sistema de arrenda-
mientos*. Y por último, el de *enfitéusis*, que también es harto común; sería el mas prove-
choso para la industria si se le despojara de va-
rios derechos abusivos, que hacen odiosa i mui
triste la condicion del enfitéuta.

(1) Aunque se llama *usura* en el idioma
tenido en monedas, en frutos o en alguna otra especie. El valor de veinte mil reales siempre será igual, ya sea que lo represente la suma de mil duros, o su equivalente en trigo, aceite o algodón; i cuando el propietario ceda cualquiera de estas cosas al director de una empresa, la retribución que deba exigirle no será ciertamente por la moneda, i sí por el uso del capital, como lo prueba el hecho harto común de verificar el préstamo en especie, sin que para nada se hable del dinero.

Como en toda empresa es circunstancia indispensable que concurra un capital, i en parte sea movilario contenido en las máquinas, primeras materias, subsistencias etc. nadie duda que deberá este capital ob-

vulgar a la ganancia que nace del dinero prestado, es conveniente advertir que según la etimología de dicha voz significa lo que se paga por el uso o goce de alguna cosa. El diccionario de nuestra lengua después de haber dicho que usura es «el interés que se lleva por el dinero en el contrato de mero mutuo o empréstito añade que significa cualquier ganancia, fruto, utilidad o aumento que se saca de alguna cosa en lo físico o moral.
tener sus ganancias i percibir su dueño cierta porción de los productos. Pero sucede con frecuencia que no teniendo el empresario fondos, acude a otra persona para que se los facilite, i como nadie lo haría regularmente sin obtener una ventaja, ni es tampoco justo el que uno se enriquezca con perjuicio de otro, de aquí el estipularse por el prestamista una retribución que puede llamarse para huir de funestas equivocaciones rédito del capital.

Este rédito debemos descomponerlo en dos partes, adoptando los nombres jeneralmente conocidos, a saber:

1.º Lucro cesante.
2.º Daño emergente.

Lucro cesante es la ganancia o utilidad que deja de percibir el dueño cuando tiene prestada su riqueza. Si yo puedo especular con mil fanegas de trigo, i estoy privado de esta ventaja porque las cedi a un empresario de industria, justo será que me indemnize este lucro que pierdo, satisfaciéndome un equivalente en la cantidad estipulada por réditos. No hacen otra cosa el hombre industrioso que se compromete a trabajar por cuenta del que le paga; i el
propietario de riqueza inmueble que la dió en arrendamiento: uno i otro, lo mismo que el dueño de un capital movilario, se privan de un beneficio a que tienen derecho, porque aguardan en cambio una justa retribución; i no se concibe cómo sien-
do idénticas en este caso las circunstancias de todos ellos, puedan considerarse lejítimos el salario i el arriendo, i se miren como ilegítimos los réditos del capital.

Por daño emergente se entiende el riesgo a que se espone el dueño, de perder su riqueza prestada, por la insolvencia o fraude del empresario a quien la cede. De igual modo que calculó el obrero el peligro de trabajar en las minas, i por esta exposición hizo subir su salario, así también el prestamista gradúa las probabilidades de cobrar, vencido que sea el plazo, i mientras haya más motivo para desconfiar, tanto más caro pondrá el rédito. De aquí es que cuando se presta sobre fianzas que garanti-
cen el crédito, es más barato, que cuando no las hai: cuando el deudor es sujeto de pro-
bidad, conocido jeneralmente, i que tiene su residencia fija en algún pueblo, le cues-
ta menos el capital que tomó, que si fuese
un hombre sospechoso, desconocido, i aventurero: i cuando finalmente, la buena legislación atiende al interés legítimo de los acreedores, i facilita la cobranza, sin dar medios al deudor malicioso para burlar el cumplimiento de su obligación; es así mismo menos crecido el rédito. (1)

Además de las circunstancias explicadas que influyen eficazmente en la tasa de los réditos del capital existe otra, cual es la proporción entre los capitales ofrecidos, i los empresarios de industria, que los demandan. Claro es que si son muchos los que tienen riqueza movilíaria puesta en circulación a réditos, i pocos necesitan de ella, i por consiguiente la piden, será forzoso abaratar un tanto la recompensa, si

(1) Say reduce todas estas circunstancias a tres; i dice, que depende la seguridad del prestamista, i por consecuencia la baratura de los réditos: 1.° de la seguridad del empleo; 2.° de las facultades i conducta personal del sujeto a quien se presta; 3.° del gobierno del país en que se vive. Droz opina que las crecidas ganancias de la industria, la escasez de los capitales i los riesgos de los prestamistas son las tres causas que más influyen en la carestía del rédito.
el prestamista no ha de tener ocioso su capital. Pero si el número de estos es reducido, i concurren muchos empresarios en su solicitud, es natural que se encarezca el rédito, porque no ha de ser el dueño tan incauto que se convenga a tomar v. gr. un dos por ciento, si hai quien le ofrezca un cuatro.

La mayor abundancia de capitales depende de su acumulación en los términos expresados en la lección IV de la primera parte; cuyo estado será sin duda muy ventajoso para un país, dando muestras de su fomento y prosperidad. El que haya muchas empresas que necesiten capitales, consiste también en la actividad de la industria, la cual se logra fomentando todos y cada uno de sus ramos, por los medios reconocidos en la ciencia económica, i que ya espuse con oportunidad.
xaminada ya la distribución de la riqueza en los términos que me propuse, i visto de qué modo se combinan las circunstancias esenciales para la producción, logrando cada una sus ganancias, que cuidando por la sociedad constituyen las rentas del individuo; parecía que debiera terminar aquí esta segunda parte, i proceder a la explicación de los cambios, que han de ser el objeto de la inmediata. Sin embargo, como la grave cuestión de la usura merece por su importancia el ser indicada en estos elementos, para que se acabe de disipar la preocupación, que aun existe res-

(1) En otra nota he manifestado las acepciones más o menos propias de esta palabra.
pecto a ella; me ha parecido conveniente destinar á este asunto una lección, por no mezclarlo con lo estepuesto en la que precede.

Ya dejo insinuado que la fatalidad de haber creído que todo capital consistía en dinero hizo pensar que siendo estéril este por sí mismo, pues que inmediatamente nada produce a menos que se cambie, no debía tampoco llevarse por su uso ninguna retribución. Hubo también otra causa, porque no reconociendo que los préstamos de que se habla en Economía Política son precisamente los que se hacen para objetos de industria, no para socorrer a una persona necesitada, se calculó con respecto a estos últimos que era inhumano exigir una ganancia por aquel auxilio, que la caridad misma pedía. Bajo estos principios hubieron de caminar los legisladores, que prohibieron la usura, fulminando atroces penas contra los que negociaron con sus capitales; mas la legislación, desentendiéndose en esta parte de las preocupaciones del vulgo, no debe ni puede tasar los réditos, cuando las partes los estipulen por su voluntad.

He dicho que no deben tasarse los réditos de los capitales, porque sería ciertamen-
te hacer un mal en vez de un beneficio. Si es indudable que uno de los motivos que influyen para que aquellos sean más bajos o más altos, es la libre concurrencia, porque así habrá elección por parte de los empresarios; claro es que prohibida la usura, i reputado como un delito el préstamo a ganancias, se retraerán de hacerlo muchos capitalistas; i reducido su círculo a la menor extensión, será forzoso sucumbir al precio que quieran señalar aquellos pocos que arrosten el peligro. Entonces además crecerá el daño emergente, porque no es lo mismo presentarse con toda confianza ejerciendo un acto lícito i honesto, que violar un a lei con la exposición de sufrir el castigo; i los que se atreven a realizarlo, será por la codicia de una extraordinaria ganancia.

Considérense por otra parte los reprobados artificios a que da márjen la prohibición legal, por los infinitos medios inventados para eludirla; i se verá una inmensa escala de males que afectan a la riqueza pública, ya por la falta de buena fe i libertad, ya por los fraudes i estorsiones que tal vez causan la ruina de muchas familias.
Pero dije también que la legislación no puede tasar los réditos; y en realidad dependiendo de circunstancias variables, distintas en cada caso, y en cada persona, es inconcebible cómo se valúen con exactitud. Hoi no saben los capitalistas en qué han de emplear sus fondos, y de consiguiente los prestarian de buena voluntad con un rédito bajo: mañana por cualquier motivo recibe actividad la industria, y haciendo mucha falta los capitales proporcionarán al prestamista un rédito crecido. Pero la lei que no puede prever estas vicisitudes, lo mismo tarará las ganancias en uno i en otro caso. Por otro concepto ya dije que las cualidades de la persona, inspirando mas o menos confianza al prestamista, influían en que exijiera mayor o menor ganancia; i no es posible que la lei prevenga cada uno de los contratos particulares que se hayan de celebrar en la nación. (1)

(1) Los atenienses distingüían el interes marítimo del terrestre, por la mayor exposición de perder los capitales empleados en objetos de comercio, i puestos a la ventura en el Mediterráneo; i el mucho menos peligro que había en el
Vemos pues que la tasa legal de los réditos sobre no tener ningún objeto sino llevar a cabo una preocupación, ha de ser por fuerza injusta, ocasionando un perjuicio a las mismas personas a quienes se trata de favorecer; y es además impracticable porque varían prodigiosamente los términos del cálculo en cada caso y en cada sujeto. Mas «la libertad del préstamo a interés», dice «Droz», no exige que se cierren los ojos a «los abusos que puedan cometerse. Muchos escritores son dignos de severas reconvenciones por no haber notado esto, pareciendo que quieren defender toda clase de usura. La impunidad de los robos nada tiene de común con la libertad de los contratos: un comerciante es árbitro de comercio interior, o aunque fuera exterior siempre que se hiciese por tierra. El rédito marítimo solía subir a más de un treinta por ciento en cada viaje que se hacía en solos seis meses; y el terrestre apenas era un doce por ciento al año. En Roma se fijó también el doce por ciento al año, en la legislación antigua; pero no obstante un rédito tan creído, hubo época de prescindirse con un cinco por ciento al mes, que quiere decir, un sesenta por ciento anual.
«prar i vender al precio que le acomode; 
«pero si estafa, vendiendo muy caras sus 
«mercancías para después recobrarlas a vil 
«precio, debe incurrir en pena en cuales-
«quiera pueblos civilizados, a pesar de que 
«en estos nadie piensa en tasar los jéneros. 
«El precio de la tierra es libremente deba-
tido entre el comprador i el vendedor; pe-
ro no obstante las leyes anulan las ventas 
«por lesión enormísima. Las estafas son tan 
posibles cediendo el dinero como cuales-
quiera otras cosas. El prestamista infia-
me, cuya profesion consiste en andar á 
caza de jóvenes incautos o de familias in-
dijentes que tienen que sucumbir a toda 
condicion que se les proponga, roba i ro-
ba a personas a quienes la lei debe una 
«proteccion tanto mas eficaz, cuanto que 
«no se hallan en aptitud de defenderse.

Cuando la voluntad de las partes no ha-
ya fijado el rédito, es preciso que se tase 
por la lejislacion; i así es que cuando se 
condene al usurpador de un capital movi-
liario a que lo devuelva, deberá estar se-
ñalado el tanto por ciento que se considere 
como utilidad producida por el mismo; así 
como el detentador de una heredad o de
una casa pagará los arriendos o alquileres al tiempo de restituirlo. Dicha valuación del redito legal podría verificarse proponiendo una tabla en que se comprendieran con alguna exactitud los casos en los cuales sube o baja con arreglo a los principios que dejo espuestos.

CONCLUSION.

estas son elementalmente las reglas en virtud de las cuales se distribuye la riqueza entre los que concurren de un modo directo a su producción. El repartimiento secundario, que tiene lugar entre todas las clases de la sociedad, se verifica después subdividiéndose las rentas de cada
productor inmediato; i constituyen estas nuevas ganancias las utilidades de aquellos hombres, que mediatamente producen.

FIN

DE LA SEGUNDA PARTE.
TERCERA PARTE.

DE LOS CAMBIOS DE LA RIQUEZA.

LECCION I.

De los cambios en general.

Sólo se puede concebir que los hombres atiendan a cubrir sus necesidades, mas perentorias sin trocar unos productos por otros. Calcúlese cuánto consume cada día la persona menos exigente, y se verá como es harto difícil que con las obras de sus manos se proporcione todo su alimento, por más escaso y grosero que sea; el vestido, que al menos le defienda contra la intemperie; y el hogar, que le sirva de asilo: cosas todas indispensables para la propia conservación, y que no es lícito al solitario el obtenerlas.
simultáneamente mientras no haya quien le auxilie, compartiendo sus fatigas. Pero si prescindimos de abstracciones, i fijamos la vista en el estado real i positivo del hombre, que vive para su dicha en sociedad, sea porque la encuentra establecida cuando nace, o que su destino es estar en mutuas relaciones con sus hermanos; observaremos que no hai términos hábiles de suponer que las naciones existan sin que los cambios se verifiquen, aun con respecto a los hechos de menos importancia. (1)

Desde que el hombre conoció la precisa limitación de su capacidad, se avino a divi-

(1) El señor Florez Estrada observa con mucha oportunidad que los cambios fomentan la producción porque la dificultad de proporcionarse las primeras materias sería para el hombre aislado un obstáculo difícil de superar. Si para hacer por ejemplo unos zapatos (dice el citado autor), hubiese de matar un buey i curtir su piel; si para hacer una mesa hubiese de cortar un árbol i aserrarle por entero ¿qué uso haría del resto de la piel i de las tablas, que no le impidiera producir otros artículos más necesarios que los que con este resto de materiales preparados pudiera lograr?
dir el trabajo para que cada uno se dedica-se a un solo ramo, y tal vez a una simple operacion de la industria; fué forzoso que la idea de cambio acompañase a esta de division. El herrero no podrá ciertamente satisfacer sus necesidades con los objetos que fabrica, porque ni ellos le sirven de alimento, ni se destinan a su vestido u habitation, antes por el contrario es muy probable que consuma bien poco del hierro elaborado; mas conoce que otras varias personas lo apetecen, i que tanto el labrador como el artesano i comerciante le cederán gustosos parte de su riqueza, con tal de que les entregue sus barras. Este precisamente es el verdadero cambio; el trueque de unos productos por otros; o sea la permuta de un valor expresado bajo cierta forma por otro valor, igual en aquel acto, contenido bajo forma diversa: el hecho en fin de dar lo que a uno es menos útil a otro que lo apetece, para recibir lo que desea el primero i no hace al segundo tanta falta. (1)

(1) Una preocupacion no menos funesta que absurda (dice Mr. Droz) hizo imaginar que si
Verdad es que no siempre se puede percibir con toda exactitud esta operación del cambio, porque siendo embarazoso en la forma con que se debió conocer en su origen, a causa de la dificultad de ajustarse unos valores a otros, fue preciso arbitrar un medio, que allanase estos obstáculos; y ya introducida la moneda sirvió de ajente universal para todos los cambios, convirtiendo el antiguo contrato de permuta en el de compra venta. Por eso es que ya no vemos a los productores trocar inmediatamente sus mercaderías por las de otros, si-

dos personas cierran entre sí un contrato, no puede ganar la una sin que pierda la otra. Esta preocupación, origen del encono de los pueblos, y de multiplicadas vejaciones para la industria, es aborto de las falsas ideas sobre la riqueza, de la ignorancia, o del olvido de que el blanco del movimiento comercial es satisfacer las necesidades de los hombres. Cuando dos personas se conciernen en un cambio las atrae un interés recíproco: pusieron por decirlo así, frente a frente dos objetos, por ejemplo un mueble y una pieza de oro: cada cual cede el objeto que le conviene menos para lograr el que prefiere; así pues, ambas encuentran una ventaja, y ambas ganan en hacer este cambio.
no espenderlas a los consumidores por dinero, i presentarse con este a realizar sus compras. Pero por mas que de tal manera se haya complicado este hecho económico, siempre el observador conoce que la moneda no es mas que un valor intermedio, i en ultima analisis se cambian productos por productos; o mejor dicho, valores por valores. Un ejemplo acabara de poner en claro esta verdad secunda en resultados: tiene un labrador una fanega de trigo, que desea permutar por una vara de paño, i en vez de aproximarse al comerciante para efectuar este trueque, manda su fruto al mercado i lo vende por sesenta reales, con los que compra luego el paño que apetecia. Dos cambios se descubren aqui: 1.o de trigo por moneda; 2.o de moneda por paño; pero ¿han servido de otra cosa los sesenta reales que de un ajente para facilitar la operacion? Cualquiera conociéra que no ha sido el dinero sino una tercera mercaderia, un valor intermedio, como he dicho; i que en realidad lo que se ha trocado es la fanega de trigo por la vara de paño; o el valor de la una, por el valor de la otra.
Lo que incumbe al economista investigar son las leyes que arreglan estos cambios; cómo es que unos productos tienen más estimación que otros, y en qué, un reloj para cuya permuta por zapatos se necesita dar mucho número de estos; y de qué manera se consigue favorecer la circulación de la riqueza, a fin de que cundiendo por toda la sociedad, y disfrutando comodidades el mayor número, puedan con justicia creerse prósperas y felices las naciones. Para esta investigación distinguen los escritores el valor que los productos tienen por sí mismos, según su costo, es decir, según los gastos de producción; y el que reciben por las circunstancias de ser más o menos abundantes en el mercado, y haber pocos o muchos consumidores que los demanden. (1)

(1) He adoptado esta división del valor en natural i convencional no porque sea la única, i sí por considerar que con ella basta para conocimiento de los jóvenes, cuando tratan de imponerse en los principios elementales de la Economía Política, que son el objeto de mi obra. Sin embargo, debo indicar que también aquel se distingue, según varios escritores, en valor en uso i
Al primero de estos dos valores se le suele llamar fijo, esencial, necesario, intrínseco, precio de fábrica, y más propiamente valor natural, porque depende de las naturalezas de las cosas, que no permiten que se dé valor en cambio; como asimismo en real i nominal. Valor en uso es la relación de nuestras necesidades con las cosas que pueden satisfacerlas; pero ante todo advertiré con el señor Madrazo en sus notas al curso de Economía Política de Mr. Rossi, que aquel es propiamente la utilidad; de manera que cuando se dice «un caballo tiene valor en uso» la idea expresada con esta locución es que un caballo es útil porque puede satisfacer algunas necesidades del hombre ya sean reales i perfectas como las de conducir grandes pesos, o marchar con velocidad; ya ficticias o imperfectas, como lucir en un torneo y ganar el premio en la carrera. Véase sobre esto lo que dije en la segunda parte de la introducción. Así ya es fácil entender los ejemplos que el autor francés presenta para demostrar que con efecto el valor en uso (la utilidad) es la relación entre las necesidades del hombre i las cosas que pueden satisfacerlas; pues aunque los monumentos públicos, el ingenio de los hombres etc. no sean mercaderías con las cuales se comercie, no por ello dejan de ser útiles en razón a que un observador, un viajero, un anticuario, un historiador en fin, apre-
una mercadería por menos de lo que se ha invertido en su producción, sin causar la ruina del que tal hiciera. El otro valor que se funda en la concurrencia de productores i consumidores, por las demás circunstancias sobre manera dichos monumentos porque los necesitan para sus investigaciones o su recreo (prescindiendo ahora del mérito artístico); y todo el mundo se aprovecha también de las obras del talento, que circulan i se propagan de un modo prodigioso, i se conservan siempre útiles a despecho de los siglos.

El valor en cambio es la relación que hai entre la oferta i la demanda de los jéneros. Este valor que se llama en la práctica precio corriente, depende en gran parte, aunque no exclusivamente de la utilidad de los productos, porque claro es que una cosa que sirve mucho en razón a ser capaz de satisfacer varias necesidades, o por estar ellas en la clase de las perfectas, deberá ser muy demandada en los mercados, i resultará en favor de los productores la balanza entre la oferta i el pedido. Es notable un ejemplo que presenta Mr. Rossi para probar cual es la naturaleza del valor en cambio, fundada en el valor en uso (utilidad) de las cosas: dice aquel autor con su acostumbrada elocuencia; «en una plaza sitiada, cuando acosa el peligro de morir de hambre, el que es dueño de algunos comestibles a nadie los
cias que veremos después, suele denominarse accidental, variable, venal, valor en cambio, precio corriente, y mejor dicho, valor convencional, puesto que su origen es la convención de las partes.

cederá seguramente aun cuando le ofrezcan un gran precio. Hubiera cedido por todo el oro del mundo uno solo de sus tizones encendidos entre la nieve, aquel soldado, que muriendo de frío después de la bataalla de Moscú, quebrantando las severas leyes de la disciplina, rehusó su lumbre con una expresión amenazadora a su jefe, que se le aproximó para calentarse a la miserable hoguera?"

El valor real según Juan Bautista Say, es el mismo valor natural que se funda en los gastos de producción. «Este precio (dice el autor citado) al cual Smith y sus discípulos llaman el natural de las cosas, baja siempre que llegan a economizarse los gastos de producción, y sube cuando se aumentan” Say distingue además el valor relativo y dice: «Si a un mismo tiempo bajan de precio muchos productos, unos más y otros menos, es evidente que deberán también variar sus valores recíprocos. Cuando las medias de seda se ahorran, su valor cambia con respecto a la carne, que suponemos no haber bajado; pero los otros géneros que han bajado con igualdad, como las medias y el azúcar, aunque
Voi a examinar en seguida esta teoría de los valores, como indispensable para que se comprenda la doctrina de los cambios en la constitución simple o elemental de los mismos; y después me ocuparé de la moneda por la parte que tiene en las permutas; tratando por último de los medios supletorios i signos representativos del dinero, como letras de cambio, papel moneda, crédito i bancos.

Hayan cambiado de valor real no por esto han cambiado en valor relativo.

Por último, el valor nominal, siguiendo al mismo Juan Bautista Say, es el que depende del nombre diferente que se ha dado en tiempos diversos a una misma cantidad de metal puro. «En el año de 1514, dice, una onza de plata era una libra i diez sueldos, i este era el nombre que se le daba; i hoi se llama seis francos a esta misma onza que contiene casi lo mismo que la antigua. Para pagar pues, la misma porción de plata que se pagaba entonces con treinta sueldos, es necesario dar hoi seis francos; pero no se pagaría este valor con la misma cantidad de plata, puesto que la onza de este metal no vale lo que entonces valía: se necesitarían cuatro para completar el mismo valor.»
LECCION II.

Del valor natural de los productos.

... ejo indicado que por valor natural de los productos entienden los economistas los gastos de producción: de manera que si una silla por ejemplo, cuesta diez reales a causa de que importan esta suma los precios de la madera, pintura y ancas o paja; los salarios de los obreros que se han invertido en su construcción; los alquileres del taller, los réditos del capital; la estimación del deterioro que han sufrido las herramientas (1); no es posible que la dé el empresario por menos de aquella suma, so pena de atacar a sus fondos i des-

(1) A esto debe agregarse la parte que a cada silla corresponda del impuesto que paga el empresario.
truirse. A dichos gastos se aumentan las ganancias proporcionadas del fabricante, porque de otra suerte claro es que no teniendo utilidades en aquel ramo de industria, lo abandonaría indefectiblemente; y por eso estas ganancias, reducidas a lo justo, entran en la composición del valor natural, no menos que los desembolsos hechos en las anticipaciones necesarias para la producción.

En un orden regular de cosas parece que jamás debiera desmerecer el jénero del valor explicado, porque es ciertamente doloroso que tenga un productor que resignarse a perder no solo su trabajo sino también a veces una parte de su capital; mas por desgracia es demasiado cierto que suele ocurrir tan funesta situación, i es el motivo la escasiva concurrencia de jéneros, comparada con la escasez de medios en los consumidores, cuando no depende esta fatalidad de los fraudes i monopolios. Estos últimos sin duda son mas temibles que la primera; pues la crisis que ocasiona en el mercado la mucha concurrencia no puede ser mui larga, viniendo por el mismo desorden a restablecerse de nuevo el equilibrio. Si
un año la cebada se vende a un precio bajo en estremo, claro es que muchos laborado-
res se retraerán de sembrarla para el año
siguiente, destinando sus tierras a otros fru-
tos: llegará la inmediata cosecha y habrá
poca cebada que ofrecer al consumo, reci-
bien por ello mucha estimación; i es-
te suceso animará nuevamente su cultivo,
hasta proporcionarle con las exijencias del
mercado. Así se ve como la industria, que-
dando a su libertad, sin conocer estrañas
influencias, tiende a conservar su equili-
brio, restableciéndolo en caso de perderlo
por algún tiempo; cuyo fenómeno eco-
nómico puede compararse a la lei física por
la cual se componen los líquidos a nivel
cuando no los trastorna una fuerza ester-
na. Pero si la industria es oprimida por los
reglamentos, por las preocupaciones o por
el monopolio de algunas compañías o per-
sonas privilegiadas, es muy posible que sea
con frecuencia desatendido el valor na-
tural, sufriendo los productores el perjui-
cio consiguiente. (1)

(1) De estos principios, dice Valie Santoro,
LECCION III.

Del valor convencional de los productos.

A proporción entre la demanda y la oferta influye en el valor convencional, porque nada tan evidente como el hecho de ser más caras las cosas apetecidas por muchos compradores, y cuanta cantidad es bien pequeña, en tanto que se abarata el precio de aque-

se deduce fácilmente cuan perjudiciales son las tasas con el fin de proporcionar baratos los géneros o comestibles a los pueblos, porque los productores o vendedores a quienes se hace perder una vez su justa utilidad o ganancia, i a los que se imposibilita de que en las subidas fortuitas de precio se compensen de las pérdidas que en otras ocasiones les acarrea el acaso, se retraen de aquella producción o comercio, i la escasez aumenta forzosamente el precio, arruinando entretanto a los hombres industriosos i aplicados."
llas otras, que abundan en el mercado, y pocas personas quieren comprarlas. Es muy obvia e natural la razón, pues consiste en el deseo de hallar salida los productores para los géneros, que quieren vender: de suerte que cuando sea forzoso efectuar una baja considerable lo harán sin duda, sino están en aptitud de retirarlos del mercado hasta mejor ocasión.

Pero no es el capricho de los consumidores la verdadera causa de semejante fenómeno, porque cada transacción mercantil se funda en consideraciones más reales e positivas, que la simple voluntariedad de las partes. (1) Por eso es menester que se analicen las causas que influyen por lo general en la oferta de los géneros, y las que asimismo sirven de resorte a la demanda o pedido.

Una cosecha escasa de trigo limitará por

(1) «Aunque el precio, dice Valle Santoro, depende en cada acto aislado de la mera voluntad del comprador i vendedor, no dejan de contribuir a él datos i circunstancias determinadas que en general lo fijan: así el precio depende del coste, del estado de uso de la cosa vendible, i de
precisión la oferta de este grano, porque siendo poco el que hai, no es lícito presentar mucho en el mercado; sin que los acopios reservados de cosechas anteriores puedan corregir este mal, en la mayor parte de los casos. La demanda no es tampoco arbitraria en los consumidores, porque hai establecido un órden gradual de nuestras necesidades, que no es dable alterarlo, ni dejar de seguir esta escala, por lo cual he llamado a las unas necesidades perfectas y a las otras imperfectas. Así es que todo padre de familia lo primero que deseará comprar en España es el pan, y si sus rentas no alcanzan para gastar en dulces, con el objeto de satisfacer un antojo, es bien seguro que se abstendrá de pedirlos. Por consiguiente, la primera circunstancia

su mayor o menor abundancia.” «Antes de ahora continúa el señor Florez Estrada, se creía generalmente, i todavía muchos economistas opinan, que el valor convencional de los artículos de riqueza depende solamente de la relación entre la oferta i la demanda; mas esta aserción, aunque accidentalmente verdadera, es un error mui sustancial.”
que limita la demanda de los géneros, es la clase a que estos pertenecen, por las necesidades que pueden satisfacer, lo cual nos lo demuestra la experiencia en el comercio de piedras preciosas, que solo tienen salida para ciertos sujetos, y no para otros muchos. Por el mismo concepto el imperio de la moda contribuye a que sean mas o menos apetecidos los productos; pues si en tal época se usa jeneralmente una tela de cierta labor particular, y después ya no la lleva nadie, es visto que faltará en este último caso la demanda, y si hay algunos pedidos no se ofrecerán sino precios muy bajos. Finalmente los medios de cambio, que los consumidores tengan a su disposición, serán otro motivo de las variaciones que sufra el valor convencional, pues cuando la renta de una familia basta para sostenerse con lujo sin tocar a los capitales, puede aguardarse que haga mayores gastos, y aun que pague mejor los géneros, que si la renta es muy corta e reducida. Ciertamente que si un hombre ha visto un paño que le agrada sobre manera para la capa que trata de hacer, lo comprará siempre que alcance a cubrir su precio la cantidad que tiene des-
tinada para este fin; pero si observa que su valor excede de la suma que puede cambiar por el paño, tendrá que reducirse a comprar otro más inferior. Nótese aquí como la pobreza general se siente en cada uno de los ramos de industria, porque faltando consumidores, no ha pedido, y la circulación se paraliza por defecto de salida para los productos.

LECCION IV.

De la moneda.

i es poco menos que imposible el que un hombre satisfaga sus mas urjentes necesidades sin el cambio de los productos, no es más fácil que se realice este sin estar elegido de antemano un agente universal, que sirva de tercera mercadería en las permutas. La experiencia nos lo prueba con repetidos ejemplos. Un labra-
bles que componen el adorno de un estrado: irá primeramente al taller del carpintero, y ajustará las mesas, los sillones etc.; mas el artesano rehusa tomar vino porque no le hace falta; y tiene que marchar el labrador en busca de quien apetezca su fruto. Supongamos que lo permuta por lienzos; pero tampoco el carpintero los necesita todos, y entonces tiene nuestro labrador que correr nuevamente con el anhelo de cambiar los que le sobran por paños y sedería, que aquel apetece. Luego encuentra la dificultad de dar un aprecio justo y arreglado a estos géneros, no ya uniforme, cual sucederia en el mercado público, sino según la voluntad aislada de ambos contratantes, que cada uno desea sacar el mejor partido. En fin, ya tiene las mesas, sillones etc. que formarán parte del estrado; mas le faltan todavía otra multitud de muebles, que precisamente ha de adquirir; i en cada una de las tiendas se repite igual caso, concluyendo este solo negocio después de haber perdido largo tiempo, gastado mucha paciencia, i sufrido perjuicios de la mayor consideración. Véase pues, cuan necesario es el que haya un ajente universal para el
comercio; una mercadería por la que todos se presten a cambiar los productos; y esto es la que conocemos hoy con el nombre de moneda. (1)

El sentido común hizo desde muy luego conocer que se debía buscar un término de comparación para la graduación de los valores, aunque no fuese por medio de objetos materiales, y sí de una moneda ideal. (2) Mas adelante veremos cómo las naciones modernas han aprovechado este pensamiento, aplicándolo a sus necesidades.

Convenidos ya los hombres en que hu-

(1) El señor Florez Estrada y Mr. Droz atribuyen otro beneficio a la invención de la moneda; cual es el de que facilita la acumulación de capitales, porque sinó, sería imposible reunir y conservar los efectos en que aquéllos consistieran, los cuales parecían al poco tiempo.

(2) «Los miserables habitantes de la costa de Angola (dice Mr. Droz citando a Stevart) crearon una moneda ideal con las piezas que llaman macutas, las cuales no existen sino en su imaginación. Aquel que quiere deshacerse de un objeto lo tasa en tantas macutas: su vecino aprecia de la misma suerte el objeto que se propone dar en cambio; y se comercia como si hubiesen macutas que dar y recibir."
biese una tercera cosa para facilitar los cambios, era natural que pasaran de lo fingido a lo real y verdadero, adoptando una mercadería, que sirviese de moneda. Por de pronto no hubo conformidad en esta elección, ni aun en la materia de que hubiera de formarse el dinero; y así se ve que según los países, y su estado de civilización, varía la calidad de la moneda. Sabido es que en Abisinia se prefirieron los panes de sal; en Méjico los granos de cacao; en Virginia el tabaco; el bacalao en Terra-nova; en diferentes pueblos de las Indias las conchas; aunque más generalmente los metales fueron destinados para este objeto bajo distintas formas. (1) El marques de Valle Santoro opina, que el hierro fué el primero de los metales, que sirvió de ajente para los cambios; después el cobre; mas adelante la plata; i de último estado el oro. (2)

(1) Smith habla de una aldea de Escocia en que los clavos sirven de moneda.

(2) Juan Bautista Say confirma esta opinión y dice: «La moneda de los lacedemonios era de hierro, i la de los primeros romanos de cobre. Luego que se hicieron demasiado comunes, por-
Las cualidades, que se deben buscar en la materia elegida para la moneda son varias; i pueden reducirse a las siguientes:

1.ª Que ni sea tan rara, que no sea fácil obtenerla; ni tan común, que la envilezca su abundancia.

2.ª Que no satisfaga por sí misma muchas necesidades.

3.ª Que sea universalmente conocida, i deseada.

4.ª Que encierre grande valor en reducido volumen.

5.ª Que se pueda dividir en pequeñas porciones, volviendo a reunirse cuando sea necesario.

6.ª Que no se deteriore fácilmente.

Que ni sea tan rara que no sea fácil obtenerla, ni tan común, que la envilezca su abundancia. El primer extremo de esta cláu-

que se fue sacando de las entrañas de la tierra mayor cantidad de estos metales, comenzaron a experimentar los inconvenientes, que traen consigo los productos de ruin valor; i por esto hace ya mucho tiempo que los metales preciosos; esto es, el oro i la plata, son la moneda más generalmente adoptada.”
sula es indispensable en la materia de que la moneda se forme, porque si nos empeñásemos en buscar la muy peregrina, sería imposible obtener toda la cantidad necesaria; i aun tocariamos la dificultad de que no se ajustase a todos los valores; pues por más pequeña que fuese la porción que se considerara como ínsima, siempre importaría mucho más que alguno de los productos, que con ella quisieran comprarse. La plata i el oro están algo distantes de esta dificultad, porque hoy circulan en cierta abundancia; i sin embargo, exigen a las veces el auxilio de la moneda de cobre i de billon. (1) La otra cualidad de no ser tan común que llegue

(1) «Llámase billon (dice Say en una de sus notas) una mezcla en la cual entra una mitad o un cuarto de plata fina, siendo lo demás de cobre.»

—Esta moneda, i lo mismo la de cobre solo, no se arregla exactamente por los principios generales del dinero, porque son más bien «unas cédulas de crédito, o un signo, que representa una porción de plata demasiado pequeña para acuñarla,» según el autor citado. Con efecto, se observa que no se pagan ordinariamente en piezas de cobre o de billon sino los restos o picos de las cantidades; i otra costumbre sería funesta para
a envilecerse, no es menos precisa, porque, como dice muy bien Say, en los países donde se hace moneda de cualquiera cosa v. gr. de clavos o bacalao, puede aumentarse su cantidad en poco tiempo casi todo lo que se quiera, lo cual produciría una gran alteración en su valor; pues nadie quiere admitir una mercadería que se halla expuesta a perder de un instante a otro la mitad o las tres cuartas partes de su precio. Así es que hablando el mismo autor del oro y la plata, como adecuados para servir de moneda, dice que no son tan raros que la cantidad de ellos equivalente a la mayor parte de las

el comercio. En España se sancionó esta doctrina por los decretos de 20 de octubre y 9 de noviembre de 1743, que prohibieron el hacer «pagamentos cuantiosos en moneda de vellón, que se escudan de trescientos reales de la misma.» Confirmase la prohibición en la pragmática de 5 de mayo de 1772; cuyo artículo 6.º expresa que guarden y cumplan dichos decretos porque el vellón debe servir «para los usos menores, como de suplemento de moneda en los contratos en que intervenga cantidad considerable». Véanse las leyes 10 y 13, título 17, libro 9 de la novísima recopilación.
mercaderías haya de ser en extremo imperceptible, ni tan comunes que sea preciso trasportar una porción inmensa; i añade, «tal vez dentro de muchos siglos podrán (los metales preciosos) estar sujetos a este inconveniente, mayormente si se descubren otras nuevas minas abundantes; i quizá entonces vendrán a ser moneda la platina, u otros metales que todavía no conocemos.»

Que no satisfaga por sí misma muchas necesidades. Esta es otra circunstancia, que debe concurrir en la materia de que se haga la moneda, porque influye naturalmente en que no se desvien de su objeto. Donde se hace aquella con el tabaco: ¿no es mui fácil que se destine a un inmediato consumo, retirándolo de la circulación? Pues lo mismo sería si se fabricase dinero de cualquiera otra materia, v. gr.; de pasta de trigo, que incesantemente se puede aplicar a la satisfacción directa de la necesidad más perentoria. El señor Florez Estrada percibió esto mismo concediendo a la plata i al oro semejante cualidad; pero cometió el error de sostener que no satisfacen directamente ninguna necesidad huma-
na(1) cuando es harto notorio quedá de dichos metales se construyan varios muebles i efectos que sirven al hombre, ya por serle precisos, ya por comodidad i lujo. Por lo mismo, he limitado el pensamiento a que la moneda no satisfaga inmediatamente muchas, pero no ninguna, de aquellas.

Que sea universalmente conocida, i deseada. Contra este principio pecan los pueblos, que tienen como dinero las conchas, porque si son estas apreciadas entre ellos, no lo son igualmente en otras naciones, embarazando así los cálculos mercantiles.

Que encierre grande valor en reducido volumen. De otra manera sería mui penoso el manejo de la moneda, i entorpecería los cambios; pues si por ejemplo, para componer un valor igual al de una arroba de vino, se necesitará dar piezas de metal hasta el peso de diez libras, sería por cierto una cosa dificil, i mucho más en proporción que mayor fuese la partida comprada.

(1) Parte 3.ª cap. 7.º del curso de Economía Política.
Con relación a esto habla Say en los términos siguientes: «dicen que en Abisinia la sal sirve de moneda; si hubiese igual costumbre en Francia, sería necesario que el que fuese al mercado lleve consigo un monte de sal para pagar sus provisiones.»

Que se pueda dividir en pequeñas porciones, volviendo a reunirse cuando sea necesario. Es notable el ejemplo que se cita para demostrar los perjuicios consiguientes a la violación de esta regla. Nueve bueyes costó la armadura de Diomedes: (1) por manera que habiendo comprado otra que valiese una mitad, era forzoso haber dado cuatro bueyes y medio. No así sucederá en Europa después de introducida la moneda de plata y oro; pues cuando en España por ejemplo, haya que pagar trescientos veinte reales, basta con una sola pieza de oro; y si hace falta nada más que un real, hai también otra pieza pequeña de plata que lo represente; no impidiendo esta división el que se juntén muchos reales, en caso necesario, para componer la más crecida suma.

---

(1) Homero citado por J. B. Say.
Que no se deteriore fácilmente. Esta última cualidad es tan indispensable como todas las otras, porque si la moneda se destruyese a cada instante, resultaría una inconstancia perniciosa en su valor, sin ser lícito fijarlo por algún tiempo. Dicha cualidad la tienen los metales preciosos en el más alto grado; pues el trascurso de los siglos apenas les ocasiona un deterioro sensible, a no ser por alguna causa extraña.

El anterior examen de los requisitos, que debe tener la materia que se destine para moneda, convence que la plata y el oro son en el día, y deberán ser por mucho tiempo, los más adecuados para este fin. Ellos no necesitan que las leyes hagan obligatoria su circulación (1) pues teniendo un valor por sí mismos, independiente de la cualidad de moneda, se reconoce su mérito y se les da estimación en casi todos los países. En la lección inmediata veremos si

(1) Sabido es que Licurgo quiso forzar la circulación de la moneda de hierro, i esto produjo males de trascendencia, llegando hasta el estremo de no ser obedecida esta lei.
este valor se aumenta por la circunstancia de convertirse los metales preciosos en piezas acuñadas.

LECCION IV.

Continuación de la anterior.

Para que la moneda llene mejor su objeto en los cambios, se ha establecido el que las piezas sean planas o redondas, llevando cierto sello particular, que se llama cuño. La ventaja que resulta de que tengan dicha figura es la mayor comodidad para su trasporte, porque las piezas cuadradas, o hechas sin ninguna proporción, serían positivamente más incómodas ocupando mayor espacio, y no siendo tan fácil colocarlas; así como si fueran esféricas no podría conseguirse el ponerlas unas sobre otras, ni aun estarian bien cuando se dejasen encima de una mesa o mostrador.

El cuño sirve para certificar que la mo-
neda es del peso i lei que corresponde (1) i por eso el gobierno se reserva comunmente la prerogativa de fabricarla, no tanto por las utilidades que reporta, cuanto por ser el mas autorizado i digno de la confianza publica para evitar los fraudes i adulteraciones. (2) Así es que cuando el cuño testifica el peso i la lei de las monedas; es decir la cantidad i calidad de los metales,

(1) Juan Bautista Say dice que las principales cualidades que debe tener el cuño son las siguientes:

1.ª Hacer constar su peso de las piezas, i su lei.

2.ª Ser claro e inteligible para que aun los mas ignorantes puedan comprender lo que significa.

3.ª Que se oponga cuanto fuese posible a la alteracion de la pieza; esto es, que conviene mucho que ni la circulacion natural ni la malicia, puedan alterar el peso, sin alterar tambien su cuño. Con este fin recomienda el autor citado que se ponga en el canto de las piezas de moneda un corduecillo para evitar que se recorten con disimulo.

(2) No desvirtua esta reflexion el que tal vez los gobiernos hayan abusado de semejante prerogativa. Say presenta varios ejemplos de
todos los súbditos las admiten de buena fe, ahorrándose la enojosa tarea de pesar y ensayar cada pieza que se recibe.

El valor que se aumenta a los metales acuñados se funda en los gastos que ocasiona esta operación, y asimismo en la ma-

las alteraciones maliciosas hechas en la moneda, y cita una orden de Felipe de Vałois, dirigiendo en mil trescientos cincuenta a los oficiales de las casas de moneda para que jurasen guardar el secreto sobre estas adulteraciones, a fin de que fuesen engañados los negociantes. La Pensilvania, ordenó en mil setecientos veinte y dos, según Smith, que una libra esterlina pasase por una libra i cinco sueldos esterlines. Y aun los romanos en sus épocas mas florecientes, hicieron banca-rota, variando el valor de sus monedas. En España no hemos estado exentos de esta calamidad, porque como atestigua el señor Florez Estrada, se ha recurrido para remediar los apuros del Erario al funesto arbitrio de acuñar moneda falta de peso i de lei. El mismo señor se queja de que actualmente se haya dado una valuación desventajosa a los pesos duros con respecto a los Luises de plata; cuyo valor intrínseco viene a ser de unos diez i ocho reales, i la lei española les ha dado el de diez i nueve, con lo cual apenas corren otros duros que estos Luises.
yor utilidad que por ella reciben, según de-
jo indicado. Aunque en la realidad este va-
lor dependa de la abundancia o escasez del
dinero con respecto a los géneros que haya
cen el mercado, (1) nunca está demás el que
se fije por la lei su valor absoluto. Así en
España un peso fuerte vale hoy veinte rea-
les i nadie ignora esta circunstancia; mas no
por ello se dirá que permanezca inmutable
su valor relativo. Supongamos que con dos
pesos fuertes se compra en julio una fan-
ega de trigo, i que después en diciembre
cuesta tres cada fanega, porque ha esca-
seado el jénero: es evidente, que con res-
pecto a este fruto ha tenido una alteración
el valor de la moneda. Lo que se acaba de

(1) «El valor de los metales preciosos, di-
ce Say, puede variar en diversos lugares i tiem-
pos como el de cualquiera otra mercadería. Con
media onza de plata se compran en la China tan-
tos jéneros como los que se pueden comprar con
una onza en Francia; i por el contrario, en esta
nación se pueden comprar en jeneral mas cosas
que en América con la misma porcion de me-
tal; lo cual manifiesta, que este vale mas en la
China que en Francia, i mas en Francia que en
América. »
decir del trigo, puede aplicarse a cualquier otro producto; i nótese de paso cuan arriesgado es el buscar una medida común de todos los valores.

Los gastos de acuñación suelen sacarse de la ganancia que se obtiene por la liga de la moneda. Muchos experimentos han demostrado que la plata i el oro, lejos de sufrir perjuicio en su calidad cuando se mezclan con el cobre, reciben más consistencia que si estuviesen puros; i aun es más fácil el fabricar la moneda; i como este último metal cuesta menos que los otros; de aquí es la utilidad que se reporta en la parte de liga, que cada pieza tiene, corriendo como si toda ella fuese de plata u oro (1).

(1) «En España, dice el señor Florez Estrada, además de los gastos de acuñación es recargada la moneda por la alta regalía de acuñarla con un tributo o reconocimiento: los gastos de acuñación se llaman braceaje; el tributo o reconocimiento se llama por corrupción Señoreaje; en su origen es llamó con más propiedad Señoreaje: la ordenanza de la casa de moneda de Madrid, sin hacer distinción de lo que corresponde a cada uno, fija los derechos del bracea-
Jeneralmente se conceptua que mientras mas cantidad de dinero haya en la nación, tanto mas beneficio tendrá esta; cuyo error guarda no poca analogía con el de los partidarios de sistema esclusivo mercantil. En habiendo la moneda bastante para que los cambios se realicen sin dificultad,

je i del Siñereaje en un seis i cuarto por ciento del valor intrínseco del metal acuñado. » El mismo escritor manifiesta que la lei de la moneda de oro en España es de veinte i dos quilates, i la de la moneda de plata de once dineros; lo que equivale a decir, que la moneda de oro fabricada con arreglo a ordenanza, contiene veinte i dos partes de oro i dos de cobre; i la de plata contiene once partes de este metal i una de cobre. Esta última noticia la confirman los señores Gutierrez i Rodriguez en su traducción del tratado de Say, citando la ordenanza de casas de moneda en 16 de julio de 1770, i la real pragmática de 29 de mayo de 1772, i añaden; «la moneda que se conoce con el nombre de provincial, que son las pesetas i medias pesetas no columnarias, i los reales de vellon de treinta i cuatro maravedíes, tienen la lei de diez dineros; i de consiguiente dos dozavos de liga sobre diez dozavos de plata fina; si bien se compensa la diferencia de lei entre esta moneda i la nacional, con alguna diferencia en su peso. »
i sea la circulación activa, nada más hace falta, y antes bien el escaso ocasionaria males, lo mismo que la escasez. Si en un país existe más dinero del que se necesita, es claro que su valor bajará con respecto a los demás géneros; cuyo fenómeno ya se observó al descubrirse el nuevo-mundo, pues aumentado el numerario de una manera desproporcionada, valió aquel seis veces menos que antes, según nos lo atestigua Mr. Droz. El resultado de semejante situación será que teniendo más precio el oro y la plata en barbas que los mismos metales acuñados, habrá un interés en reducirlos a primera materia para lograr la ventaja. Si por el contrario escasea mucho la moneda, sobre causar un entorpecimiento en las operaciones mercantiles, habrá una fuerte tentación para falsificarla, porque aguardando los hombres un extraordinario lucro, arrostrarán el peligro de ser castigados. El hecho, que manifiesta si hai en la nación el numerario suficiente, es que valgan lo mismo la plata y oro en pastas, que después de acuñados, con la sola diferencia de la mano de obra.

Antes de concluir este tratado debo indicar brevemente la cuestión de si la mone-
da es un mero signo, i una medida del valor. En mi concepto no es ni lo uno, ni lo otro; i para demostrarlo me valdré de las palabras de tres célebres economistas, «El dinero, dice el señor Florez Estrada, no es un signo, sino una mercancía: es el equivalente de lo que se recibe en cambio; pues el que permuta el dinero por otro artículo no reembolsa con otro valor al que le recibe; reembolso que tendría que hacer si el dinero fuese un signo, i no un equivalente. Ni es propiamente una medida, porque si el oro i la plata conmensuran el valor de cualquier otro artículo, también este conmensura el valor del oro i de la plata. La circunstancia de poder servir de medida del valor no es peculiar del dinero; es inherente a toda mercancía: la superioridad de los metales preciosos está en que ellos, por sufrir una alteración menor que otros productos, son más aptos para servir de tipo para comparar el valor de los demás productos industriales» —Mr. Rossi continúa: «el oro i la plata convertidos en moneda tienen la rara e importantísima propiedad de pasar con la mayor facilidad del estado de mercadería al de moneda, i recíprocamente. Tal es su
naturaleza. Recordemos ahora que el valor en cambio de todas las cosas resulta de dos elementos: de la necesidad de ellos, y de su cantidad. Siempre que cualquiera de estos dos elementos, la utilidad o la cantidad, sufre alteración, el valor también se altera necesariamente. Esto asentado, ¿es cierto que la necesidad de dinero que se experimenta es siempre la misma; y que su cantidad es, con corta diferencia, constante? No: la necesidad es muy variable porque los metales preciosos pueden ser deseados como moneda, y como materia metálica a un mismo tiempo, y siendo sumamente fácil el paso de un estado a otro, es evidente que las causas que influyan directamente en cualquiera de ellos se harán sentir en ambos.» — «Tan cierto es esto, concluye Say, que siempre que las piezas de moneda pierden algo de su peso, ya por el uso y frotación, ya por la malicia de los desgastadores o cercenadores, pierde de su valor: todas las mercaderías suben entonces de precio nominal, a proporción de la alteración que ha tenido; de modo que si el gobierno entonces hiciese una refundición de todas las piezas de moneda alteradas e
cada una la cantidad de metal fino que tenían en su origen, las mercaderías volverían a tomar el precio que antes tenían; a no ser que se hubiese alterado el valor de ellas por efecto de otras circunstancias.

**LECCIÓN VI.**

De las letras de cambio.

Había quienes quiso que después de inventada la moneda, tener otros medios de verificar los cambios de un modo más fácil y espedito. Podía ser incómodo a las veces trasportar gruesas sumas a grandes distancias; este mal se remediaba compensando unas obligaciones con otras; es decir, haciendo un descuento de las deudas y créditos recíprocos; i véase aquí el principio de las cédulas, i letras de cambio.

En efecto, el que debe a otro cierta suma puede asegurarle su pago por medio de un vale o pagaré; cuya virtud sea úni-
mente contra el que lo espidió; y esta será una cédula o papel de obligación directa. Pero si el acreedor cede y traspasa su derecho para que cualquiera persona en fuerza del documento librado se pueda presentar a que le satisfaiga el deudor, entonces esta cédula de obligación indirecta será propiamente la letra de cambio. Esta como, dice el Sr. Florez Estrada, supone cuatro contratantes: una simple consignación supone tres. Para obtener en Barcelona una letra sobre Marsella, es preciso que haya un acreedor en Barcelona que tenga un deudor en Marsella; y por el contrario un acreedor en Marsella que tenga un deudor en Barcelona.

Es admirable sin duda esta invención, por la cual se hace muy fácil la remesa de fondos sin los gastos, perjuicios y riesgos que ofrecería el trasporte del numerario. J. Mill dice que se atribuye a los judíos por la necesidad de recurrir a este arbitrio en aquella época de feudalismo y barbarie en que la política prohibía la esporadación de los metales preciosos, y castigaba con la mayor atrocidad a los infractores de semejante ley.
Se llama librador el que espide la letra: el que ha de pagarla se dice que es contra quien o a cuyo cargo va la misma: el que la tiene en su poder se denomina portador. Toda letra, para que surta sus efectos, debe contener estos requisitos; o hacer expresión de estas circunstancias, además de la fecha, plazo, cantidad i manera en que se dé por satisfecho el librador; pues unas veces se dice ser valor recibido del que la saca o compra; i otras valor en cuenta o valor entendido con él; o con persona diferente. (1)

(1) En España el código de comercio, sancionado en 30 de mayo de 1829, que se halla vigente, dispone en su artículo 462, que las letras de cambio, para surtir sus efectos en juicio, han de contener todas las circunstancias siguientes.

1.ª La designación del lugar, día, mes i año en que se libra la letra de cambio.

2.ª La época en que debe ser pagada.

3.ª El nombre i apellido de la persona a cuya orden se manda hacer el pago.

4.ª La cantidad que el librador manda pagar, detallándola en moneda real i efectiva; o en las monedas nominales que el comercio tiene adoptadas para el cambio.
Las letras de cambio son susceptibles de compra-venta, endoso e descuento. Se *venden* cuando el que tiene a su favor un crédito lo cede a otra persona, por medio de una letra; se *compran* cuando el que necesita el mismo crédito pide y obtiene su cesión en los términos que con el librador de la letra contrata. Se *endosan* las letras de cambio cuando el portador traspasa a otra persona el derecho de cobrarlas, sin recibir por ello premio alguno. Y se *descuentan* cuando el librador, deseoso de acortar el plazo, las endosa a favor de quien le

---

5.ª El valor de la letra, o sea la forma en que el librador se da por satisfecho de él distinguiendo si lo recibió en numerario o en mercaderías; o si es valor entendido, o en cuenta con el tomador de la letra.

6.ª El nombre y apellido de la persona de quien se recibe el valor de la letra; o a cuya cuenta se carga.

7.ª El nombre y domicilio de la persona a cuyo cargo se libra.

8.ª La firma del librador, hecha de su propio puño; o de la persona que firme en su nombre, con poder suficiente al efecto.
paga su importe, con cierta baja o pérdida que se estipula.

Como en las operaciones de comercio tienen las letras un uso tan considerable, cuanto que de ordinario se hacen con ellas los principales negocios, resulta que se complica su curso, especialmente en el comercio exterior. La razón es muy sencilla porque si v. gr., en Inglaterra hai muchas personas que tienen sus deudores en España; i en esta existen pocas que tengan deudores en aquella, será difícil encontrar todas las letras de cambio sobre Inglaterra que hagan falta en España; i por el contrario serán muy abundantes. De aquí resulta, que las pocas letras de España sobre Inglaterra se venderán a precios subidos; i correrán baratas las de Inglaterra sobre España. En este caso se dirá, que el cambio está contra esta última nación, i en favor de la primera; pero si la situación fuese otra, i existiendo en ambos países un número proporcionado de acreedores i deudores, no variase tampoco, por lo jeneral, el precio de las letras, se diría que estaba a la par el cambio.

Cuando en una letra no se estipula que
pase ningún término para realizar su pago, se dice que va a la vista o a presentación; si se fija un plazo, expresándolo en el mismo documento, según ya manifesté, deberá ser contado desde que la persona a cuyo cargo se jira, vió e aceptó la letra. Cuando por alguna circunstancia la rehusa se llama esta negativa protesto, e el portador se dirijirá contra el que la libró por los medios correspondientes.

A pesar de que en las letras de cambio suele manifestarse la moneda con que deben ser pagadas, pudiera suceder que en el tiempo intermedio desde que se libraron hasta la presentación, sufriese alteraciones el numerario del país; i en este caso se habrá de atender a la época del contrato, es decir, a la en que se vendió la letra, porque otra cosa sería una injusticia notoria, que ya en la legislación romana se tuvo en consideración. (1)

(1) Valor monetæ considerandus, utque inspiciendus est a tempore contractus, non autem a tempore solucionis.
LECCIÓN VII.

Del papel-monedas.

Varios economistas pretenden que el papel-monedas es toda cédula emitida para suplir al numerario, y bajo esta relación lo comparan con las letras; o por lo menos, con los vales de obligaciones directas, o simple consignación. Pero autores de irrecusable autoridad sostienen por el contrario, que hasta el momento de ser forzada la circulación de un vale, porque la ley prohíba el rehusarlo, no merece con propiedad el nombre de papel-monedas (1).

Este medio supletorio de la moneda, por más que a las veces sea capaz de producir

(1) «He reservado, dice Say, el nombre de papel-monedas propiamente tal, para aplicarlo a todas aquellas obligaciones que es la voluntad
algunas ventajas, i se presente como único puerto de salvación en circunstancias muy críticas i afluencias, no por eso deja de ser funesto a las naciones, cuyo gobierno deberá huir de semejante plaga; pues lo que conviene al mismo, según las palabras de Juan Bautista Say, es procurar recursos no ficticios, vergonzosos i funestos, sino realmente fecundos e inagotables. El mismo pensamiento expresa Mr. Droz cuando dice con mucha gracia, que el papel-monedas guarda cierta analogía con los fuegos artificiales, que brillan, deslumbran, i nos dejan a poco en más densa oscuridad.

De cualquier modo que se considere este

del Soberano, que se reciban en pago de las ventas, i créditos estipulados en moneda». «Los billetes de un gobierno o de un banco, prosigue el Sr. Florez Estrada, mientras circulen libremente no tienen otro carácter sino el de simples libranzas; o el de promesas de pura confianza: pero desde que la lei declara que los individuos están obligados a aceptarlos por todo su valor nominal, como si fuesen dinero, desde entonces cambian de naturaleza, i por la sola circunstancia de que la lei hace forzosa su circulación, se convierten en papel-monedas.»
arbitrio no puede menos de ser calificado como un empréstito nacional, según le llama oportunamente un autor moderno a quien pronto citaré; pues careciendo de valor intrínseco el papel-moneda, i logrando solo un *valor nominal* porque la lei se lo atribuye, fuerza es que decaiga con el tiempo, i se haga efectiva la cantidad que los billetes representan. «Aquí es, dice el escritor, a quien me referí antes (1) «donde se convierte en una contribución, que ha de pesar sobre el pueblo, i que ha de pagar precisamente por uno de estos tres medios:

«1.º Por una contribución indirecta nueva.

«2.º Por una contribución directa; o sea por las que están establecidas.

«3.º Por una contribución que llamamos *mista*.

«Pagará el pueblo los mil millones (2)

---

(1) El señor don José Mantilla i García en la obra que publicó en enero de 1840 titulada: *de hacienda i de crédito público con aplicación a España en su estado actual*.

(2) Suma que ha tomado el autor como ejemplo para la exactitud de sus cálculos.
por medio de la contribución indirecta cuando el gobierno no posea crédito alguno, cuando el papel no cese de bajar hasta quedar su valor reducido a la nada. Pues entonces sucederá que si el gobierno da a un empleado un billete de mil reales en pago de sueldo, y el empleado para trocarlo a metálico tiene que sufrir el quebranto de veinte por ciento, es claro que el empleado habrá pagado un veinte por ciento de la contribución de los mil millones. Si el que tomó el billete pierde en el cambio un treinta, ya este deja pagado un diez a cuenta de la contribución; y así irán sucesivamente contribuyendo todos, o casi todos los que obtengan el billete, hasta que no valga nada, o muy poco, en cuyo caso el gobierno debe superar, completando aquella última pérdida el total de los mil millones, que por este medio han venido a realizarse. Cuando el gobierno obliga a recibir el papel por todo su valor, sucede que lo que este debía bajar lo sube en precio la mercadería con que se cambia; y aunque el medio es diferente, el resultado es el mismo, y en nada altera el principio.
tado. El segundo será cuando el gobierno no posea crédito. Entonces el papel correrá por todo su valor, y vendrá a realizarse por medio de la amortización ordenada; es decir, pagándolo también el pueblo; pero de un modo más directo; o sea con las contribuciones establecidas; de que resulta el beneficio de pagar lo en más número de años, i por un orden más equitativo. Finalmente se pagará por el medio compuesto o *misto*, creando el papel, por ejemplo, pierda un cincuenta por ciento. En este caso el pueblo habrá de pagar quinientos millones por el orden indirecto, i otros quinientos por el orden regular de amortización.”

Después de una explicación tan acabada y precisa con respecto a la naturaleza del papel-monedas, no es difícil conocer los sucesivos resultados del mismo, i su pernicioso influjo en la producción. Si fuera posible que se limitara el gobierno a emitir muy pocos billetes, tal vez se sostendría más su valor, siendo entonces ventajoso el efecto del papel-monedas, mayormente si el numperario escaseaba en el país. Pero como no se emplea semejante recurso, según observa
Mr. Droz, sino en tiempos calamitosos, es difícil, sino imposible, resistir a la tentación de aumentar extraordinariamente las cédulas para salir de apuros por el pronto. (1).

Con el objeto de impulsar la circulación del papel-moneda suele señalarse a este un rédito anual, pagadero a los portadores de billetes; y esto sin perjuicio de asignar fondos para que amortizando las cédulas se vayan poco a poco trocando por dinero, y esta operación dé a los tenedores la esperanza de realizar con el tiempo su valor.

De aquí han nacido las que llamamos ca-

(1) La Francia en tiempo de los asignados creó hasta la enorme suma de 45,579,000,000 de francos, según el señor Mantilla en su citada obra. "En España, dice, el señor Florez Estrada, los vales creados por Cárlos III mientras no escedieran la suma de 20,435,275 pesos fuertes, no solo se cambiaban por todo su valor nominal, sino que llegaron a ganar el premio de uno por ciento en Madrid; este premio era aún más alto en Cádiz, y en Barcelona. Pero más tarde a cada nueva emisión efectuada por Cárlos IV el valor fué disminuyéndose, hasta llegar a perder 75 por 100."
jas de amortización, las cuales no son otra cosa, que unos «establecimientos públicos, que tienen a su cargo liquidar i clasificar las deudas del Estado; pagar los réditos, i extinguir los capitales; administrar i recaudar los fondos aplicados al objeto. » (1)

LECCION VIII.

De los bancos de circulación o descuento.

hablando de las letras dije, que se descontaban cuando el portador apetecía realizar su importe antes de cumplir el plazo, y se sometía para ello a sufrir una pérdida. Tal hecho, observado por hombres industriosos

(1) Diccionario razonado de lejislacion i jurisprudencia por don Joaquin Escriche.
i especuladores, hubo de inspirarles la idea de formar una compañía o asociación con el objeto de descontar letras de cambio y obtener así una ganancia proporcionada. Véase aquí lo que son los bancos (1) de que voy a tratar: unos establecimientos en los cuales se reciben letras para cobrarlas a su vencimiento, pagando en el acto su valor con una pequeña pérdida.

Si el banco se limitase a esta simple operación sería en estremo sencillo su mecanismo, y no estaría de ordinario expuesto a muchos riesgos. Mas con el fin de hacer mas activa la circulación suele crear unos billetes particulares con los que verifica sus pagos, y los admite luego trocándolos por moneda. Estos billetes se distinguen del papel-moneda, de que he hablado en la lección anterior, por una circunstancia esencialísima; cual es, que no circulan por la fuerza de un precepto legal, sino solo por

(1) Este nombre parece absurdo aplicado a tales asociaciones o establecimientos; pero trae su etimología de que los judíos en los mercados públicos verificaban el cambio de la moneda sobre bancos.
el consentimiento de las partes, fundado en la confianza que los bancos inspiran.

Para que los bancos de circulación o descuento conserven el crédito tan indispensable si han de subsistir, es necesario que tengan responsabilidad suficiente poseyendo un capital efectivo proporcionado a los billetes que libren. Con todo, no se requiere que sea igual exactamente el capital verdadero del banco a el valor de sus cédulas; pues esto sería en la suposición de tenerlas que pagar todas en un acto mismo; i como no es verosímil que así suceda, bien pueden los banqueros escoger sus fondos, con tal de que no sea de una manera desproporcionada. Lo que importa principalmente es que los pagos se verifiquen sin la menor dificultad, en tanto estremo, que aconsejan varios economistas que satisfecha el banco algún billete falso que se le presente (tomando sus medidas para evitar que se repita este fraude) por tal de que no se diga que ha suspendido ni por un momento los pagos. Esta suspensión hiere de muerte al establecimiento, porque perdida la confianza, no correrán sus cédulas por todo el valor nominal; i los tenedores, temiendo
sufrir un perjuicio en sus cambios, se agolparán en tumulto a que los banqueros se las truequen por moneda, poniendo en gran conflicto a la compañía.

Cuando el gobierno vende su protección a los bancos, les hace un mal considerable, porque siempre lo verifica para obtener empréstitos de los mismos, y absorber gran parte de su capital; siendo el resultado, que bien pronto se manda por una ley la suspensión de pagos; o se hace obligatoria la circulación de los billetes; con cuya circunstancia se les da el carácter de papel-monedas. (1)

(1) La historia de casi todos los bancos, en particular el de Inglaterra fundado en 1694 por Mr. William Patterson, confirma estas reflexiones.
De los bancos de depósito.

La diversidad de la moneda dio causa a la fundación de los bancos de depósito, en los cuales se consigna o depósito cierta cantidad de metales preciosos, ya en pasta, ya en piezas de moneda de buen peso e lei, ensayadas de antemano. Los estados pequeños, i comerciantes como Venecia, Génova, Amsterdam, i Hamburgo, tuvieron más necesidad de semejantes bancos, porque su dinero no era bien recibido en los otros países, (1) i sus relaciones mercantiles sufrían un detrimento considerable que afectaba desde luego a la riqueza pública.

(1) Valle Santoro, hablando de Amsterdam, Hamburgo, i Génova dice « al paso que sus le-
El objeto principal de los bancos de depósito es, como se infiere de lo dicho, acreditar el valor de la moneda que circula en el país, porque conservando la suya cuidadosamente; o teniendo el oro i la plata en barras, sin que padezcan deterioro alguno; es claro que su capital metálico se sostendrá con grande crédito, en desvío de los males, que de otro modo se ocasionarían. Así es, que mediante tan injeniosa institución, las letras libradas sobre aquellas plazas en que haya dichos establecimientos, se negociarán con ventaja, porque nadie las rehusará sabiendo que hai moneda de recibo.

Tienen además estos bancos otro segundo objeto; cual es, afianzar el crédito de los comerciantes, porque depositando cada cual una suma de consideración en barras, o metales preciosos ensayados, nadie duda tras eran pagadas en buena moneda en los países extranjeros, ellos pagaban las que les jiraban en moneda tan mala que en Hamburgo llegó a perder un 14 por 100 i en Amsterdam un 9; i de consiguiente, por este temor, el cambio estaba contra ellos."
que puede por lo menos, responder has-
ta en aquella cantidad; i por este medio
son mas espeditas las transacciones mercan-
tiles; pues no hai necesidad de que pasen
de una mano a otra, ni la moneda ni los
signos representativos de la misma, i bas-
ta con que en el banco se traslade una par-
tida desde una cuenta a otra. Supongamos
que el comerciante A tiene puesto en el
banco el valor de mil duros, i el comercian-
te B tiene puesto doble valor. Se ofrece
que liquidan sus cuentas particulares, i B
resulta debiendo a el comerciante A quil-
nientos duros: no es menester para que se
los abone sino dar un aviso al banco, a fin
de que traslade a la cuenta de A quinien-
tos duros de los dos mil de B; quedando
desde entonces a disposicion de cada uno
de ellos mil i quinientos duros. Véase como
los pueblos modernos aplican a sus necesi-
dades el pensamiento de la medida ideal,
de los habitantes de la costa de Angola;
pues aunque ciertamente el depósito sea
efectivo, el pago hecho de la manera in-
dicada, se asemeja a la valuacion por medio
de macutas.

Los bancos de depósito para que los em-
presarios consiguen una justa recompensa, suelen exigir una corta retribución por cada depósito, ya en dinero, ya en barras; y también especulan con los capitales que se le confían; siempre observando la circunspección debida. Cuando la moneda común se cambia por la consignada en el banco; es decir, por inscripciones del mismo, sufre aquella una pérdida que de ordinario, es un cinco por ciento, la cual se denomina ajio.

LECCION 4.

Del crédito.

in embargo de que al tratar en la cuarta parte de los consumos públicos, hablaré de los deudas del estado; o empréstitos nacionales e extranjeros, medios de extinguirlos, i crédito público; me parece conveniente dar aquí la explicación del crédito en general, no aplicándolo a las na-
ciones, sino a los particulares, compañías y bancos.

Crédito en este lugar es la confianza que una persona o corporación inspira (1) También se dice que es el medio de agregar a la fortuna verdadera otra ficticia o artificial, que con el tiempo acaba por realizarse.

El crédito según la primera de dichas definiciones, se puede dividir en activo y pasivo. Activo es la facultad de tomar prestado; es decir, la confianza que los capitalistas hacen de la persona a quien prestan. Crédito pasivo es la buena reputación del hombre, que conduce sus negocios con probidad y acierto; en virtud de la que hallaría quien le prestase, si lo solicitara. Por manera que en este último caso veamos una facultad no puesta en ejercicio, y en el primero la observamos ya ejercitada.

El poder mágico del crédito da un grande impulso a todas las empresas industria-

(1) La etimología de la palabra crédito confirma esta definición; pues se deriva de la voz latina credere, que significa además de prestar, dar confiar. Véase a Erciche en su citado diccionario de legislación e jurisprudencia.
les, y en particular a las operaciones mercantiles. (1) Así es que una persona o corporación acreditada, que no tenga de capital sino mil duros, podrá muy bien entender sus especulaciones hasta dos o tres mil, por los préstamos que fácilmente obtiene con un rédito pequeño. Un banco gozará iguales beneficios, y aun muchos más, porque suponiendo que sea de circulación, tendrán los billetes un valor proporcionado a su crédito.

Para conseguir estas ventajas no bastan las grandes fortunas, sino se observa una conducta bien arreglada. Por lo mismo toda quiebra es un golpe mortal contra el crédito; y deben tomarse cuantas precauciones convengan para evitar que llegue tan funesto caso. Pero si la quiebra no es real, sino fraudulent, el escándalo es mucho mayor, y se destruye, a no dudarlo, la buena fe, que es el alma del comercio.

(1) Se puede consultar sobre tan importante materia la obra del célebre y erudito Welz.
CONCLUSION.

Todo lo dicho en esta tercera parte, demuestra, que a medida que circule con más actividad la riqueza, tanto mayores serán los bienes que produzca, no solo a los particulares sino también a las naciones.

Bajo este concepto se puede asegurar que los cambios, con el auxilio de los medios que dejó referidos, contribuyen efectivamente a la pública prosperidad.

FIN

DE LA TERCERA PARTE.
CUARTA PARTE.

DEL CONSUMO DE LA RIQUEZA.

LECCION I.

Del consumo y sus divisiones.

El consumo de la riqueza es la destrucción del valor. Se verifica quitando a los productos la utilidad, en todo; o en parte.

Ya sabemos que producción es la creación de valor; i que este se funda en la utilidad que la industria imprime a los objetos, bien sea que se hagan útiles las cosas que antes no lo eran; o bien que se aumente de algún modo su capacidad de satisfacer las necesidades humanas. Ahora, tratando del consumo, que es el término natural de la riqueza, se debe retroceder en estos pensamientos.
tos, por la misma escala, i observar, que cuando el hombre usa (1) de los productos destruye o aminora su utilidad, i por consecuencia, su valor; cuya destruccccion, total o parcial, es la que constituye el consumo. Un ejemplo aclara esta doctrina, que al pronto parece complicada, siendo bastante facil. Cuando el minero saca de las entrañas de la tierra el oro, lo produce, hablando económicamente, porque lo hace susceptible de servir, i en esto le da utilidad que no tenia mientras estaba enterrado. Un fabricante convierte luego el oro en barra, i otro despué en caja para el tabaco; i con estas operaciones lo hacen mas útil, produciendo por lo mismo un nuevo valor, que se une al de la materia bruta. Por el contrario, si el poseedor de la caja, la reduce a la forma de barra, verifica un consumo, disminuyendo la utilidad; i si la arroja-se a un abismo, la consumiria tambien destruyendo absolutamente la utilidad i el valor.

(1) Usar, en su mas amplia significacion, es servirse o valerse de alguna cosa para cualquier fin.
La principal división del consumo es en dos clases, a saber.
1.ª Productivo.
2.ª Improductor.

Consumo productivo es aquel que se hace para crear valores; o el que destruye un valor para reemplazarlo con otro. Consumo improductor es el que se hace para satisfacer directamente alguna necesidad perfecta o imperfecta; es decir, el que destruye un valor sin reemplazarlo con otro.

La diferencia esencial que hai entre estas dos clases de consumo la explica Mill en estas breves palabras: «usar para obtener una ganancia ulterior, es consumir productivamente; usar para un goce inmediato, es consumir improductorivamente.» Según esto, se puede inferir que la ganancia ulterior es la que caracteriza el consumo productivo, i así lo dicen otros autores además del citado. (1) Por consiguiente, no pudien-

(1) El señor Valle Santoro estima que «cuando se consume con el fin de que el objeto consumido vuelva a presentarse en otra forma, se llama consumo reproductivo y la nueva repro-
do llamarse inproductivo el consumo que se hace destruyendo un valor para reemplazarle con otro igual, sin que reciba el menor aumento, será forzoso establecer una tercera clase nombrada de consumo indiferente, toda vez que los valores así empleados ni se fomentan ni se disminuyen. Cuando un hombre opulento i benéfico cede a un labrador cuatro mil reales para que se los pague a su tiempo, sin exijirle rédito alguno, es claro que los consume de un modo indiferente para él; porque los valores de que se priva, i supongo no tenía puestos en circulación, vuelven a su poder lo mismo que salieron.

Hai otra division del consumo en dos clases como la que antecede, i son a saber:

1.ª  Privado.
2.ª  Público.

duccion tendrá más valor que la primera.»— El señor Florez Estrada sostiene que los artículos de riqueza se consumen productivamente «cuando el valor de los productos obtenidos en consecuencia de las modificaciones o traslaciones que el hombre les hace sufrir, es mayor que el valor aniquilado.»
Consumo privado es el que se hace por los particulares.

Consumo público es el que se hace por los gobiernos.

Uno y otro pueden ser o productivos o improductivos; mas, por lo jeneral, el consumo público se coloca en esta última clase, porque verdaderamente corresponde a ella en la mayor parte de los casos. Con todo, hai ocasiones en que los gobiernos emplean la riqueza productivamente, como veremos después, y no es razón decir que sus gastos sean estériles i los más improductivos de cuantos tienen lugar en el país.

En las cuatro clases explicadas, y aun en cada una de las dos divisiones que dejo hechas como principales, pueden comprenderse las demás especies de consumo, que se conocen, i que voi a indicar brevemente para que los jóvenes sepan distinguirlas con exactitud i facilidad.

Consumo parcial se llama el que se verifica destruyendo parte del valor que tienen los productos: total, el que se hace destruyendo todo el valor.

Consumo lento es el que se hace poco a poco, i tal vez insensiblemente: rápido, el
que se verifica en breve tiempo.

Consumo voluntario es el que se realiza por disposición del poseedor: involuntario, el que ocurre sin su voluntad. Esto puede ser, o por un caso fortuito, como una inundación, un incendio etc.; o por un delito, como un robo, un destrozo etc. También sucede que se inutilizan algunas cosas por evitar que otras personas se apoderen de ellas: v. gr. cuando se prende fuego a un almacén de pólvora porque no lo aprovechen los enemigos; pero esta especie de consumo debería nombrarse con más propiedad necesario, en vez de involuntario, puesto que hai, en rigor, voluntad, aunque sometida al influjo de las circunstancias.

Consumo discreto es el que se ejecuta con talento económico, entendiéndose por este el juicio i habilidad aplicados a la industria: discreto, el que se hace contra los principios de le Moral i de la Economía, como p. ej. los gastos que tienen por objeto dar una encerrada donde hai esta incivil costumbre.

Consumo anual es el que se hace en el discurso de un año, tiempo que se fija ordinariamente para los cálculos estadísticos
contando desde una cosecha hasta la inmediata: diario, el que se realiza cada día. No deja de ofrecer interés el consumo que diariamente hay en una fábrica, en una familia, o en un pueblo; bien sea de toda clase de productos, bien de una determinada. (1)

Consumo nacional es el que se verifica por todos los individuos de la nación, gobernantes e gobernados. Ya se percibe que no es igual al público, pues abraza este mucho menos que el nacional.

Consumo provincial es el que se hace por todos los habitantes de una provincia.

Consumo local es el que se ejecuta por todos los vecinos de un pueblo, o localidad.

Consumo familiar es el que se hace por todos los miembros de una familia.

Consumo individual es el que realiza cada persona, o individuo. (2)

(1) El erudito señor Canga Argüelles en su Diccionario de Hacienda, suministra preciosos datos sobre esta y demás especies de consumo.

(2) Los señores Sempere i Guarinos e Alvarrez Guerra, citados por el señor Canga Argüelles valúan en tres reales el consumo individual diario en España.
LECCION II.

Del consumo productivo.

El consumo productivo guarda bastante analogía con el empleo del capital, bajo la relación de consagrarse la riqueza a producir nuevos valores. Si se consume productivamente obteniendo una ganancia ulterior, y se usa de la riqueza como capital, destinándola a reproducirse, claro es que tienen analogía estas dos operaciones, en sí mismas consideradas. Pero hai una diferencia: cuando se habla del consumo productivo se atiende a su resultado; es decir, a que produce más de lo destruido, según queda espuesto; y cuando se trata del capital solamente se mira su tendencia, o el objeto del empleo; y así, se define la riqueza, que de algún modo se destina a la producción.

Debe procurarse que sea discreto el empleo del capital, para que haya verdadero
consumo productivo; porque no basta que la riqueza se destine a la producción, si no se tiene una esperanza razonable de buen éxito. Mr. Droz llama industria ignorante o imprudente a la que no produce, porque si bien el hombre presta su trabajo con este fin, le falta ciencia o economía (1) para verificarlo con resultados venturosos: de suerte que «la industria no produce sino en tanto que sus esfuerzos son hábilmente dirijidos;» o lo que es igual, no merece el nombre de industria sino el trabajo aplicado con probabilidad de buen éxito a la obra de la producción. Del propio modo, los fondos gastados en empresas que por necesidad han de ser desgraciadas se consumen improductivamente, aunque el objeto del poseedor fuera obtener una ganancia; i por lo mismo, semejante empleo de la riqueza, que pareciera productivo o industrial, no fué sino indiscreto, porque las consecuencias eran fáciles de prever. Un labrador hace la tentativa de sembrar

(1) Economía, en este caso, es el juicio aplicado a los consumos.
trigo en una tierra de mala calidad, que a-
penas puede llevar centeno: su trabajo se
reputa como industria, por el que no cono-
ce dicha circunstancia, y lo infructuoso de
su tarea: sus fondos, aplicados al efecto de
aumentar la producción, se califican de ca-
pitales; pero si no se ignora que aquella
tierra, por mucho que se abone, nunca ren-
dirá mas que centeno, es fácil decidir que
el labrador ha prestado, por su indiscreción,
un trabajo estéril, i hecho un consumo im-
productivo.

Sucedé alguna vez que sin ser improduc-
tivo el consumo, respecto al individuo que
lo ejecuta, lo es para la sociedad; pues a-
quel reporta una ganancia, sin que se haya
creado valor alguno. Tal sería si se diesen
a rédito mil reales al seis por ciento anual
a un joven que los gastara luego en el teat-
ro i en el café. Aquí no hai producción: los
mil reales se han consumido al fin impro-
ductivamente, por parte del que los tomó;
pero el dueño disfruta el lucro de seis por
ciento, i lo goza justicia, puesto que no
habiéndolos cedido a nuestro joven los hu-
biera empleado con ganancia. Este consu-
mo, que considerado con relación al presta-
mista es productivo e improductivo para la sociedad, puede llamarse meramente lucrativo.

Mientras haya más consumo productivo, mayor será la circulación de la riqueza y tanto más prosperará el país; pues aquel, según dice el señor Florez Estrada, «aumenta a la vez la riqueza del individuo y de la sociedad, y el improductivo no hace más que disminuir la una y la otra. Si por cierto tiempo el producto supera al consumo improductivo, el capital de la sociedad se aumenta, la población crece y los individuos gozan de más comodidades. Si el producto y el consumo improductivo se equilibran, la riqueza, la población y las comodidades del país, permanecen estacionarias. Si el consumo improductivo fuese superior a los productos anuales, la riqueza y la población decrecen y la miseria se aumenta.» Mr. Droz, hablando de la riqueza estacionaria que designa con el nombre de capitales ociosos, añade que «sin incurrir en la nota de avaro, puede un hombre rico tener en reserva una suma considerable, para su seguridad: muchas personas movidas de semejante ventaja retienen también cantidades proporcionadas a su fortuna; pero es
harto difícil que la previsión de los particulares sea perjudicial al público, pues estas sumas, por lo común, son insignificantes para que se deban reputar como otros tantos capitales sustraídos a la circulación, i sirven más bien, acrecentadas con economías sucesivas, para formar capitales que algún día entrarán en aquella.

LECCION III.

Del consumo improductivo.

Cuando se usa vulgarmente de la voz consumo, es en el concepto de improductivo, tomando por la destrucción de la riqueza, cuyo objeto es satisfacer directamente alguna necesidad real o ficticia del hombre. Y como estas tienen su graduación propia i natural, se hace preciso ver el orden con que deban ser atendidas para distinguir cuáles consumos serán mas o menos discretos.

Lo mas fácil i sencillo sería observar la escala de consumos precisos, que satisfacen
las primeras necesidades: consumos útiles que satisfacen otras necesidades menos perfectas; pero también inescusables, como la de tener alguna comodidad; i consumos de mero agrado que son generalmente todos los que dictan las pasiones, tal vez inmoderadas, como el orgullo, que según la expresión de Franklin es «un mendigo que grita tan fuertemente como el necesitado; pero es sin comparación menos contentadizo.»

J. B. Say llama juiciosos i discretos a los consumos siguientes:

1.º Los que satisfacen necesidades verdaderas.

2.º Los lentos; i los que recaen sobre productos de buena calidad.

3.º Los que se hacen en común.

Los que satisfacen necesidades verdaderas son los que antes he nombrado precisos, i la notoriedad de la razón porque se anteponen a todos los demás, escusa de analizarla.

Los lentos tienen la recomendación de que se conservan por más tiempo los productos, evitando así que haya que repobnerlos con frecuencia; i lo mismo se logra
con preferir los jéneros de buena calidad. Un padre de familia que tuviese para el uso diario cubiertos de concha, se espondría voluntariamente a sufrir las consecuencias de un consumo más rápido que si los proporcionase de plata; i aun cuando estos últimos cuesten más, resultan más baratos al fin de cierto tiempo, por su mayor duración. Un gobierno que vistiese su ejército con tela de coco en tiempo de verano, por no gastar en lienzos de mejor calidad, que le salieran más caros, incurriría en la misma indiscreción por violar esta regla primera.

Los consumos hechos en común son ventajosos, porque la mayor parte de los servicios resultan más económicos cuando hay muchos concurrentes, que cuando hay solo uno. El carruajero que conduce una persona en su coche le cobra por estar en su retribución; i si llevase a seis, la distribuiría entre todas ellas.

En la lección inmediata espondré otros pormenores, que pertenecen al consumo privado, aunque se aplican, bien al productivo, bien al improductivo. Ahora voi a concluir fijando algunas ideas respecto del lu-
jo. La definición de este es demasiado ar-
bitraria, por la misma naturaleza del obje-
to definido; i por eso dice el señor Canga 
Argüelles que su explicación ha atormenta-
do muchos siglos los talentos de escritores 
célebres, de los cuales unos han hecho su 
elojo y otros le han mirado con execra-
ción. (1)

(1) Aunque sería largo y enfadoso recopilar 
todas las definiciones del lujo, voy á reunir aquí 
algunas para que sirvan de ejemplos.

«El lujo no es otra cosa que la preferencia 
que se da a las superfluidades i placeres de brillo, 
respecto a las necesidades i goces sencillos i na-
turales.» (Helvecio.)

«Lujo es el uso de lo superfluo.» (Stewart.)

«Puede decirse, en jeneral, que el lujo es el u-
so de las cosas caras. (J. B. Say.)

«El lujo no es otra cosa, que el uso que se ha-
ce de las riquezas i de la industria para propor-
cionarse una existencia agradable, con el ausilio 
de los medios mas esquisitos que puedan contri-
buir a aumentar las comodidades de la vida i los 
placeres de la sociedad.» (Filangieri.)

«El carácter esencial del lujo es consistir en 
gastos no productivos » (Destut Tracy.)

«Debe entenderse por lujo todo gasto que solo 
tiene por objeto la vanidad, el deseo de igualar
Si prescindimos de cuestiones de voces, conoceremos que la idea de lujo es relativa; i por lo tanto, se debe atender á las circunstancias que median en cada caso particular. «No obstante, dice el marques de Valle Santoro, hay una regla jeneral, que todos pueden aplicarse con utilidad suya i del estado. El que gasta tanto como produce,

o de esceder a los otros, i el designio de hacer de las riquezas una inútil ostentacion: además deben llamarse castos de lujo, todos aquellos que esceden nuestras facultades; o que debieran ser empleados en usos mas necesarios i conformes á los principios de la moral.» (Holbach.)

«No parece posible aplicar otra idea á la palabra lujo que la de un gasto contrario á las relaciones esenciales de los gastos entre sí.» (Principios de legislacion universal.)

«Yo desearia que se aplicara la voz de lujo á todo gasto vano, mediata o inmediatamente superior a la condicion i posibilidad de cada individuo, i estrano a los usos que la practica tiene admitidos en su clase.» (Ganga Argüelles.)

«El lujo propriamente llamado, es la vanidad que hace traspasar los limites del bienestar i de los goces, i arrastra al hombre mas allá de su objeto.» (Bonnin.)
ni aumenta ni disminuye sus riquezas, mientras no le ocurren sucesos imprevistos. El que produce más de lo que consume, se enriquece aumentando su capital. El que consume más de lo que produce, disipa su capital e se empobrece.» Y no se crea que tan perjudicial abuso se comete nada más que por los gobernados; pues observa con sobradamente razón cierto economista célebre, que el lujo de un gobierno es incomparablemente más funesto que el de un particular; y entre los gastos mas ruinosos de aquel, debe contarse el grande número de empleados inútiles, sobre todo en la administración de la Hacienda; porque mientras más perso-

«Lujo es un escaso de gastos improductivos.» (Florez Estrada.)

«Lujo es todo gasto hecho improductivamente por los individuos de cualquiera de las clases de la sociedad, i sin otro motivo que el de satisfacer su vanidad; o el de incluirse por ostentación en otra que respecto de ellos es mediata o inmediatamente superior.» (D. José Felipe de Olive.)

«Lujo: escaso i demasia en la pompa i regalo.» (Diccionario de la lengua castellana por la Academia.)
nas haya ocupadas en el manejo de los fondos públicos, tanto más riesgo corren estos de tener la suerte de aquellos ríos, cuyas aguas, destinadas por la naturaleza a fertilizar una vasta comarca, se pierden en estériles arenas.

**LECCION IV.**

Del consumo privado.

Esta lección pertenece a la economía doméstica; pero no es impropia de la ciencia que nos ocupa, porque mal comprendiéramos todas las relaciones de la riqueza, si no atendiésemos a la más próxima e menos complicada, cual es la del individuo. Pero huyendo de incurrir en vulgaridades i pequeñeces, que parecerían ridículas, formuladas como axiomas científicos, me limitaré a presentar la descripción de una casa bien gobernada, valiéndome de las espresiones del inimitable filósofo Droz.

«Fijémonos en un padre de familia opu-
lento e ilustrado, que por el buen uso que hace de sus rentas merece ser citado por modelo. Su inclinación, el interés de sus hijos y sus convicciones acerca del bien público, le aconsejan no consumir la totalidad de aquellas, antes por el contrario, reserva una parte para el aumento de su capital. Mejora sus haciendas, ordena la construcción de edificios rurales, cercados etc., e si estas labores no absorben todas sus economías, presta el sobrante a algún empresario industrial, cuya inteligencia le consta, i le procura así los medios de fundar o engrandecer un establecimiento ventajoso a su patria. Repitiósele hasta la saciedad que los ricos deben consumir mucho, a fin de escitar la producción; mas él ha reflexionado i sabe que la parte de renta que trasforma en capitales no será menos consumida que la destinada a los gastos de su casa. Las economías invertidas en las mejoras de una tierra o prestadas a un fabricante, se destruyen en el campo o en los pueblos por los distintos obreros a quienes proporcionan trabajo. Esta parte de las rentas pasa directamente a manos de consumidores laboriosos, honrados, dignos de toda protección.
añádase que el arrendatario mejora de fortuna, i a la renovación del contrato puede pagar una renta mayor, i que el fabricante a cuenta de los productos satisface los intereses. Así, no solamente han ganado su vida infinitos obreros, sino que el arrendatario, el fabricante y el prestamista, se hallan en posición de gastar más. Es un abuso pues, hijo de extrañas ilusiones, el suponer que se sustraen al consumo las rentas trasformándolas en capitales: es cierto que no las consume uno mismo; pero hácelas consumir por otros de la manera mas útil al bien estar jeneral. El hombre de quien hablo destina a las riquezas de inmediato consumo una gran parte de sus rentas; mas no la expende sin eleccion i sin gusto, porque a fuer de ilustrado sabe guardarse de ser el juguete de sus riquezas. No veremos en su casa un tropel de criados inútiles, puesto que desea estar bien servido, i prefiere mantener en el campo a honrados jornaleros, a formar en el pueblo vagamundos i bribones vestidos con su librea. Reina el órden en su casa, i sabe a qué atenerse en este axioma del parásito: «las profusiones del rico dan de comer al pobre.» Lo que gastaría fuera
de ocasión y sin placer, prefiere gastarlo de
una manera grata para él y ventajosa para o-
tros. Agrádále hablar de los principios que
profesa, porque después de los buenos ejem-
plos, nada hay mas necesario que los bue-
nos consejos. «Los apolójistas de la disipa-
ción, dice, deberían desear que hubiese días
de saturnales en los que los ricos estrellasen
sus muebles para fomentar la industria. Es-
tos muebles, cuyo reemplazo sería de nece-
sidad, procurarían salarios a los obreros y
ganancias a los empresarios. Pero cuando
las personas opulentas no recurrieron a di-
cho medio estravagante, insensato, señalar es
de que emplean las mismas rentas y proveen
de igual suerte a las ganancias i a los sala-
rios, i lo que no destruyeron continúa sien-
do útil. Los muebles que desechan se ven-
den baratos y sirven a otros: luego vuelven
den de venderse mas baratos todavía i pasan a adornar habitaciones cada vez mas modestas.
Los artículos de consumo lento se acumu-
lan, i constituyen dentro de la sociedad un
fondo inmenso de riqueza, que tan solo el
buen órden puede acrecentar i velar por su
conservación.» Si el hombre honrado que
habla así observa que se le presta atención,
continúa: «¡Qué demencia imaginar que el rico sería avaro, si no fuese disipador, como si no hubiese más que una manera de gastar y fuese necesario servirse de ella o enterrar el dinero! Todo gasto tiene alguna utilidad; pero no todo gasto es igualmente útil. La profusión, el despilfarro causan también efectos que no se compensan cuando se destruyen objetos imposibles de multiplicar a voluntad, porque el concurso de la naturaleza sea indispensable a su producción. Cuando se quebranta un mueble llamamos a un obrero; mas cuando se destruyen granos o árboles no puede obligarse a la naturaleza a compensar el perjuicio irrogado a la sociedad. Sin duda no hai consumo totalmente perdido; si destruimos trigo, el vendedor recibió un equivalente; mas aquel que sufre los rigores del hambre, y a quien ese trigo sustentaría: ¿en dónde encuentra para él la compensación de nuestra locura? Las profusiones de los ricos no se hacen sino a espensas de la muchedumbre, y sus economías, bien entendidas, acrecientan el patrimonio de los pobres.» Este hombre sensato, a pesar de su opulencia, repugna gastos que serían perjudiciales a otros i en
nada aumentarían sus placeres: tales consumo son indignos de él. No solamente desea que reine el buen orden en su casa, sino que no desdena emplear algunos procedimientos económicos, aplicaciones importantes de ciencias encumbradas. Reconoce como necesario construir el hogar de suerte que despida más calor y consuma menos combustible, siquiera por ofrecer un buen ejemplo y generalizar una útil invención. Si entes frívulos quieren poner en ridículo semejantes minuciosidades, y se persuaden que son efecto de cierto espíritu de mezquindad, se desengañarán al ver en los aposentos de este hombre tan sensato, toda la ostentación de la opulencia y del buen gusto. Sus muebles concilian la elegancia con la solidez: muchos objetos cómodos e agradables decoran su estancia; pues su fortuna le permite pocos y quiere que su familia los goce. Si habita lejos de la capital, se esfuerza también en despertar la industria y formar obreros inteligentes presentándoles modelos. Sin ocuparse en el tocador, anda siempre vestido de ricas telas; y cuanto se destina para su uso, se elige en las fábricas mejor acreditadas. Le agrada la
elegancia de todo jénero, i sabe que las manu-
ufacturas perfeccionadas, cuya influencia
es de suma importancia, no pueden soste-
nerse sin ricos que las consuman. Los gas-
tos de su mesa no son para él los mas con-
siderables; en sus comidas no reina esa
profusión que parece un indicio de tener a
tontos por convidados; pero su cocinero
posee toda la habilidad conveniente a la ca-
sa de un grande. La única diferencia nota-
ble entre su mesa i la de otros ricos, es
que está igualmente servida con menos
gasto; i que se sientan a ella convidados
mas amables. No hago mérito de la parte
de sus rentas destinada a la educacion de
sus hijos, ni de la que consagra a los actos de
beneficencia: entonces entraría en conside-
raciones que me hiciesen perder de vista
mi objeto.»

Nada puede añadirse a tan precisa i elo-
cuente descripcion del consumo privado
discreto; i solo es oportuno advertir con el
señor Valle Santoro, que dependiendo la
riqueza del aumento de los productos i dis-
minución de los gastos; i estando estos en
las familias a cargo de las mujeres, así como
los primeros lo están ordinariamente al de
los hombres, pueden aquellas influir mucho con su economía, en la prosperidad pública. Un padre de familia fija la cantidad del gasto de su casa: si la mujer es prudente e económica sobra siempre, porque las necesidades inescusables de la vida, son muy cortas; mas por el contrario, si por ínole o por vicio se deja llevar de caprichos i antojos, olvidando los intereses de su casa, falta siempre, por más que haya mucho de que disponer. Por estas razones importa tanto la educación del bello sexo, no solo para la civilización, sino por la influencia inmediata i poderosa que tiene en la moral i la economía; inspirando las virtudes domésticas i dirigiendo el consumo privado. (1)

(1) La legislación española sobre gananciales, que tanto nos critican algunos extranjeros con demasiada ligereza, está fundada mayormente en estos principios de Economía Política.
a dije que *consumo público* es el que se hace por los gobiernos; (1) i ahora debo añadir, que siendo presidido por la verdadera economía no puede haber otro más necesario i útil. Si cada hombre quisiera procurarse por sí solo los inmensos bienes que recibe de la sociedad, sería desde luego impracticable, porque no es lícito suponer que el individuo aislado reuniese la fuerza, la inteligencia i las demás cualidades del cuerpo político, en igual proporción que este; pero además, gastaría incomparablemente mayor parte de su rique-

(1) «Gastos públicos de las naciones son los que ocasionan las clases que se ocupan en su servicio; i los que se invierten en el de las fuentes de la prosperidad nacional.» (Diccionario de Hacienda.)
za, que la exigida por el gobierno en cam-
bio de tales beneficios. Así como se sacrifi-
ca un tanto de libertad absoluta para con-
seguir la civil; así también es indispensa-
ble desprenderse de algunos productos de
la industria por asegurar el resto. (1) De
aquí se sigue que este consumo, bien
dirijido, no es de naturaleza improductiva,
como suponen los que sostienen que «la to-
talidad de los gastos públicos debe colo-
carse en la clase de los llamados estériles»;
cuya proposición del conde Destut-Tracy
critica Mr. Droz, con sobrada justicia.
«Un gobierno, dice, es con frecuencia pro-
ductor de riqueza: construye caminos, ca-
nales, puertos de mar, edificios públicos,
monumentos etc. Con tal que haga pruden-
te uso de la renta pública, si no produce,
ayuda a producir. Paga a los administrado-
res, a los jueces, profesores etc. cuyos fun-
cionarios dan productos inmateriales, en

(1) La defensa de la libertad y propiedad de
los individuos que componen un Estado, pide el
sacrificio de una parte de esta misma libertad y
propiedad.» (D. Francisco Cabarrus).
cambio de sus emolumentos, pues hacen reinar la paz, difunden la moral y las ciencias, y estos bienes ejercen un feliz influjo en el desarrollo de la industria.» El señor Florez Estrada considera también como productivos algunos consumos públicos, que directa o indirectamente crean un valor mayor que el destruido. «Pero si la autoridad distribuye los arbitrios en recompensar a sus servidores; si el despilfarro sigue a los trabajos, i a los abastecimientos; se engañan los que llaman estériles a semejantes gastos: son más bien destructivos (1)

Los objetos del consumo público, según Smith, pueden reducirse a cuatro:
1.° La defensa del Estado.
2.° La administración de justicia.
3.° Las obras i establecimientos públicos. (2)

(1) Mr. Droz.
(2) Este artículo se subdivide en otros dos:
1.° Las obras i establecimientos públicos para facilitar el comercio.
2.° Los establecimientos de instrucción pública.
4.° El decoro i dignidad del gobierno. (1)

Para todas estas atenciones es indispensable que los gobiernos cuenten con arbitrios, proporcionados a ellas mismas i a la riqueza del pais; i estos recursos constituyen la renta pública, que según Bourbon Leblanc, es «el producto de los bienes del Estado i de las contribuciones.» Por bienes del Estado entiende dicho autor: 1.° los

(1) El marques de Valle Santoro hace la siguiente clasificacion de los principales objetos a que pueden destinarse las rentas públicas:

1.° El decoro del gobierno.

2.° La defensa exterior, i la tranquilidad interior del Estado.

3.° La representacion del Estado en las naciones estranjeras.

4.° La Majistratura.

5.° La instruccion pública.

6.° La beneficencia.

7.° Las obras públicas; 1.° de necesidad; 2.° de utilidad, i 3.° de adorno.

Pueden aumentarse a esta relacion otros objetos, v. gr. la higiene pública; pero el ocuparse detenidamente de esta materia es mas propio de la Administracion que de la Economía Política.
raíces, como terrenos y edificios públicos: 2.° las rentas eventuales, como las de minas, bosques y pesca; y 3.° los derechos de privilegio, como el de sucesión del fisco en los casos que las leyes determinan, acuñación de la moneda etc. De las contribuciones hablaré en la lección inmediata.

La parte de la Economía Política que da reglas para fijar los gastos públicos de las naciones, i para sacar de la riqueza la cantidad necesaria, para su pago; asegurando su exacto cobro i aplicación a los objetos a que se destina, es la ciencia de Hacienda. (1)

(1) D. José Canga Argüelles. — Bourbon Leblanc dice, así mismo, que la ciencia de Hacienda consiste en saber asignar, percibir i distribuir las rentas públicas de un modo ventajoso al gobierno i a la nación; y añade, que el orden en las rentas de un estado es el principio i la condición esencial de toda economía; i la verdadera fuente de la felicidad pública.
n jeneral se llama contribución a la cuota o cantidad que paga cada uno para algún fin (1); pero aplicada esta voz a la Economía, significa el tributo, que se impone para atender a las necesidades del Estado. (2) Estas necesidades son, según Filanjieri, la medida de las contribuciones; mas el mismo escritor dice, que «las facultades de cada individuo deben decidir de la parte que le ha de caber en la contribución pública.»

Si el impuesto fuera considerado por los particulares como un equivalente de la protección que dispensa el gobierno a sus per-

(1) Diccionario de la lengua castellana por la Academia.
(2) Diccionario de legislación i jurisprudencia por Escriche.
sonas i a sus propiedades, no podrian me-
nos de reconocer como justo el que todos lo
sufran, en proporción de las ventajas que la
sociedad les garantiza i de los gastos que
hace para ellos. Esta última idea de Mr.
Sismondi sirve de fundamento a su doctri-
na de que será bien empleada la suma de
das contribuciones si por una parte, todo
lo que se toma á nombre de los goces socia-
les, es realmente consagrado a ellos, i no
da satisfacer o lisonjear las pasiones de los
gobernantes; i si por otra, aquellos a quie-
nes se trata de asegurar estos goces, se ha-
llan en situación de comprarlos con sus
rentas. De aquí se sigue que la medida de
los impuestos deben ser las necesidades del
Estado reguladas por la riqueza jeneral del
país (1); pues así como sería indiscreto un

(1) Montesquieu dice que para determinar
bien las contribuciones hai que atender a las ne-
cesidades del Estado i a las de los ciudadanos,
pues no se deben tomar de lo que el pueblo ha
menester para sus necesidades reales a fin de sa-
tisfacer las imaginarias del Estado. Y añade que
tampoco han de medirse los tributos por lo que
el pueblo puede dar sino por lo que debe dar.
(Espíritu de las leyes.)
padre de familia, que teniendo una media-
na fortuna, quisiese alternar en sus gastos
con los mas acomodados; asi tambien lo se-
ria un gobierno, que puesto al frente de
una nacion trasada, se obstinase en man-
tener un lujo impropio i ruinoso, por com-
petir con las mas prosperas i opulentas. (1)
Y respecto a la distribucion de los impues-
tos entre los ciudadanos, preciso es que sea
proporcionada como dice el señor marques
de Valle Santoro, a las rentas que cada
una disfruta en la sociedad; porque siendo
para gastos comunes de la misma, es claro
que cada cual debe contribuir para aquella
parte de consumo que causa.

(1) «Colocados en uno de los terrenos mas
fertiles de la Europa, (decia en 1783 D. Francis-
co Cabarrus hablando de los espanoles) i en me-
dio de los dos mares; favorecidos por la variedad
i riqueza de los productos naturales, no podemos
con todo, pagar la mitad de las contribuciones
que paga la Inglaterra, inferior en poblacion, en
estension i calidad del terreno. ¿En qué consiste
esta diferencia? En la superioridad de industria
que tiene.» (Memoria presentada a Cárlos III
sobre la extincion de la deuda i arreglo de con-
tribuciones.)
Piensan algunos economistas, y Sismondi entre ellos, que es justo el que contribuyan los ricos, no solo en proporción de su fortuna, sino aun con cierto recargo para sostener el orden civil, que les produce mucha más utilidad que a los pobres; así como es también equitativo tomar de su riqueza superflua antes que de la necesaria de otros. Esta opinión tiene un gravísimo inconveniente; cual es, que se desalentaría el hombre industrioso si se le castigase por serlo, cargándole más parte de la contribución; al paso que se recompensaría, disminuyendo el impuesto, la pereza del indolente e desaplicado; y así vemos en la práctica que no se admite este sistema de proporción individual, prefiriéndose, por lo común, el otro de proporción general.

Adam Smith establece cuatro máximas, que según sus mismas expresiones, se refieren a todos los tributos en general: (1)

(1) El conde de Cabarrus y Mr. Bonnin presentan asimismo, ciertas máximas generales con igual objeto. «La medida de las imposiciones, dice el primero por las necesidades: la igualdad
1.ª Los súbditos de cualquier Estado deben contribuir para sostener las cargas públicas, a proporción de sus respectivas facultades en cuanto sea posible esta regulación; es decir, proporcionalmente a las rentas o haberes de que gozan bajo la protección del gobierno. (1)

proporcional de su distribución, i la sencillez de su percepción, son los cánones fundamentales de esta ciencia." (La de Hacienda).

«Tres cosas, dice el segundo, son las que establecen la relación entre la contribución i la propiedad; 1.ª que solo se imponga lo estrictamente necesario para atender a las urjencias de la comunidad; 2.ª que la imposición no compren da sino las cosas que por su naturaleza puedan sufrirla: 3.ª que el método de su esacción no sea un nuevo gravámen para los ciudadanos.»

(1) El señor Florez Estrada dice: que «para que una contribución sea impuesta con igualdad es necesario que el valor de las diferentes especies de rentas sea considerado bajo dos relaciones; 1.ª suma anual de la renta; 2.ª inalterabilidad i seguridad de la renta.» Con efecto, si no debe gravarse nunca el capital, i si sólo las rentas, fuerza es tener presente, que una de diez mil reales invariable i fija, vale más que otra de quince mil espuesta continuamente a oscilacio-
2.ª El tributo, que cada individuo está obligado a pagar, debe ser cierto, determinado y de ningún modo arbitrario. El tiempo, el modo y la cantidad del pago, todo ha de estar claro e intelijible para el contribuyente y para cualquiera otra persona.

3.ª Todo impuesto debe exigirse en el tiempo y del modo que sea más cómodo para el contribuyente.

4.ª Toda contribución debe arreglarse de manera que la diferencia que haya de lo pagado por el particular a lo recibido por el Estado, sea la menor posible.

nes i vicisitudes. También aconseja el mismo autor que no se regule la suma del impuesto por la cantidad de los productos de que priva al contribuyente, sino por su valor. «Si de dos labradores, dice, que emplean igual capital y trabajo, el uno produce cien fanegas de trigo, y el otro cincuenta de arroz, y el primero paga las contribuciones con el importe de quince fanegas, y el segundo con el de diez, la contribución pagada por el cosechero de trigo, será más liger que la pagada por el cosechero de arroz, á pesar de que el primero se desprenda de mayor volumen de productos.»
Sobre la primera de estas máximas nada se puede añadir a lo anteriormente manifestado, sino que la limitación de su doctrina a la posibilidad de regular con exactitud las utilidades de cada contribuyente, es muy juiciosa; porque no en todos los casos hai términos hábiles de hacerlo con la precisión que sería de apetecer, según veremos en la lección que sigue.

La segunda regla excluye la peligrosa arbitrariedad, tan funesta en todas ocasiones y mayormente en el sistema tributario. A veces los impuestos no son tan odiosos por el sacrificio que exigen, como por las vejaciones que producen.

La más desatendida generalmente es la máxima tercera, i su violación causa males considerables. De pagar un impuesto en abril, a tenerlo que satisfacer en agosto; i de abonarlo en frutos, a entregarlo en dinero, va una diferencia tan grande, que puede ser motivo de la ruina de los labradores.

Por último, con respecto a la regla cuarta se deben tener presentes los tres métodos de recaudación conocidos en las naciones a saber;
1.° Por administracion.
2.° Por arrendamiento.
3.° Por encabezamiento.

Por administracion es cuando el gobierno hace recaudar las contribuciones por medio de sus agentes. Por arrendamiento, cuando se confía este cuidado a uno o más asentistas, que han satisfecho al gobierno un tanto por las rentas. Por encabezamiento es cuando los pueblos se encabezan en cierta suma determinada que abonan al Estado; y ellos quedan en libertad de repartirla entre sus vecinos. Cada uno de los dos métodos primeros tiene sus ventajas e inconvenientes, como también sus apolojistas y opositores. El dictámen de Dumont es bastante acertado cuando dice(1): «sobre cual de estos dos sistemas deba ser preferido, no puede haber jamás reglas generales, que sean decisivas, porque se necesita saber de qué ramos se trata y de qué servicio particular; pues que puede ser tal que se ejecute mejor por arriendo; o tal que sea mejor adminis-

---

(1) Teoría de las penas y de las recompensas, obra sacada de los manuscritos de Bentham.
El señor Florez Estrada es de la misma opinión, y da varias reglas para conocer cuando se ha de seguir uno u otro sistema. «Cuando una contribución, dice, está bien determinada, la suma exactamente reconocida y los arrendatarios, para nada tienen que mezclarse en los negocios particulares del contribuyente, ni están autorizados para hacer, como en otro tiempo hacían, modificación alguna en el impuesto; entonces la contribución, por la economía que en la recaudación resulta, puede ser arrendada con ventaja de la sociedad. Si la recaudación de un impuesto da lugar al examen minucioso de las estipulaciones particulares de los contribuyentes, entonces debe hacerse por el método administrativo, porque aun cuando verosímilmente producirá menos que si fuera arrendada, no será tan vejatoria.

El sistema de encabezamiento es el más natural y sencillo, y está espuesto a menos inconvenientes que los otros, adoptándose ciertas precauciones políticas y administrativas, que no son de mi objeto.
i pudiera establecerse una sola contribución proporcionada a la fortuna de cada individuo, sería muy fácil este método, y se conciliarian exactamente las necesidades del Estado con las de los particulares. Mas la imposibilidad de repartir con acierto este único tributo, porque no hai términos hábiles de averiguar en muchos casos la riqueza de los contribuyentes (pesquisa siempre odiosa) i se tiene que recurrir á sus propias declaraciones, que son, por lo común, falsas; ha hecho que se renuncie a tan equitativo sistema, considerándolo como una teoría impracticable. Siendo, pues, forzoso admitir la variedad de impuestos, debemos clasificarlos para facilitar su estudio.

La principal division de las contribucio-
nes es en dos clases. (1)

1.ª Directas. (2)
2.ª Indirectas.

Contribuciones directas son las que se imponen sobre la riqueza del contribuyente sin atender mas que á su posesion. (3)

(1) Pueden además dividirse en jenerales i particulares; ordinarias i extraordinarias. Las jenerales son aquellas que se imponen a todos los súbditos, que disfrutan de la renta gravada. Particulares las que se imponen a los vecinos de algún pueblo, sin estenderlas a los demas súbditos. Ordinarias son las que se exijen en circuns- tancias normales. Estraordinarias, las que se exijen por alguna circunstancia especial, como una guerra, la necesidad de hacer una obra gran- de etc.

(2) Los phisiócratas, no reconociendo mas fuente de riqueza que la tierra cultivada, decían ser contribuciones directas, las que gravaban su renta inmediatamente; i llamaban indirectas, a todas las demas.

(3) Mr. Belmondi define las contribuciones directas, las que se perciben anualmente en vir- tud de listas nominales. Bourbon Leblanc dice que directas son las que recaen solamente sobre individuos, cuyas facultades son conocidas; e indirectas las que pesan sobre objetos de consumo, sin consideración a las personas a quienes puedan pertenecer.
Indirectas son las que se imponen sobre la riqueza del contribuyente atendiendo a sus consumos.

El siguiente cuadro manifiesta las ventajas e inconvenientes de cada una de estas dos clases de contribuciones.

DIRECTAS:

<table>
<thead>
<tr>
<th>VENTAJAS</th>
<th>INCONVENIENTES</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1ª Que pueden proporcionarse a las facultades de cada contribuyente.</td>
<td>1º Que se hacen sensibles al contribuyente, y las paga tal vez en el tiempo más o menos oportunos.</td>
</tr>
<tr>
<td>2ª Que se sabe con exactitud la cuota que a cada uno corresponde.</td>
<td>2º Que obligan a descubrir el estado de las fortunas.</td>
</tr>
<tr>
<td>3ª Que la recaudación es fácil y poco dispensiosa.</td>
<td>3º Que es difícil distribuirlas con acierto.</td>
</tr>
</tbody>
</table>
INDIRECTAS.

VENTAJAS.

1.ª Que no se hacen, por lo regular, sensibles al contribuyente.

2.ª Que se pagan en el tiempo y modo más oportunos.

3.ª Que no se necesita indagar la riqueza que posee cada individuo.

INCONVENIENTES.

1.º Que no guardan proporción con las facultades del contribuyente.

2.º Que son dispéndiosas en su recaudación.

3.º Que causan al contribuyente gran de pérdida de tiempo, y muchas vejaciones.

4.º Que crean las dos clases de contrabandistas y agentes del fisco, perjudiciales a la sociedad.

ESPLICACION.

Contribuciones directas. Ventajas. 1.ª Que pueden proporcionarse a las facultades
de cada contribuyente. Cuando la base ha de ser la riqueza que cada uno posea; o por mejor decir, la renta que disfrute, nada más a propósito para observar la exacta proporción, que tanto se recomienda en el sistema tributario. El que tuviese mil duros de renta, pagará doble contribución que otro que solo disfrute quinientos; i no se dará el escándalo de que los tributos se recarguen sobre las clases más pobres, aliviando a las más ricas. 2.ª Que se sabe con exactitud la cuota que a cada uno corresponde. Ya dije, comentando la segunda máxima de Adam Smith, que la arbitrariedad en los impuestos es la más funesta de todas; i que para evitarla, exige con razón aquel filósofo, que cada contribuyente sepa con la mayor claridad la parte que le toca satisfacer. Ahora debo añadir, que las contribuciones directas facilitan la observancia de tan justo principio, pues asignadas nominalemente como espresa Mr. Belmondi, es probable no ignorar la que pertenece a este o aquel sujeto. 3.ª Que la recaudación es fácil i poco dispensiosa. Una vez repartidas, las contribuciones directas, es muy sencillo su cobro; pues basta exijirlas de los contribu-
yentes, con arreglo a la distribución practicada; i para esto se necesitan muchos menos empleados, que los invertidos en la recaudación de las indirectas. Inconvenientes. 1.° Que se hacen sensibles al contribuyente. Todos los economistas están conformes en que el impuesto es un mal, por su misma naturaleza i aun prescindiendo de sus abusos: de modo, que no puede estrañarse que cueste alguna repugnancia el sufrir esta necesaria violación de la propiedad; i mientras el tributo se exija mas directamente, mayor será esta misma repugnancia. Decid a un hombre que cuando compre tabaco ha de contribuir con cierta cuota para los gastos públicos, i veréis que su disgusto es menor que si vais a exigirle la patente que debe pagar. 2.° Que obligan a descubrir el estado de las fortunas. Toda inspección sobre la riqueza privada, es funesta i odiosa; pero a veces lo es tanto, que causa la ruina del productor. Si en las listas nominales ha de resultar el estado de la fortuna de cada contribuyente, será un alarde que perjudicará en estremo a los que tengan interés en disimularlo, como sucede a los comerciantes, porque según el señor Florez Estrada, ne-
existían exajerar sus capitales para gozar del crédito que les conviene; y no pueden prosperar sin guardar cierta reserva en sus negocios. 3.° Que es difícil distribuirlas con acierto. Para repartir las contribuciones directas es preciso saber las utilidades de cada contribuyente; y esto es impracticable en muchos casos, como cuando se trata de un capitalista que tiene puestos en circulación sus fondos, bien a réditos, bien invertidos en especulaciones. Por lo jeneral se siguen dos sistemas para dicha investigación; ya tasando las rentas por medio de peritos de cada clase; ya exigiendo, a imitación de ciertas repúblicas, una relación jurada que presta el mismo contribuyente. Pero cualquiera de estos métodos que se observe, nunca es fácil distribuir con acierto estas contribuciones, por falta de datos fijos e seguros.

Contribuciones indirectas. Ventajas. 1.° Que no se hacen, por lo regular, sensibles al contribuyente. Para conseguir este beneficio se necesita que el recargo impuesto a los géneros no sea crecido; a fin de que, confundiéndose con el precio, no se advierta el tanto que se paga por su valor, i el que
se satisface por la contribución. 2.ª Que se pagan en el tiempo y modo más oportunos. Esta regla admite alguna limitación; pero si el impuesto es ligero y no grava o grava muy poco, los artículos de primera necesidad, puede generalmente asegurarse que el comprador cuando da el precio, lo confundirá con él una parte de la contribución, paga esta cómodamente sin sacrificio alguno. 3.ª Que no se necesita indagar la riqueza de cada ciudadano. Claro es que no tomando por base lo que cada uno posea, sino lo que consume, no hace falta la odiosa investigación de la riqueza individual; investigación siempre vejatoria y de fatales resultados. Inconvenientes. 1.º Que no guardan proporción con las facultades de cada contribuyente. En las contribuciones directas he notado, como primera ventaja, la exactitud con que pueden acomodarse en su distribución a las rentas del individuo. Las indirectas carecen de tan precisa cualidad, porque no se atiende a las utilidades que se reportan, y si a los consumos que se hacen; y aunque a veces se puede calcular que más gasta quien es más rico, no es esta vaga presunción en axioma seguro; pues por
lo general, más consume quien más necesidades tiene que satisfacer. El obrero que compra el pan para seis hijos paga triple por la contribución indirecta cargada sobre el trigo e la sal, que el capitalista que solo cuenta dos hijos. Por eso ha de cuidarse que los géneros gravados sean los de lujo, antes que los de necesidad. 2.° Que son dispendiosas en su recaudación. A primera vista se conoce que un sistema de impuestos tan complicado, que sigue a los productos en todas direcciones pararecargarlos en las costas i fronteras, en las puertas de los pueblos i hasta en el despacho de los comerciantes, ha de ser en estremo costoso; y por via de ejemplo se puede citar lo que decía de España en 1783 don Francisco Cabarrús: «hai renta, como la del aguardiente, cuya mitad se consume en empleados i oficinas.» 3.° Que causan al contribuyente grande pérdida de tiempo i muchas vejaciones. Cualquiera que haya viajado por un país en que estuviera establecido el sistema de aduanas, recordará con disgusto los entorpecimientos, que ha encontrado, i las vejaciones, que ha sufrido en las puertas de cada pueblo; lo mismo sucede en otras muchas ocasiones; i es-
te mal es inseparable de los impuestos indirectos. 4.° Que crean las dos clases de contrabandistas y agentes del fisco, perjudiciales a la sociedad. Para percibir lo funestas que son estas dos clases, robadas a la industria, no hay más que hacerse cargo de que la una trata de cometer, y la otra de perseguir, un delito, que según Muratori, no debe ser considerado como tal; porque «no es una acción mala por su naturaleza, y sí por estar prohibida.» Los dos medios que hay para evitar o disminuir el contrabando son alejar la tentación con la baja de derechos recargados a los productos; y hacerlo difícil por la vigilancia de los agentes del fisco. El primer sistema produjo siempre mejores resultados, y será el menos odioso mientras subsistan las restricciones mercantiles.
Lección VIII.

De las contribuciones directas.

Aplicadas ya las dos clases de contribuciones, resta examinar las especies principales (1) de cada una; y siguiendo el orden observado en la lección anterior, voy a empezar por las directas reduciéndolas a nueve.

(1) Digo especies principales porque sería imposible fijar todas las conocidas y las que resultan de sus combinaciones: así es que cada escritor las clasifica a su modo con más o menos exactitud. El marqués de Valle Santoro las reduce a tres directas (el catastro o sus equivalentes, la imposición sobre los capitales, y las que se exijen a los que ejercen alguna industria) y cuatro indirectas (las de aduanas, la de puertas, las que se cobran en las tiendas y los estancos de sal, pólvora y tabaco). El conde Destut Tracy, sin distinguir las directas de las indirectas, fija seis especies principales a saber: 1.ª la contribución sobre las tier-
1.ª Contribución sobre las tierras.
2.ª Contribución sobre la renta de las minas.
3.ª Contribución sobre los edificios.
4.ª Contribución sobre las utilidades del capital.
5.ª Contribución sobre las recompensas del trabajo.
6.ª Contribución sobre los cambios de la propiedad.
7.ª Contribución sobre las herencias.
8.ª Contribución sobre las monedas.
9.ª Contribución sobre la riqueza superflua.

Contribución sobre las tierras es la que se impone gravando sus rendimientos y fundada en una de estas cinco bases:

1.ª La extensión del terreno.

ras: 2.ª sobre los alquileres de las casas; 3.ª sobre las rentas que paga el Estado; 4.ª sobre las personas; 5.ª sobre actos civiles y transacciones sociales; 6.ª sobre géneros de comercio: Otros autores ejecutan este trabajo por el mismo concepto e particularmente Bourbon Leblanc, presenta once clases de impuestos, algunas mañotables; que no cito por no desviarme demasiado de mi plan.
2.º El producto total.
3.º El producto neto.
4.º Las utilidades del capital empleado en la agricultura.
5.º La renta de la tierra.

Cuando no se atiende más que a la extensión del terreno, sin consideración a su calidad, capital invertido en él y productos que rinde, se comete un error gravísimo, porque se infrinje la máxima de repartir las contribuciones con arreglo a las facultades de cada ciudadano. Así es que podrá imponerse igual suma al que posea cien aranzadas de primera clase, que al que posee otras ciento de la clase tercera. Si se calcula el producto total sin rebaja de los gastos de producción, también se incurre en otro inconveniente, cual es el de gravar los capitales, que siempre deben quedar intactos, imponiéndose las contribuciones nada más que sobre las rentas, si no se quiere destruir la riqueza pública. El diezmo establecido por lo común sobre dicha base (1) ha sido siempre criticado; i tal vez

(1) El diezmo, según el señor Florez Estrada, es una contribución territorial, que grava el
abolido por esta razón. Cuando se carga la contribución sobre el producto neto se aproxima bastante a su fin; mas todavía es susceptible de reforma; pues a veces, fundada en esta base, puede afectar no solo al propietario sino al capitalista i al consumidor. (1) La base cuarta es insegura, porque varía según que todos los capitales estén gra-

 producto total de la agricultura en la décima parte, i que regularmente es percibida sin que el productor haya tomado posesión de la riqueza impuesta. Esta última circunstancia es muy ventajosa, pues que se verifica el cobro en el modo i tiempo mas oportunos; i el diezmo pudiera ser la contribución mas natural i compatible con los progresos de la sociedad, como el mismo autor dice, si se dejasen esentas las tierras que no dan renta, porque solo rinden para cubrir los gastos de producción; i fuese impuesto, no en razón del producto total, sino del producto líquido.

(1) El primer resultado tiene lugar cuando la contribución es impuesta sobre todos los capitalistas de los diferentes ramos de la industria; el segundo, cuando la contribución se limita al producto neto de la industria agrícola, sin estenderse al de los demás ramos de la producción. (Florez Estrada.)
vados con un impuesto igual; o que sea ma-
yor o menor el de los agrícolas; i también
según que se apliquen a tierras de primera,
segunda i tercera clase. La contribución terri-
torial calculada sobre la verdadera renta
de la tierra es la que llena su objeto de
gravar únicamente al propietario.

Contribución sobre el producto de las mi-
nas es la que se impone atendiendo á las
ganancias que resultan de su esplotación.
Generalmente se cobra por derecho de su-
perficie, reputándose la nación como pro-
prietaria del terreno; pero sería mas justo
gravar únicamente las utilidades, que no
son demasiado difíciles de calcular, sepa-
rándolas de los gastos; i así el impuesto no
recaería sobre los que benefician minas im-
productivas, que lejos de rendir ganancias
pueden arruinar a los empresarios.

Contribución sobre los edificios es la que
se impone considerando principalmente las
utilidades del capital inmoviliario invertido
en su construcción; pues el solar es de po-
ca importancia en este caso. No se debe
confundir dicho impuesto con el de puertas
i ventanas i otros semejantes, que no afec-
tan al propietario sino al inquilino; i pare-
cen más bien contribuciones sobre la riqueza superflua, porque se supone que será más rico el que ocupa una mejor habitación.

Contribución sobre las utilidades del capital. Esta es difícil de imponer, porque no siempre hay medio de averiguar las ganancias de los capitalistas, y a veces no es posible distinguir lo que es renta de la tierra o alquiler del edificio, lo que es recompensa del trabajo, y lo que sea utilidad del capital. (1) Un labrador cultiva con sus fondos una tierra propia mejorada por su industria y riqueza; ¿quién apreciará con exactitud la parte de productos, que obtiene por cada uno de estos diferentes conceptos? Veáse aquí la insuficiencia del sistema, y la razón de tener que suplir unos impuestos por otros, alternando los directos y los indirectos. La contribución de que ahora trato puede recaer sobre todos los capitalistas, o

(1) No se debe confundir esta con el rédito del capital, que puede ser más fácilmente averiguado que aquella. Los capitalistas no siempre dan sus fondos a rédito; suelen por sí mismos emplearlos; y este es el caso de que se habla.
sobre los de cierto ramo. En el primer caso, la sufre ellos mismos, porque no tienen la proporción de trasladar sus capitales con ventaja a otra empresa, ni darles otro destino en el cual se libren del impuesto. En el segundo caso la descargan sobre los consumidores, porque huyendo de la especie de industria recargada para buscar otra esenta, dejan a las que continúan en aptitud de subir sus utilidades y encarecer los productos, para resarcirse de la contribución.

LECCIÓN 11.

Continuación de la anterior.

a contribución sobre las recompensas del trabajo, comprende la que se exige a los que ejercen cualquiera profesion o destino, de la propia manera que a los obreros que cobran un salario más o menos crecido. El profesor de alguna ciencia, médico, abogado etc., como que obtiene una ganancia por su trabajo de cabeza, prescindiendo del
capital invertido en su educación, puede contribuir para las cargas públicas con el tanto que se le fije; pero esta graduación es de las más aventuradas por la falta de datos, teniéndose que acudir a uno de los dos medios aplicados en otra lección; el juicio de peritos, y las relaciones juradas. El empleado que desempeña cualquier destino con renta del gobierno es el que menos proporción tiene de ocultarla; mas a la verdad, es una especie de círculo vicioso el que los contribuyentes paguen para los empleados, i estos, como tales, también sean contribuyentes. ¿Cuánto más fácil sería que el funcionario público, que goza v. gr. veinte i cuatro mil reales al año i deja por el impuesto dos mil, no tuviera más que veinte i dos mil, i lo restante no se exijiese del pueblo, economizándose los gastos de recaudación i los otros males que acompañan á todo tributo! El obrero (1) contribuye por su parte cuando se grava su salario, mas o menos crecido; pero debe tenerse

(1) Véase lo que se dijo en la segunda parte, lección tercera.
presente que si consiste solo en lo necesa-
rio como regularmente sucede por desgra-
cia, tocaría en lo imposible que lo pagara
el trabajador, porque si ha de haber obre-
ros es fuerza que tengan para subsistir; y por
consecuente no pudiendo concebirse em-
presa alguna industrial que no requiera tra-
bajo, resultaría que la contribución sería
pagada por los empresarios, recayendo so-
bre las utilidades del capital. Esto es, sien-
do jeneral el impuesto sobre el salario, que
si solo afectase a cierto ramo de industria,
desertarían de él los productores, ocupán-
dose en otro menos recargado.

La contribución sobre los cambios de la
propiedad, conocida entre nosotros con el
nombre de alcabala (1) es la que se cobra

(1) Esta palabra viene por corrupción según
algunos, de la expresión al que vala, esto es al-
go que valga; según otros es un nombre tomado
de los moros; i no faltan quienes opinan que se
deriva del verbo hebreo caval que significa reci-
bir el cual junto con el artículo al vino a compo-
nerse la palabra alcabala. ¿No es quizá más pro-
bable que viene de la voz latina gabella pues que
con ella se conocía ya entre los romanos el im-
puesto sobre las ventas? (Diccionario de lejisla-
ción i jurisprudencia.)
sobre el valor de todas las cosas muebles, inmuebles y semovientes que se venden o permutan: (1) Es mui gravosa, porque según el dicho del señor Jovellanos «sorprende los productos desde el momento en que nacen, los persigue y muerde en toda su circulación, sin perderlos jamás de vista, ni soltar su presa hasta el último instante del consumo.» Ya se conoce cuanto perjudica este impuesto a la circulación de la riqueza y a cuantos fraudes da lugar su cobranza por parte de los agentes del fisco, sin embargo de que a veces no se toque mui de cerca este mal por haberse adoptado el método de encabezamiento. Además tiene el gravísimo inconveniente de recaer sobre los capitales y no sobre las rentas; pues cuando se vende p. ej. una casa, se cobra de su precio sin consideración a sus utilidades; y por otra parte, lo más común es pagarla los vendedores, cuando lejos de aumentar su riqueza la disminuyen, privándose de su propiedad, razón por la cual dice Bentham que este tributo es una multa que

(1) Diccionario de Hacienda.
se les exige por ser desgraciados.

La contribución sobre las herencias es la que se exige a los herederos por la sucesión en todo o parte de los bienes de alguno. Recae sobre el capital, y ataca directamente esta esencial circunstancia de la producción; pero tiene la ventaja de que se cobra en el tiempo más oportuno, cual es el de adquirir el contribuyente una riqueza tal vez inesperada. Si el impuesto se limitase a las cosas inmuebles; si se declararan libres las herencias en la línea recta; y si la recaudación fuese en plazos, para dar tiempo a que los bienes heredados rindiesen productos, con los cuales se pudiera pagar, sería esta contribución una de las menos odiosas.

La contribución sobre las monedas, que se conoce con el nombre de Señoreaje, es la que se exige por la regalía de acuñarla, y consiste en un tanto por ciento, separado de los gastos de braceaje. «El efecto de esta contribución, dice Mill, es evidente cuando no hai sino moneda metálica en circulación; nadie llevará metales a amonedar a no ser que el metal contenido en la moneda tenga de mas valor que el metal en
barras, el importe de la contribución, cuan-
dos menos. Esta contribución tiene la pro-
piedad particular de no recaer sobre nadie:
no recae sobre el sujeto que lleva metal
para acuñar, porque no lo hace, sino cuan-
do las monedas que recibe en cambio tienen
un valor igual (ó mayor) al del metal i al
importe de la contribución, reunidos: tam-
poco recae sobre las personas a quienes se
dan las monedas como instrumento de cam-
bio, porque para estas tienen el mismo va-
lor que si contuvieran todo el metal por el
cual pudieran permutarse. De consiguiente
esta es una contribución que debería llevar-
se siempre hasta el punto que su límite par-
ticular puede permitirlo; este límite es el
caso en que la contribución ha disminuido
bastante el valor efectivo de la moneda, pa-
ra fomentar la fabricación clandestina.» (1)

Si por la analogía que tienen los billetes
con la moneda en cuanto a ser medios que
facilitan los cambios, pudiera deducirse que
son susceptibles de sufrir un impuesto se-
mejante al que dejo explicado, se incurría

(1) Véase la lección 5.a de la 3.a parte.
en un olvido de la naturaleza especial de la moneda de papel, que no teniendo valor por sí, lo tiene únicamente nominal.

«Las rentas de los créditos contra el Estado, advierte Mr. Droz, son bien conocidas; pero la equidad no permite gravarlas. Si abriendo un empréstito al cinco por ciento, se anunciara que la renta seria gravada con el impuesto de un quinto, valdria tanto como cerrar el empréstito al cuatro. Si después de haberlo celebrado sin condición, se exijiese el impuesto, seria hacer banca rota parcial, por tanto como importara la contribución que se repartiese.»

Contribución sobre la riqueza superflua puede llamarse la que se exije bajo cualquier pretesto a los que se supone que hacen gastos improductivos en objetos de lujo y ostentación. El señor Florez Estrada dice, que debería imponerse sobre los coches, caballos, perros y criados de lujo, pues «recaería sobre la riqueza destinada a consumos superfluos, y sobre las clases más ricas.» Es difícil a la verdad distinguir donde concluye lo necesario, y empieza lo superfluo de cada uno; pero esta objeción es de poca fuerza, porque no debe olvidarse que en
materias de impuestos hai que escojer lo menos malo, ya que no haya ninguno que carezca de inconvenientes.

LECCION X.

De las contribuciones indirectas.

decayendo las contribuciones indirectas sobre los consumos, es poco menos que imposible señalar cada una de las que se han inventado para encubrir el sacrificio de los contribuyentes, por medio de injeniosas combinaciones. Así pues, me parece oportuno considerarlas divididas en tres clases generales, para luego citar, por via de ejemplos sus mas notables especies.

1.ª clase. Contribuciones, que se imponen sobre los consumos de artículos indispensables.

2.ª Contribuciones que se imponen sobre los consumos de artículos que no son de primera necesidad.

3.ª Contribuciones que se imponen sobre los consumos de artículos, que si no son
de primera necesidad, son a veces indispen-
sables.

Las contribuciones que se imponen sobre 
los consumos de artículos indispensables, 
son funestísimas, pues atacan a la subsis-
tencia de aquellos productores que no tie-
nen sino lo absolutamente necesario; y así 
es, que no pudiendo, sin peligro de la vida, 
rejimir sus gastos, porque forzoso es que sa-
tisfagan sus necesidades perfectas si han de 
existir, cobran un salario crecido, y el im-
puesto recae sobre los directores de indus-
tria. Por otra parte, tienen la cualidad es-
tas contribuciones de ser impuestas en ra-
zon directa de la pobreza del contribuyen-
te, pues que si un infeliz reune muchos hi-
jos, i por esta causa le conceptuamos mas 
miserable, pagará por lo mismo una cuota 
mayor, mediante lo mucho que consume su 
familia.

Por el contrario, las contribuciones que 
se imponen sobre los consumos de artículos 
que no son de primera necesidad, son las 
mejores entre todas las indirectas, porque 
no afligen ordinariamente a las clases po-
bres, que viven privadas de semejantes ar-
tículos, i solo afectan a los sujetos acomo-
dados. Pero entiéndase que nunca deben ser escasas, pues como dice uno de los más célebres economistas modernos, «la moderación es una cualidad que nunca está demas en los impuestos, y encubre la mayor parte de sus vicios.» El señor Florez Estrada manifiesta que se puede establecer como regla general la siguiente: mientras impuestos altos ofrecen un gran estímulo al hombre vicioso o pobre, que se entrega a un trato ilícito, el gobierno no creará una gran renta pública ni destruirá el contrabando. Los dos extremos, que comprende esta última parte de la proposición, son exactísimos: la experiencia demuestra que siempre han producido más los ramos a proporción que se han rebajado los derechos (porque la baratura de los artículos es causa de que haya mayor consumo); i se sabe también que el medio más conveniente de evitar el contrabando es alejar la tentación, reduciendo las utilidades de los diversos agentes que en él se ocupan. Deben calcularse los derechos en razón directa del valor del artículo gravado, porque si se dijese que los de menos costo pueden sufrirlos mayores sin subir a un precio exorbitante, se usa-
ría de una lógica poco exacta; y el defraudador viendo que la ventaja era considerable, no dudaría en burlar la vigilancia de los agentes del fisco.

Las contribuciones que se imponen sobre los consumos de artículos, que sin ser de primera necesidad, son a veces indispensables, forman una clase media entre las dos esplicadas anteriormente; pues ni son tan funestas como las unas, ni tienen las ventajas de las otras. El impuesto sobre actos civiles, v. gr. el que recae sobre el papel sellado o el de pasaportes, considerados aquí en sus relaciones económicas y nada más, no afectan generalmente a los individuos menos acomodados, los cuales están casi libres de ellos; pero sí a los que se hallan en situaciones poco favorables para contribuir. El que tiene la fatalidad de ser el blanco de una demanda injusta, que le obliga a sostener un litigio ruinoso: el que ha experimentado la desgracia de ser envuelto en un proceso criminal; y el que apremiado por las circunstancias, enajena una finca; no se encuentran ciertamente en disposición de gastar en papel sellado, a cuya compra se les precisa para que satisfagan entonces u-
na parte del impuesto. De igual modo, quien dispone viajar precipitadamente, porque le llama a otro pueblo algún negocio de urjencia i tal vez alguna calamidad; la muerte de un padre, el incendio de una casa de campo etc., tampoco puede abonar cómodamente la contribución del pasaporte que se le exige, i cuya simple obtencion i refrendos le roban un tiempo precioso i le hacen sufrir multiplicadas vejaciones.

Unas veces cobra el gobierno, valiéndose de sus agentes, las contribuciones indirectas; pero sin estorbar la libre producción de los artículos gravados; i otras se constituye en productor exclusivo de ellos, prohibiendo i castigando toda concurrencia.

En el primer caso puede tener el fisco recaudadores especiales para una contribución, como sucede con el papel sellado; o exijir indistintamente los derechos a los varios artículos que circulan en el comercio. Las aduanas sirven para este último método, como lo indica su definicion. «Aduana es la casa u oficina pública destinada para registrar los jéneros i mercaderías que se importan o esportan por mar o por tierra, i cobrar los derechos que adecu-
Considerado este sistema como un recurso fiscal, i prescindiendo de si causa bienes o males a la industria, tiene las desventajas de ser demasiado dispendioso, estar muy expuesto a fraudes i oprimir a los contribuyentes con vejaciones, registros i pérdida de tiempo.

Cuando el gobierno se constituye en productor único de algunos artículos, se dice que los estanca, porque estanco es «el embargo o prohibicion del curso i venta libre de algunas cosas,» (2) i de aquí es el denominarse rentas estancadas a las que provienen de la fabricacion i esclusiva venta en manos del gobierno de ciertos articulos. (3) Este método de exijir las con-

(1) Diccionario de lejislacion i jurisprudencia. En el mismo se dice; «la palabra aduana se deriva, segun algunos, del nombre arabiico divanum, que significa la casa donde se recojen los derechos; de aqui empezó esta a llamarse divana luego duana i por fin acabó en aduana.

(2) Diccionario de lejislacion i jurisprudencia. Según el mismo también se llama estanco el sitio, paraje o casa donde se venden los jéneros o mercaderías que se hallan estancados.

(3) Diccionario de Hacienda.
tribuciones indirectas es un verdadero monopolio, pues el gobierno se declara árbitro para espedir los artículos estancados en la cantidad y al precio que le parecen convenientes.

También monopoliza el gobierno algunas empresas, v. gr. la de correos, a fin de obtener una contribución indirectamente exigida, sirviendo al mismo tiempo a los particulares, que no podían gozar, sin la intervención suya, de un medio tan seguro, breve y barato de comunicación. De suerte que este impuesto presenta la rarísima cualidad de que lejos de pedir un sacrificio al contribuyente, le facilita desde luego un servicio de más valor que la cantidad pagada.
En la lección diez de la tercera parte se manifestó que, en general, el crédito consiste en la confianza que una persona o corporación inspira; y que se puede dividir en activo e pasivo; siendo el primero la facultad de tomar prestado, por la confianza misma que los capitalistas hacen de la persona a quien prestan; y el segundo, la buena reputación del hombre que conduce sus negocios con probidad y acierto, y en virtud de la que hallaría quien le prestase si lo solicitara. Estas nociones son aplicables al crédito público, pues lo propio que se dice del particular se puede referir a la nación; y así como aquel, si su conducta le abona, tendrá crédito activo, que por lo común supone la posesión del pasivo, así también un gobierno económico y prudente hallará sin dificultad quien le ceda sus fondos.
«El crédito, ha dicho en nuestros días Mr. Parnell, es una de las grandes mejoras del mecanismo social, debida a la edad presente y que no conocieron los antiguos;» y a esta profunda observación debe añadirse con el conde de Cabarrus, que el crédito público es el resorte más poderoso de los imperios modernos, sin el cual será conquistado infaliblemente cualquiera de ellos por el vecino que le tenga. Se ve, pues, que se le considera de dos modos; ya como mina inagotable que pueden esplotar las naciones para emprender inmensas mejoras; ya como un recurso extraordinario para casos de urjencia. Bajo este último aspecto es como mejor se le puede caracterizar, porque todas las objeciones que se le hacen quedan contestadas con la leí de la terrible necesidad que a veces obliga a los Estados a improvisar gastos de consideración, los cuales no admitiendo demora, solo se cubren por este medio. En un caso de guerra, por virtud de la táctica recibida, lo que más influye para vencer es la superioridad de recursos; y estos casi nunca se obtendrán sino por empréstitos públicos, lo cual dió márjen al autor últimamente citado para de-
cir que en este siglo calculador ha de vencer forzosamente la nación que tuviera mejor crédito. (1) El abuso quede él puede hacerse, como de cualquier otra institución, jamás será un argumento para demostrar que se le debe proscribir, porque si es cierto que la facilidad de obtener arbitrios ha estimulado alguna vez a empresas políticas desacertadas, culpa será, no del crédito público, sino de los gobiernos que no han sabido aprovecharle; así como el arma de artillería con la cual se le compara, es útilísima, si no puede omitirse al presente, a pesar de los muchos estragos que ocasiona.

Para que un gobierno esté acreditado es preciso que se atemple a las mismas condiciones que un particular, pues no basta que se halle al frente de una opulenta nación, si no es moderado en sus gastos, si no cumple con religiosa exactitud sus promesas. Los que han dicho que en las monarquías no está el Rei obligado a pagar las deudas

(1) Lo decía en 1783; pero su pensamiento no ha dejado de tener oportunidad en nuestro siglo.
de sus antecesores, y para fundamentar esta opinión han traído el ejemplo de los mayorazgos, y otros no menos vergonzosos, han discurrido como leguleyos; pero no como profesores de Economía Política, la cual en este como en otros muchos asuntos es aliada inseparable de la moral. «Aunque conozco, dice el señor Canga Argüelles, toda la fuerza que en sí envuelve la cuestión, que dicho ilustrado y filosófico autor (Mr. Destut Tracy) promueve, de si un gobierno, cualquiera que sea, tendrá derecho de gravar a otros que están todavía por nacer, obligándolos a pagar algún día sus gastos actuales; me estremezco de pensar que pudiera resolverse por la parte negativa, porque sería lo mismo que sancionar la bancarrota mas funesta, burlar las esperanzas de infinitas familias y castigar atrozmente la fidelidad, el respeto y las atenciones de la sumisión, que todo gobierno tiene derecho a exigir. El mismo Tracy descubre bien a las claras estos sentimientos cuando añade, «que el aplicar rigorosamente aquel principio a las deudas de un país donde no exista la lei que declare que no son transmisibles de generación en generación...»
cición (1) y donde se ha estipulado de buena fe con el gobierno, sería querer autorizar la superchería y la perfidia y burlarse de la confianza pública: actos que no pueden ser justos ni útiles.

LECCIÓN XII.

De las deudas públicas.

Deudas públicas, en este lugar, (2) son las que los gobiernos contraen, aprovechando su crédito. Hay autores respetables que hacen con exageración su apología, y dicen que nada tienen de común con las deu-

(1) Esta lei la recomienda el mismo señor Canga Argüelles, proponiendo que no se permita contraer deudas públicas, cuyo plazo esceda de veinte y cinco a treinta años, a fin de que el peso de los empeños desaparezca con la generación que los ha contraído. «Esta idea jenerosa, dice, quizá servirá para sentar sobre nuevas bases el sistema de crédito público.»

(2) Deudas públicas, en su más amplia sig-
das privadas; pero aun cuando sea verdad que se distingan de estas por algunos accidentes, su esencia es igual y raya en delirio la opinión de que conviene al Estado tener muchos acreedores.

Las deudas públicas se contraen por medio de empréstatos, cuya naturaleza está muy bien explicada por el conde de Cabarrús en la siguiente definición: «abrir un empréstito público es pedir paulatinamente a los pueblos el socorro extraordinario que el Estado necesita, pero que no podrían aprontar de una vez.» Ya se observa que este recurso extraordinario solo se debe adoptar cuando sea absolutamente preciso, y no basten los ordinarios, pues la circunstancia de que no podrían aprontar los pueblos lo que se ha menester, es la que justifica este arbitrio, así como la ventaja de pagar paulatinamente es la que legitima los réditos que se suelen estipular, i con los cuales queda gravada la nación hasta verificación, son todas las que el Estado tiene contra sí; ya sea por empréstitos, que se hayan conseguido, ya por falta de pagas a los empleados públicos; ya por cualesquiera otras causas.
ficar el reembolso. Siempre que se trata de abrir un empréstito público, además de la pureza i legalidad que debe haber para no infundir sospechas de fraude, se han de tener presentes varias consideraciones: 1.ª que se fije con toda esactitud i lo más cerca posible, la época del pago (1) 2.ª Que se asignen fondos para ir estinguendo la deuda: 3.ª Que asimismo se proporcionen para satisfacer los réditos: 4.ª Que a medida que se vaya reembolsando el capital, se disminuya el recargo de las contribuciones que se destinó para cubrir los intereses, porque estos no se pagan sino de la suma que se resta.

Los empréstitos públicos pueden ser nacionales o estranjeros, según que los prestamistas sean del mismo país, o de otro extranjero. Cada uno de ellos tiene sus ventajas particulares, i debe ser preferido, según las circunstancias lo aconsejen. Si el rédito que se estipula es mayor que el ordinario

(1) Téngase presente lo que se ha dicho en otra nota sobre fijar un máximo de 25 a 30 años para este objeto.
en toda clase de préstamos, convendrá que el beneficio producido por el esceso, recaiga en un capitalista nacional, a fin de no enriquecer a los extranjeros, con mengua de los naturales; pero si aquel fuese igual o menor que el común, en las demás transacciones de este jénero, acomoda que se tomen con preferencia los capitales estranjeros, para no distraer de su objeto a los que circulan en el país.

Todo empréstito público tiene no pocos inconvenientes que se pueden reducir a esta conclusión jeneral: en las naciones ocurre como en las familias, que una vez acostumbradas a tomar prestado aumentan cada día sus prodigalidades, y con ellas sus empeños, i acaban por la más desastrosa ruina.

Hai varias clases de deudas públicas, que indicaré con brevedad para instrucción de los jóvenes, i son á saber:

1.ª Deudas de libre imposición.
2.ª Deudas de imposición forzosa.
3.ª Deudas con interés.
4.ª Deudas sin interés.
5.ª Deudas perpetuas.
6.ª Deudas con calidad de reintegro.
7.ª Deudas a renta vitalicia.
8.ª Deudas consolidadas.
9.ª Deudas flotantes.

Deudas de libre imposición, se llaman aquellas que se contraen abriendo un empréstito i contratándolo con los capitalistas que quieren tomar parte en esta negociación; o en otro sentido, aquellas en que puede el prestamista enajenar, según guste, su derecho.

Deudas de imposición forzosa se dicen las que se contraen gravando a los capitalistas nacionales con la obligación de pres- tar lo que se les exige, según la distribución hecha entre todos o cierto número de aquellos; o por otro concepto, las en que no puede el prestamista enajenar su dere- cho libremente.

Deudas con interes, se denominan aquellas en que se estipula pagar un rédito; i sin interés cuando no se estipula.

Deudas perpetuas, cuando no se promete el reembolso. Deudas con calidad de rein- tegro, cuando este se ofrece; bien sea en un plazo fijo, bien pagando anualmente u- na parte del principal.

Deudas a renta vitalicia son aquellas en
que la renta se concluye con la muerte del prestamista, por cuya razón, y para indemnizarle de este mal, se estipula un rédito más crecido. (1) Deudas consolidadas son aquellas que se inscriben para seguridad de los acreedores, en el llamado gran libro. Deudas flotantes, las que no se inscriben; y se componen principalmente de la especie de empréstitos que se negocian tomando a principio de año el valor de una o más contribuciones, con algún descuento, para que

(1) «Los réditos anuales vitalicios, dice Adam Smith, se han otorgado según las ocasiones, de dos modos diferentes; o bien sobre vidas separadas, o bien a la suerte de una i otra vida. En este último caso el acreedor que sobrevive a sus consocios disfruta de toda la renta: en Francia se ha conocido semejante método, con el nombre de tontinas tomado de su inventor.» — El señor Canga Argüelles, hablando de las anualidades, dice ser «especie de empréstitos de que se han valido los gobiernos para el socorro de sus urgencias, combinados de un modo que al cabo de cierto tiempo se devuelve el capital a los acreedores i cesa el pago de los réditos; es decir, un préstamo con interés el cual cesa a la muerte del acreedor, dividiendo el capital por partes iguales en un número fijo de años.»
los que hacen este anticipo, perciban su totalidad luego que se recauden.

**LECCION XIII.**

De las cajas de amortización.

A se dijo en otro lugar que las cajas de amortización son unos establecimientos públicos que tienen a su cargo liquidar i clasificar las deudas del Estado, pagar los réditos i extinguir los capitales; i recaudar i administrar los fondos aplicados al objeto. (1)

---

(1) Diccionario de lejislacion i jurisprudencia. El escelentísimo señor don Pio Pita Pizarro está conforme hasta cierto punto con esta definicion cuando espresa (en sus lecciones jenerales de comercio) que las obligaciones de dichas cajas son inscribir en el gran libro todos los créditos reconocidos i liquidados, extinguirlos i pagar sus intereses.— El marques de Valle Santoro distingue las cajas de amortización de las de pago de réditos; i propone que sean absolutamente separadas.
Todo el que toma prestado ha de pensar en satisfacer lo que adeuda a su acreedor y además en pagarles los réditos cuando se estipulen: de otro modo no es posible que haya crédito. Un país que tiene deudas es forzoso que proporcione arbitrios para el reintegro de los capitales i abono de los intereses: mas estando destinados para otras atenciones los productos de los impuestos establecidos, habrá necesidad de aumentarlos en alguna suma i formar un fondo para la extinción de las deudas. Este fondo, al cual llama Smith muerto, debe ser administrado con arreglo a su instituto particular, i véase aquí para lo que sirven las cajas de amortización, de cuyo buen orden suele depender, no poco, el crédito público. Si en lugar de consagrarse estas acumulaciones al objeto para que se destinan, sirven para otros usos i acaso para funestas prodigalidades, claro es que los acreedores del Estado, viendo tal injusticia, le retirarán su confianza i aquel perderá su crédito.

Para que las cajas de amortización produzcan todos los beneficios que de ellas pueden esperarse, deben estar fundadas especialmente sobre las bases que siguen.
1.ª Seguridad en la percepción de los fondos.
2.ª Separación absoluta de la tesorería general.
3.ª Publicidad de todas las operaciones.
4.ª Responsabilidad efectiva de los directores.

Seguridad en la percepción de los fondos. Nada importa que se asignen cuantiosos recursos a las cajas de amortización, si no ingresan en ella; y vale más que sean cortos, a trueque de ser efectivos.

Separación absoluta de la tesorería general. Esta es una base de precaución para impedir que los gobiernos puedan fácilmente distraer de su objeto los fondos amortizados. Por no haber comprendido toda la importancia de esta regla, i al mismo tiempo la facilidad de su aplicación, creyó Smith que semejante mal era inseparable de la institución; i por eso dijo, que «un fondo muerto, aunque sea erijido para el pago de las deudas contraídas, facilita mucho la contracción de otras nuevas; pues aquel es un depósito subsidiario que se tiene a mano para empeñarle i asegurar cualquiera otro que sea algo dudoso, y sobre el
cual se pretenda tomar dinero en una ur-
jencia del Estado.» Constituidas las cajas
con la separación que se debe, no hai peli-
gro, a no ser por un ataque del gobierno,
de que se verifiquen los temores del céle-
bre economista.

**Publicidad en todas las operaciones.**
«La publicidad, como dice un filósofo con-
temporáneo, es la garantía más sencilla,
mas universal, i aun mas segura, entre to-
das las que laboriosamente está de continuo
imaginando nuestra justa desconfianza.»
Por consiguiente, siendo notorias las ope-
raciones de las cajas de amortización, hai
menos peligro de que se cometan abusos
que si fuesen reservadas.

**Responsabilidad efectiva de los directo-
res.** Claro es que toda persona que maneja
fondos públicos debe ser completamente
responsable; i administrando los directores
de la caja todos los que se asigne á la mis-
ma, no es posible que se consideren esen-
tos de responsabilidad; si bien digo efecti-
va, porque no basta que se declare por
una lei o reglamento, si no se exige verda-
deramente i tiene resultados esta previene
garantía.
LECCION X.IV.

De la banca-rotta.

B. Say hace notar la franqueza con que Adam Smith afirma, que nunca se han estinguído las deudas públicas, sino con banca-rotta (1); i sin que sea mi ánimo

(1) Estas son las palabras del economista inglés.(*) No hai, a mi parecer, ejemplo en pais alguno de que una vez contraídas deudas muy grandes hayan sido jamas perfectamente satisfechas. Si alguna vez se ha llegado a desempeñar alguna renta pública, ha sido con quiebra o concurso real i verdadero, unas veces claramente confesado i otras paliado, con el nombre de circunstanciado pagamento.

(*) Llamo inglés a Smith, porque si bien es cierto que nació en Escocia, también es demasidado sabido, que cuando escribió ya se hallaba esta unida e incorporada a la Inglaterra de suerte que los escoceses eran entonces súbditos ingleses, como en el dia lo son.
investigar la esactitud que puede tener se-
mejante asercion, es un hecho indudable
que algunas veces ha ocurrido esta calami-
dad, lo cual basta para obligarme a exami-
narla.

Banca-rota, en jeneral, es la quiebra de
un mercader u hombre de negocios (1); pe-
ro en la ciencia de Hacienda se toma por
la supresion o conversion forzosa de los ti-
tulos de las deudas publicas, con el fin de
no pagarlas, en todo o en parte. Un espe-
diente tan vergonzoso para los gobiernos
no puede menos de ser funestisimo i causar
un daño enorme al credito publico; asi es,
que aquellos deben ser mui delicados en se-
mejante materia i no precipitarse a dar pa-
so tan arriesgado, sin mucha meditacion
anterior i sin que sus providencias tengan
el sello de la legalidad. El mismo nombre
banca-rota, indica la odiosidad de este ar-
bitrio desesperado; pues parece que siempre
lleva unida la idea de fraude; si bien es
cierto que a veces no se obre sino por la

(1) Diccionario de la lengua castellana por la
academia.
terrible lei de la necesidad. (1)

«La banca-rota que suele verificarse en los Estados, dice el señor don José Manti-
lla i García, puede ser de dos clases, que para distinguirlas entre sí, se designarán
con los nombres de banca-rota total i ban-

(1) Creditorum fraudatio, es la frase latina que se usa como amplificación de la idea contenida en la palabra banca-rota. Esta i juntamente su odioidad traen su origen de la antigua famosa feria de Medina del campo, villa situada en el corazón de Castilla, i en otro tiempo una de las principales plazas de comercio de Europa. Los Jenoveses, que eran los que allí ejercían el jiro de letras i el cambio de monedas, se colocaban en la plaza principal con sus mesas o mostradores i un banquillo de madera para sentarse; i cuando alguno de ellos faltaba maliciosamente a la buena fe los cónsules o majistrados de la feria le imponían, entre otras penas, la de hacer quebrar solemnemente ante el jentío inmenso el citado banquillo, declarándole al mismo tiempo indigno de alternar con los hombres de bien, i escluyéndole para siempre de la feria de Medina. Este rompimiento de la banca o banquillo, dió lugar a la formación de la palabra banca-rota, que luego se generalizó en Europa para designar el estado de insolvenecia culpable ó fraudulenta. (Diccionario de leyes i jurisprudencia.)
ca-rota parcial. Banca-rota total es, como se deja entender, la supresión completa de los títulos de una deuda, sin dejar a los acreedores esperanza alguna de reintegro. I banca-rota parcial es la conversión forzosa de estos mismos títulos en otros que expresen menos valor que los convertidos, quedando por consiguiente aquel menos valor, en favor del Estado. Distinguidas así estas dos clases de banca-rota, pasemos ahora a la explicación de otras operaciones que suelen hacerse para mejorar el crédito, las que si bien producen más o menos el efecto de la banca-rota-parcial, no pueden en realidad llevar este nombre. Tal es la conversión forzosa de distinto género que la explicada; y la conversión voluntaria. La conversión forzosa, que no produce banca-rota, es cuando el gobierno nada aprovecha en ella; cuando devuelve documentos de igual valor que los convertidos, aunque clasificados de distinto modo, para formar escala a su valor, como p. ej. cuando los divide en consolidados y no consolidados. La conversión voluntaria que puede producir el mismo efecto de la banca-rota parcial; es cuando el gobierno descuenta en un favor, una
parte del capital, que convierte, compensando la pérdida que sufre el acreedor con las mayores garantías que da a los nuevos títulos para estimular al cambio. Esta operación no puede considerarse como bancarrota, pues solo es en realidad un nuevo contrato que el gobierno propone, y que puede ser o no admitido por los acreedores.»

Otra operación que produce una bancarrota parcial y que puede citarse como ejemplo, por ser imposible analizarlas todas, es la alteración en el valor del dinero. Con efecto, si el gobierno ha ofrecido que tal pieza de moneda valdrá tanto, y después dice que valdrá menos, y no la recibe en pago de contribuciones, sino con la rebaja hecha, claro está que hay una conversion forzosa, digámoslo así, que hace perder a los poseedores la parte en que se ha reducido aquella. Por eso i por la violación de la fe, depositada en el gobierno como exclusivo productor de moneda, se ha llamado sacrificio a toda medida fiscal que se dirija a alterarla; y ha dicho un español célebre (1) que se debe conservar pura como la religión.

(1) Don Diego Saavedra Fajardo.—Véase la
CONCLUSION JENERAL.

como el viajero, que descri-
be Filangieri, cansado de
cruzar bosques horrorosos,
lagunas peligrosas y espanto-
sas cavernas, pero que lue-
go descubre una vasta llan-
nura, cubierta de plantas,
esmaltada de flores y regada por sesgos ríos,
así yo, después de reconocer las multiplica-
das combinaciones de la ciencia de hacien-
da, necesito volver los ojos hacia todo el
conjunto de la Economía Política para re-
crearme en su hermosura y amenidad.

Si el objeto de la ciencia económica es la
riqueza, y su fin la prosperidad de las nacio-
nes, no por eso ha de inferirse que su ten-
dencia sea únicamente material. Su estu-

Biblioteca Española económico-política de don
Juan Sempere Guarinos, tom. 3.° art. 3.°
dio, como dice Mr. Droz, puede aislarse a los hombres de reducido talento hasta el punto de no dejarles ver más que permutas, mercaderías, ganancias…… mas para los dotados de un ingenio de alguna extensión será siempre motivo de importantes meditaciones sobre los medios de mejorar la suerte de la humanidad. A este mismo propósito, el ilustrado traductor de Mr. Rossi, habla en los términos siguientes. «No basta acumular riquezas para que una nación pueda llamarse próspera, ni tampoco una racionar distribución de ellas, cuando no son suficientes a procurar su bienestar, o porque los medios más eficaces de producir son desconocidos, o porque estos encuentran obstáculos en las leyes positivas, que limitan demasiado su ejercicio. Por falta de principios claros en ambas teorías, de producción y de repartimiento, i tal vez por no haberlas aplicado conjuntamente (1) en las disposiciones económicas, culpan las naciones a la Economía Política de las calamidades.

(1) «Hai cuestiones que a la vez pertenecen a la producción i distribución.» (Mr. Droz.)
que a la moderna Europa afligen en sus más rigorosos miembros; i por no haber hecho una ajustada aplicación de las producciones a las necesidades, i haber descuidado en la codicia de intereses materiales que las devora, la educación popular, que es el cimiento de la moral pública, se ven muchas de ellas arrastradas al abismo de espantosas sediciones intestinas, i guerras exteriores.» Vemos pues, que la sola producción de la riqueza no es la que puede constituir la prosperidad pública, si no se proporcionan, por una bien combinada distribución, los verdaderos goces sociales.

Esta consecuencia, de inmensos resultados, es la que se deduce del estudio de la ciencia económica: quien medite mis lecciones conocerá que las doctrinas espuestas conducen a esta única conclusion; pero he creído que no debía anunciarla claramente sino ahora, porque temía despertar en la juventud, para cuyo bien he trabajado, unas ilusiones exageradas, i un entusiasmo peligroso.

FIN DE LA OBRA.
<table>
<thead>
<tr>
<th>Índice</th>
<th>Páginas.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Advertencia</td>
<td>3</td>
</tr>
<tr>
<td>Introducción</td>
<td>7</td>
</tr>
<tr>
<td>Primera parte. De la producción de la riqueza</td>
<td>21</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección I. De la industria i sus divisiones</td>
<td>10</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección II. De las circunstancias que concurren para la producción de la riqueza</td>
<td>27</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección III. De los agentes naturales: de la ciencia</td>
<td>31</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección IV. Del capital</td>
<td>35</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección V. Del trabajo</td>
<td>39</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección VI. De la división del trabajo</td>
<td>42</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección VII. De la libertad de industria</td>
<td>47</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección VIII. De los aprendizajes, maestrias i gremios</td>
<td>51</td>
</tr>
<tr>
<td>Lección IX. De los reglamentos</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>
del gobierno, que tienen por objeto influir en la producción...

Lección X. De la seguridad de las propiedades.................. 54.

Lección XI. De la necesidad de facilitar las comunicaciones...

Lección XII. De las cajas de ahorros......................... 62.

Lección XIII. De los premios de estímulo e patentes de invención.

Lección XIV. De la población e de las colonias.................. 64.

Lección XV. De las clases de la sociedad, consideradas económicamente ................. 67.

Segunda parte. De la distribución de la riqueza............. 70.

Lección I. Como se verifica la distribución de la riqueza..... 75.

Lección II. De la cuota que corresponde a los empresarios de industria.................. 79.

Lección III. De la cuota que corresponde a los obreros........ 83.

Lección IV. De la cuota que corresponde a los capitalistas de riqueza inmobiliaria......... 89.

Lección V. De la cuota que corresponde a los individuos.... 97.
Leccion V. De la cuota que corresponde a los capitalistas de riqueza movilharia............. 103.

Leccion VI. De la usura........... 110.

Tercera parte. De los cambios de la riqueza.......................... 119.

Leccion I. De los cambios en general................................. Id.

Leccion II. Del valor natural de los productos...................... 129.

Leccion III. Del valor convencional de los productos............. 132.

Leccion IV. De la moneda....... 136.

Leccion V. Continuacion de la anterior............................... 147.

Leccion VI. De las letras de cambio................................. 156.

Leccion VII. Del papel-monedo. 162.

Leccion VIII. De los bancos de circulacion i descuento........... 168.

Leccion IX. De los bancos de deposito................................ 172.

Leccion X. Del credito............ 175.

Cuarta parte. Del consumo de la riqueza......................... 179.

Leccion I. Del consumo i sus divisiones............................. Id.
LECCION II. Del consumo productivo .......................... 186.

LECCION III. Del consumo improductivo .......................... 190.

LECCION IV. Del consumo privado ................................ 196.

LECCION V. Del consumo público .......................... 204.

LECCION VI. De las contribuciones ................................ 209.

LECCION VII. Division de las contribuciones ......................... 218.

LECCION VIII. De las contribuciones directas ......................... 228.

LECCION IX. Continuacion de la anterior .......................... 234.

LECCION X. De las contribuciones indirectas ......................... 241.

LECCION XI. Del crédito público .......................... 248.

LECCION XII. De las deudas públicas .......................... 252.

LECCION XIII. De las cajas de amortización ......................... 258.

LECCION XIV De la banca-rota ................................ 262.

CONCLUSION GENERAL ................................ 267.
ERRATAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th></th>
<th></th>
<th></th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>2</td>
<td>4</td>
<td>contraseña</td>
<td>contraseña</td>
</tr>
<tr>
<td>10</td>
<td>11</td>
<td>mediado</td>
<td>mediados</td>
</tr>
<tr>
<td>Id. 24 i 25</td>
<td>tultedá</td>
<td></td>
<td>titulada</td>
</tr>
<tr>
<td>12</td>
<td>24</td>
<td>o práctica</td>
<td>práctica</td>
</tr>
<tr>
<td>13</td>
<td>6</td>
<td>Vallesantoro</td>
<td>Valle Santoro</td>
</tr>
<tr>
<td>16</td>
<td>24</td>
<td>a la riqueza</td>
<td>a la producción de la riqueza</td>
</tr>
<tr>
<td>17</td>
<td>3</td>
<td>debemos de</td>
<td>debamos</td>
</tr>
<tr>
<td>23</td>
<td>12</td>
<td>se le diera</td>
<td>se diera</td>
</tr>
<tr>
<td>35</td>
<td>10</td>
<td>ficticias</td>
<td>facticias</td>
</tr>
<tr>
<td>36</td>
<td>19</td>
<td>moviliario:</td>
<td>moviliario</td>
</tr>
<tr>
<td>40</td>
<td>22</td>
<td>máquinas</td>
<td>máquina</td>
</tr>
<tr>
<td>41</td>
<td>12</td>
<td>operacion</td>
<td>invencion</td>
</tr>
<tr>
<td>44</td>
<td>23</td>
<td>solo</td>
<td>sola</td>
</tr>
<tr>
<td>52</td>
<td>20</td>
<td>les</td>
<td>le</td>
</tr>
<tr>
<td>53</td>
<td>1</td>
<td>perfeccione</td>
<td>perfeccionen</td>
</tr>
<tr>
<td>58</td>
<td>1</td>
<td>cosidero</td>
<td>considero</td>
</tr>
<tr>
<td>64</td>
<td>22</td>
<td>calificao</td>
<td>calificado</td>
</tr>
<tr>
<td>65</td>
<td>7</td>
<td>puestos</td>
<td>puestas</td>
</tr>
<tr>
<td>70</td>
<td>9</td>
<td>sino</td>
<td>que</td>
</tr>
<tr>
<td>73</td>
<td>11</td>
<td>imponiéndoles</td>
<td>imponiendo a las colonias</td>
</tr>
<tr>
<td>Id. 13</td>
<td></td>
<td>reciba</td>
<td>reciban</td>
</tr>
<tr>
<td>Id. 15</td>
<td></td>
<td>remita</td>
<td>remitan</td>
</tr>
<tr>
<td>74</td>
<td>18</td>
<td>las</td>
<td>sus</td>
</tr>
</tbody>
</table>
a un
trabajos
se hallan
que gozan
triunfa
demuestra
se avino
las naturalezas
permiten
ficticias
en valor relativo
para la moneda
que se escedan
guarden
desvien
su peso
pierde
tenian
solucionis
ciento
absorber
se le
an su
regla primera
absorben
una
aplicados
materias
redimir
es un
trabajo
se halla
que goza
triunfan
demuestran
i se avino
la naturaleza
permite
facticias
de valor relativo
para moneda
que escedan
se guardan
desvie
el peso
pierden
tenia
solutionis
ciento
absorver
se les
en su
regla.
absorven
uno
especificados
materia
reducir